

CICATRICES

primera
persona última
edición

Intro 01 Judit Carrera / Susana Arias P.4 **Intro 02 Kiko Amat** P.6 **Intro 03 Miqui Otero** P.8

Anna Pacheco P.12 / **Lluís Cabot i Clara Viñals** P.24 / **Maria Climent** P.28 / **Carlos Pardo** P.36 / **Aroha Travé** P.45

/L'Hereu Escampa P.55 / **Rocío Quillahuaman** P.59 / **Silvia Cruz Lapeña** P.70 / **Hijos del Trueno** P.80

/Antonio Luque P.84 / **Juarma** P.88 / **Valentín Roma** P.93 / **Olga Merino** P.102 / **Eduardo Chirinos** P.112

/Esther García Llovet P.117 / **Miquel Adam** P.124 / **Stivijoes** P.134 / **David Caño** P.138

/Carlo Pavia P.163 / **Miqui Otero** P.171 / **Kiko Amat** P.185 / **Aries** P.189

CRÉDITOS P.193



Youtube



Spotify



**Mira y escucha
aquí los vídeos y las
canciones de esta
publicación**

INTRO1

Un festival, una fiesta

Hace nueve años, y antes de que la etiqueta de la autoficción se convirtiera en omnipresente, Miqui Otero y Kiko Amat imaginaron en el CCCB un nuevo espacio, díscolo y sorprendente, en el cual el centro de la escena estaba ocupado por las historias personales, los grandes relatos y también las pequeñas anécdotas de una vida. Desde entonces, un largo centenar de invitados ha pasado por el escenario del festival Primera Persona para compartir alguna porción de su intimidad, con una gran dosis de humor, un punto canalla, y muchos momentos de verdad y belleza. Escritores, músicos, cineastas, periodistas o dibujantes, muchos de ellos reconocidos, otros prácticamente desconocidos, confabulados todos para que cada función del festival, a medio camino entre el vodevil y la barra de bar, fuera un acontecimiento único. Robert Forster, Julieta Venegas, Vivian Gornick, Brett Anderson, Caitlin Moran, José Luis Cuerda o Renata Adler, pero también

Carles Porta, Amarna Miller, Oriol Llopis e Ignatius Farray, entre muchos otros, aceptaron el juego que les propusieron los directores y mostraron, más o menos impúdicamente, con mayor o menor verdad, su singular manera de vivir, escribir o ver el mundo. Año tras año, Primera Persona ha reunido un retablo divertido y singular de historias personales, así como relatos de una Barcelona que no siempre ha subido a los grandes escenarios y que es parte de nuestra historia colectiva.

Es innegable que el festival ha sido un éxito, y la legión de seguidores que ha confiado en él desde la primera edición confirma una vez más que cuando las cosas se hacen con inteligencia, pasión y cuidado es difícil que el combinado salga mal. Ya sea como invitados o en la trastienda, todos los que han formado parte del festival podrán testificar que cada edición ha sido un trabajo casi artesanal en el que cada detalle era importante.

Ahora, sin haber llegado a la décima edición, sus impulsores han decidido celebrar la última función de Primera Persona. Y sin nostalgia, con la certeza de haber sido una de las propuestas más originales, divertidas y gamberras del panorama literario y festivalero, bajamos la persiana con ellos como no podía ser de otra manera: entre amigos, con una gran fiesta y con este artefacto digital que, como hacen todos los relatos escritos en primera persona, habla también un poco de cada uno de nosotros.

En el CCCB queda ya para siempre un archivo impagable de historias, trágicas y al mismo tiempo divertidas, pero sobre

todo una manera de hacer cultura, desenfadada y crítica, que en los tiempos que corren parece del todo irrenunciable. A Kiko Amat y Miqui Otero les agradecemos que hayan ensanchado un poco más nuestra mirada, que hayan convertido el CCCB en su casa y que durante todos estos años nos hayan recordado que, como dice la canción de Joe Crepúsculo, quizás no seremos los primeros en pisar la luna pero siempre habrá alguien que nos quiera escuchar.

Judit Carrera / Directora del CCCB

Susana Arias / Jefa del Servicio de mediación

INTRO2

El festival Primera Persona termina tras nueve años, un aniversario imperfecto para un festival que nunca puso la perfección como meta. Me encantaría decir –entrecerrando los ojos y apretando los glúteos y mirando al horizonte– que es el fin de una era, pero soy tristemente consciente de que no es el fin de nada, más allá del fin de un evento anual barcelonés que empezó por unas razones, murió por otras, y por el camino un puñado de artistas notables nos visitó, se contaron otro buen puñado de historias y la gente (público, invitados y equipo) lo pasó de fábula.

En el fondo iba de eso: de no pasarlo mal; de no aburrirnos; de no hacer otro festival plúmbeo-rancio con mesas redondas y académicos con coderas atusándose la perilla; de invitar a más *punk rockers* y cómicos *stand-up* que Hombres de Letras Serios (si invitamos a alguno de los últimos fue por error, os lo prometo; se nos coló por alguna rendija); de hacer espectáculo y vodevil y parranda; de reírnos un rato (una cosa es debatir todo el día el sentido del humor y los límites del humor y oh-oh-el-humor; la

otra es *reírse*); de no tomarnos en serio a nosotros mismos (pero sí a la faena encomendada); de no hablar con metáforas ni declamar aforísticamente ni explicarnos con jerigonza impenetrable, sino trabajar con humildad y entusiasmo y frases limpias; y de hacer algo que fuese, en suma, currado pero no elitista, sublime pero no cursi, emotivo sin merengue y hondo sin peñazo.

Creo que se consiguió, qué puedo decir. Como director me quedé con las ganas de traer a Dan Fante de forma oficial (murió antes de que llegásemos a contactarle), y a Harry Crews (lo mismo), y a Billy Childish (cuya invitación por mi parte se fue repitiendo año tras año de un modo tan litúrgico como progresivamente desprovisto de esperanzas), y a Mark Kozelek, entre otros, pero del mismo modo me siento orgulloso y afortunado de haber podido organizar este inusual *music hall* durante esta casi-década, invitando a esa auténtica burrada de artistas de primera división nacionales y mundiales, sin que me echaran del *backstage* por comerme todos los volovanes o irrumpiera la policía en mitad de algo.

Esto que tienen en las manos, el proyecto *Cicatrices* (ninguna relación con el estupendo grupo punk; aunque molaría), es un poco el telón de Primera Persona, el último gag para que se lo lleven a casa; la escena post-créditos, si son ustedes *nerds* marvelistas. Disfrútenlo por lo que es: un montón de talento local polifacético y multi-generacional danzando –en una sola actuación no-prorrogable– alrededor de un único concepto, el de las cicatrices, pero aportando su visión primerapersonal y mirada y experiencia única, como siempre ha sido tradición en esta casa.

El Primera Persona en pleno desea, por último, agradecerle al CCCB, al público, la prensa que nos apoyó y todos los amigos y apóstoles su aliento constante, más allá del cumplimiento del deber. No quisiera despedirme sin mandar, a título personal, un sentido «gracias, tronco/as» para Manel López, Susana Arias, Clara Duch, José Antonio Soria, Laura Galofré, Marta Millet, David Gómez, Irene Faciabén, Cristina

Sánchez, Jordi Garrigós, Cristian Sobrepera, Gabriel Porras, Patxu Gibert, Elm Puig, Irene Ruiz, Mònica Muñoz, Lucia Calvo, Sara Tibau, Víctor Parkas, Aïda Camprubí, Josep Casellas y el resto de personas del equipo (producción, sonido, imagen, escenario, *runners*, comunicación) que le proporcionaron al festival su entidad única. A todos vosotros: la próxima ronda en el frankfurt de la esquina corre a mi cargo.

Ahora sí: el fin. Alison Statton & Spike + Stuart Moxham cantaron en nuestra edición del 2017: «think of salad days / they were folly and fun / they were good, they were young». Y eso es todo lo que hay que decir del Primera Persona. Fue una juerga, fue divertido, y fue bueno mientras duró, y ahora ya no existe. Habrá, sin duda, otros festivales que seguirán su estela o no, y hacia ellos les invitamos a encaminarse. Como repitió una y otra vez nuestro sistema de megafonía: «el siguiente espectáculo dará comienzo en dos minutos. Por favor diríjanse a sus asientos».

Kiko Amat, codirector, marzo del 2021

INTRO3

1. Primera Persona ha sido una sala llena de espejos. Y un faro marítimo. Y una azotea con neones y la ciudad iluminada a sus pies. Y una bodega catalana alicatada con azulejos de oficios artesanales y un parque de atracciones con noria. También ha sido la fachada de una casa cortada transversalmente, como la de 13 Rue del Percebe, para que pudiéramos asomarnos a la intimidad de sus habitantes. Y, sin embargo, ahora que agitamos las llaves y nos disponemos a cerrar para siempre el pesado portalón, seguiría sin poder definir con prisas qué napias ha sido en realidad el Primera Persona.

Cuando todo esto empezaba, mucho antes del estallido confesional en redes sociales, costaba todavía más explicarlo a periodistas, público e invitados. Éramos astrónomos renacentistas llamados a Roma para exponer en qué diantres consistía su majarada. «Y, sin embargo, se mueve», era el balbuceo para responder, más parecido al de un borracho de bar mirando las letras del menú del día que al de un científico exponiendo sus teorías.

Todas esas cosas que ha sido el Primera Persona, y que yo listaba en las primeras líneas, fueron en realidad los escenarios de algunas

de sus ediciones, levantados con cartón y con plástico y con goma eva y con madera. Recordarlos es una forma de definir el festival, aunque, aún ahora, la única forma de hacerlo es mostrar vídeos y rescatar recuerdos. Supongo que el Primera Persona era lo que acabó siendo: gente contando historias de vida. Sus historias de vida. Intransferibles como resacas y huellas dactilares. Rodeadas de cachivaches y músicas y vídeos y aplausos, eso también.

2. Esos escenarios eran posibles gracias a la misma gente por la que era posible el festival. Los equipos de coordinación, de regiduría, de *runners*, de prensa, de luces, de cámara, de acción (con mención especial a la artista, Laura) que ayudaban a vestir un poco esta idea loca de pedirle a gente con talento que se desnudara en un escenario frente a cuatrocientas almas.

Una de las personas, junto con Manel, que estuvo desde el principio me lo explicó un día muy bien. «Recuerdo aquella vez preparando la primera o segunda edición que buscábamos un “efecto

especial” y dijisteis que podíamos pillar Cola Cao y un ventilador. Ahí me di cuenta de que podías divertirme haciendo algo serio», me dijo Clara.

Ese efecto «especial» (no pasaré por alto la polisemia del adjetivo) a veces era un ventilador. A veces era un ratón de peluche comprado en el último momento en un bazar chino. O una cacatúa de plástico que repetía lo que le pedías. También era, y hablo del espíritu del festival, «recibir» a los invitados días antes y, con la coartada de que luego se sintieran cómodos durante su show, conocerlos y reír con ellos. Para que luego en escena una estrella del pop australiana supiera que a los nísperos en el Maresme se les llama *micacos* o para que ese otro autor judío neoyorquino intimara (nivel montemos-un-bar-juntos) con ese mayordomo (en realidad un colega ejerciendo de actor del método) que le habíamos presentado el día antes. También para otras cosas menos anecdóticas y más enjundiosas.

Todo esto, que imagino que luego se notaba en el teatro, que convertía el Primera en algo difícilmente definible en tres frases, era de algún modo importante. Porque si le pides a alguien que te explique

su vida, al menos tienes que ofrecerle a cambio algo muy sencillo: que sepa que te importa de verdad lo que te explicará.

Contar estas cosas viene al caso, también, porque siempre se dice, de los proyectos vitales que te marcan, aquello de «fue divertido mientras duró», aunque para que eso suceda suele ir bien que solo «dure mientras es realmente divertido».

3. Así que el Primera Persona intentaba ser «especial» antes, durante y después. Cuidaba los preparativos tanto como las tablas. Dicen los nórdicos que la leña caliente dos veces: cuando la recoges y cortas y cuando arde. Algo parecido pasaba con el festival.

El festival era, claro, sobre todo sus protagonistas. Gente no solo con una historia interesante que contar, sino con las armas para hacerlo de manera tronchante, inteligente y nutritiva. Verdaderos *tusitalas*. Herzog decía de su escuela de cine aquello de que era para «los que han viajado a pie o han sido celadores en un asilo mental. Para los que tienen sentido poético. Para los peregrinos. Para los que pueden contar un cuento a un niño de cuatro años y mantener su atención. Para los

que sienten un fuego en su interior». Y la mayoría de los invitados, a qué negarlo, eran así.

Lo hacían mediante la anécdota y no desde la teoría, desde lo concreto para elevarlo a lo general, desde lo raro (por excepcional en su clase y casi único en su especie) y desde la escena vívida y vivida. Por eso se prestaban a convertir el escenario en su pub de adolescencia, en el sofá de casa de sus padres para hablar con la hermana, en una cama redonda. Por eso, al final, nos confiaban a todos esas cosas tan emocionantes y, en mi opinión, a menudo tan verdaderas e iluminadoras (y quitadme el micrófono rápido para que no siga soltando palabras solemnes). Sus epifanías con acné, sus batacazos adultos, sus desengaños y achuchones con la vida.

4. Estos textos, canciones y viñetas que aquí encontraréis son una despedida y una invitación a que otros continúen (explicando sus historias y viviéndolas para poder explicarlas). Tienen como eje temático la cicatriz, porque la cicatriz es el recordatorio de algo que dolió, y nos hizo diferentes, pero también la prueba de que en realidad

lo tenemos controlado, de que esa herida ya no sangra.

Son artistas de la ciudad, la mayoría, porque quiero pensar que el Primera Persona también animó a que otra gente sintiera que su vida era narrable o que merecía cuatro redobles de batería. También los merecían las historias de los fans del festival, las vuestras, como bien nos chivaba la canción que Joe Crepúsculo y Manolo Vázquez nos cedieron como himno del Primera Persona. La que sonaba justo antes de empezar el festival. Cuando la sala estaba a oscuras. Y cuando acababa todo. Decía algo así: «Puede que no seas la primera persona en pisar la luna. Puede que no seas el primero en cruzar a nado el Atlántico». También decía, entre coros y teclados, que siempre habrá alguien que quiera escuchar como te rompieron el corazón. Y luego: puede que no te hayan pasado cosas muy grandes, a simple vista. Que las primeras personas que están contigo no sean muy importantes. Pero, vaya, di que sí, siempre habrá alguien que quiera escucharte.

5. Así que desembucha, en novelas y canciones y pelis y bares y terrazas. Os veo por allí. Y cuando nos pregunten: Pero ¿qué fue eso del

Primera Persona? ¡Rápido, resúmelo en diez segundos!, contestaremos, cantando a coro, como en el himno: «Na, na, na, nanananaaa; nananá, nananá, naaananá».

Miqui Otero, codirector, 12 de marzo de 2021



ANNA
PACHE
CO

Anna Pacheco, nacida en Barcelona en 1991, es periodista y escritora especializada en temas sociales, feminismos y cultura popular con perspectiva de clase y género. Sus textos han aparecido en medios como *VICE*, *PlayGround*, *La Marea*, *El Salto* o *Público*. Actualmente trabaja como periodista autónoma y colabora regularmente en *Carne Cruda* y *El País.cat*. También coconduce el Ciberlocutorio de Radio Primavera Sound. Ha participado en la antología de textos feministas *Aquí estamos* (Editorial Akal, 2019) y es autora de *Listas, guapas, limpias* (Caballo de Troya, 2019), su primera novela de ficción.

LOS MATRIMONIOS DEDUCTIVOS ME ASUSTAN,
SUPONGO, Y LAS REDUNDANCIAS DE VIDAS,
Y HE PASADO TODOS ESTOS AÑOS PENSANDO
EN ESO. OPERAN EN MÍ COMO EL CUENTO DEL
LOBO. VEO A LAS PAREJAS Y PIENSO SI
SON INDUCTIVAS O DEDUCTIVAS. LEÍ ESTE
LIBRO CON DIECISIETE AÑOS,
ES TODO LO QUE PUEDO DECIR.

**Certificado de
persona adulta**
ANNA PACHECO

He llegado hasta aquí con un cuerpo, con una cara, con unas piernas que me habilitan el paso. Todos los sentidos funcionan correctamente: me dan de ver y de comer y de escuchar, etcétera, cuando yo lo digo. Es admirable lo bien que funciona, lo cual no significa que yo esté bien. Significa que mi cuerpo atiende a lo que digo. Está a mis órdenes, lo cual también implica que todavía puedo ser leída como una joven. Cuando el cuerpo ya no obedece de ninguna forma posible es que te hiciste mayor o que te pasó un accidente fatal, o quizás algo menos grave pero penoso de todos modos. ¿Cuántas veces habré estado a punto de morir y sencillamente no lo he hecho? No ha pasado. Existo y eso es evidente. Por eso ahora mismo, lo que sobre todo estaría pasando, es que soy una persona a punto de cumplir treinta años.

Bueno.

Por supuesto que me importa, de algún modo, pensar que todavía tengo algunos años de margen para morir y ser considerada una muerta

joven. No es que ese pensamiento te haga más amable la vida, pero es un estatus admirado por muchos en el que yo, sin duda, me inscribo. Supongo que puede ser patológico: «Como siempre, te vas queriendo llamar la atención, pero haciendo ver que no», me diría la psicóloga la exagerada, con el cuerpo aún caliente, en el tanatorio, como si todo eso fuera un dispositivo montado por mí. Y yo querría en ese momento hincarle un diente en la rodilla, pero estaría cadáver, así que no podría. No podría. Dice Vivian Gornick que cuando cumplió sesenta años fue como si le dijeran que le quedaban seis meses de vida. Mi cuenta atrás son los meses que me quedan para convertirme en una equivocada persona de treinta años.

Lo primero que debería hacer para completar el rito de paso a la edad muy muy adulta, definitiva e inexcusablemente adulta, sería entender los rastros que hay de mi veintena y saber qué hago con ellos. Quizás bastaría con comprender qué he estado haciendo todo este tiempo. En este mismo ciclo temporal he comido hamburguesas de 1 euro y *ristrettos* en un banco y he ido a restaurantes que me han parecido muy buenos con asuntos comestibles titulados tartar de salmón de aguacate o crujiente

de mero con parmentier. Alguien diría que me he refinado, aunque lo justo sería decir que me he aburguesado. Al final de este ciclo creo estar volviendo a un tipo de inicio, aunque como en todos los regresos, nunca es exactamente lo mismo: salgo del trabajo atolondrada, de uno de mis cinco pagadores, y consumo de nuevo hamburguesas del menú infantil pensando que quiero ser para siempre esta persona sola comiendo un Happy Meal. Debería decir que cuando como un Happy Meal quiero volver al momento en que comíamos Happy Meals. Debería decir que cuando como un Happy Meal me tengo que comprar una o dos hamburguesas extra porque ahora mi cuerpo es más ancho y me quedo con hambre. Debería decir que cuando como un Happy Meal me siento en una mesa, al lado de un enchufe, mientras cargo un teléfono y observo las mesas llenas de adolescentes ruidosos y cochambrosos y veo en ellos la posibilidad de un futuro y me imagino a sus hijos y luego a los hijos de sus hijos y luego a más hijos de esos hijos y veo una cantidad de caras raras e irreconocibles, caras del futuro mientras yo mastico carne procesada. Por insólito que parezca, es reconfortante. Observo a esos adolescentes y compruebo que todavía no tienen grietas por donde se filtra su luz y su

oscuridad, observo a esos adolescentes y sé que ellos sencillamente *son* y *están*. La luz y oscuridad que emano yo, sin embargo, debe de ser distinta porque ya tengo una cantidad moderada de años y sé que ya hay lugares de mi cuerpo que explican las cosas que me han pasado sin que tenga que hacer o decir nada. Y esto podría estar bien, pero la mayor parte de las veces es completamente bochornoso.

Un día comprendí que la adultez no era más que un grupo de gente reunida en un círculo a la que se le ven todas las costuras. Lo averigüé en una *calçotada*, después de una sobremesa con abundante vino, cervezas y carajillos. Estábamos hablando de trabajos y bebés de otros cuando mi amiga se puso a gritar por la salsa romesco, por la *desorganización*, dijo, que había supuesto el trayecto hasta ahí y un lío con la *puta salsa romesco*. Un lío que, por supuesto, no fue capaz de precisar. Apeló a la irresponsabilidad del grupo, a un cierto desapego entre algunos miembros, aseguró que todo eso la había *desestabilizado* y se fijó luego en una mujer –a decir verdad, nadie sabía muy bien quién era esa persona– y dijo que sus maneras la exasperaban, aunque en ese momento

tampoco supo concretar cuáles eran esas maneras. Acto seguido mi amiga se puso a llorar de borracha, no sería la última vez. Entendimos todos que no lloraba por la salsa romesco ni por el sujeto desconocido. Estábamos accediendo a la intimidad, a su entera y abrumadora tristeza. Fue terriblemente incómodo. Nos sobrevinieron inmediatas ganas de sumarnos a su lloro, aunque, al poco, se impuso cierto distanciamiento, pues nadie quiere gente tan triste un día en el que todo el mundo parece estar contento.

Lo que quiero decir es que un día estás hablando con alguien y parece que está bien y entonces pasa algo y sabes que está deprimido por aspectos muy concretos de su vida. Nos pasa a todos. Todo el tiempo. En ese momento preciso ya no cabe el disimulo: sus dolores (anhelos, culpas, expectativas) se manifiestan a ti con carácter retroactivo, aunque tú no quisieras verlos, así que ahora solo tienes que saber qué haces con ellos.

En cualquier caso, esto va, quiero pensar, de convertirme en un ser humano de treinta años. Estoy dispuesta a ello y tengo la mejor de las intenciones. Si quiero ser un adulto operativo, debería hacerme una carpeta en el escritorio y solucionar todos los temas

con la Administración, reclamar hasta la última factura, ubicar el certificado de domiciliación del banco, el alta de actividad modelo 037 y el último recibo de autónomo al corriente de pago. Ordenar la burocracia puede ser una forma de completar el ciclo de una forma exitosa, al menos administrativamente. Eso y llevar siempre un teléfono con batería. Eso y no echarme a llorar frente a los abismos del otro, que son en el fondo los míos.

01. Autoevaluación médica

Accedo a mi certificado médico para corroborar mi estado de salud, dado que quiero completar el ciclo con todo bien atado. Yo me siento bien y todo funciona, pero ¿cómo sabe una que está realmente bien por dentro? He tratado de establecer un patrón a raíz de mi comportamiento con el sistema de salud pública y el resultado es que solo sé ir al médico de urgencias. Lo que implica que no soy una persona que colapse urgencias, solo voy ahí cuando yo, de alguna forma, colapso. Estoy de acuerdo con mi propio comportamiento, no siempre se da esto.

Cuestiones de índole diversa me han conducido en los últimos años a urgencias. Las más frecuentes: accidentes de tráfico y dedos infectados de pus por comerme las uñas, lo que clínicamente se llama panadizo, un dolor terrible, deseos inesperados de que me amputen el índice y el anular, proyecciones aliviantes de una vida mejor sin dedos. Si no hubiera dedos que ingerir, ¿acaso alcanzaría a comerme otra parte de mí? Accidentes y dedos podría ser un buen resumen de algo, pero tampoco sabría de qué. Por otro lado, de niña, la psiquiatra, la narcocapitalista de la seguridad social, me recetó Besitran, medicamento destinado para trastornos de angustia, ansiedad social y trastorno obsesivo-compulsivo. Intento buscar en el historial la cantidad de pastillas que ingerí de niña, pero no consta. Me pasé una semana preguntando a mis padres cuántas pastillas contra la angustia tomé, pero a ellos tampoco les consta. Me digo que tratar de encontrar ese dato ahora mismo es posiblemente un trastorno obsesivo de lo más angustiante. Me exijo parar. Me convenzo de que esto no es imprescindible para cerrar el ciclo. El psicólogo de la privada, el privado, más tarde, me retiró las pastillas y recriminó a mis padres que no volvieran a hacerlo. ¿El qué?, dijeron. ¿Llevarla al médico y hacerle caso?, protestaron. Para *esto*, para *estas cosas*, siempre mejor privada, dijo el privado. Primer autoaprendizaje de que las cabezas de los pobres no importan a nadie. Si la mía importaba un poco más era porque

había gente más pobre que nosotros. Decido que, para completar mi autoevaluación, debo escribir a la psicóloga la arriesgada, a la que me arrastré llorona en la veintena, la que pagué por primera vez de mi bolsillo, la que me obligó a decirle a todo el mundo lo que pensaba de las cosas y de la vida con resultados, lógicamente, nefastos y explosivos. Esto que me has hecho hacer, le dije. Ahora estoy en la mierda. Preferiría no saber qué piensa la gente de mí y que ellos no supieran lo que pienso yo de ellos.

Certifico que estoy correctamente. Alta voluntaria.

02. Registro oficial de compatibilización de trabajos

El burócrata de manos fuertes me inquiere sin sacar la vista del ordenador.

— ¿Entonces, usted, señora, afirma que puede compatibilizar este trabajo con el resto de trabajos?

— No es que pueda — insisto, yo, sin poder dejar de mirar sus manos fuertes — es que debo.

— Pero tiene que decirnos que puede.

— Es que *no puedo no hacerlo*, a ver si me explico. Con el sueldo que usted me paga me veo en la obligación de tener otros trabajos y *compatibilizarlos*. ¿Comprende usted lo que yo le digo?

El burócrata de manos fuertes apunta algo en el ordenador que no logro intuir qué es. Sigo, por otro lado, absorta en que el burócrata de manos fuertes tiene unas manos excelentes, son demasiado, incluso, para un trabajo de oficina. Le sobran manos. Yo aseguraría que está sobrecualificado en manos.

— ¡Estupendo! –dice después de apuntar unas tres o cuatro cosas– En cualquier caso, señorita, necesito que me rellene este juramento diciendo que usted se compromete a hacerlo y lo deposite en el registro oficial. ¿Comprende lo que le digo? Lo necesitamos ya. Nos obligan a tenerlo.

— Pero usted seguro que comprende que es ridículo que yo tenga que jurarle que puedo compaginarlo con otros trabajos porque es evidente que no me queda otra opción que hacerlo, ¿cierto? Usted lo sabe tan bien como yo que no podría vivir *solo* con este trabajo.

— Créame que no es una decisión personal. Necesitamos comprobar las horas que dedica a cada trabajo.

— Es que, en todo caso, debería jurármelo a mí. Debería jurarme a mí misma que voy a ser capaz de encontrar otros trabajos y compatibilizarlos. ¿Lo entiende? ¿Usted me está pidiendo eso para su regocijo personal?

— Nos obligan a tenerlo.

— ¿Cuántas más cosas le *obligan a tener* en sus desproporcionadas manos? — esta línea de texto, en la que se descubre lo de las manos, no se sabe nunca si llega a verbalizarse.

— Mire, si quiere, puede hacer el juramento y hacer ver que es como para usted y luego entregárnoslo a nosotros y aquí no ha pasado nada.

— ¿Pero cuántas simulaciones más me pide que haga? ¡No se da cuenta de lo humillante que es!

El burócrata de manos fuertes anota ahora algo en la pantalla. Está anotando algo como si fuera urgente, como si yo hubiera dicho algo digno de ser escrito. ¿He dicho simulaciones? He dicho simulaciones. Sigue apenas sin mirarme, intento enterarme de lo que anota alargando la vista por encima de su pantalla, pero no alcanzo. Reparo de nuevo en la sobrecualificación inenarrable de sus manos y pienso que igual anota por anotar, pura gimnasia. El burócrata de manos fuertes sabe perfectamente que es el burócrata de manos fuertes. Y no quiere ser, en el fondo, un burócrata, igual que yo no quiero hacer ese triste juramento. Estamos dando tumbos sobre lo mismo, esta posible conexión me enternece un momento. Pero el tipo manda a imprimir algo, será estúpido. Sin mirarme siquiera me desliza un folio con tres únicas líneas. Me fijo una vez más, ridículamente, en las vigorosas manos que me acercan el impreso. Son, debo decirlo de nuevo, unas manos rotundas, exactas. Nos rozamos. Un poco. Basta.

«En sus relaciones interpersonales aparece como bastante reservada, emocionalmente fría o alejada, crítica y poco participativa; ligeramente dominante, dentro de la consideración de normalidad; visiblemente reflexiva, prudente, seria y muy poco entusiasta»

El burócrata de manos fuertes me ha impreso el expediente médico de la narcocapitalista de la Seguridad Social. Cómo se atreve. Interpreto este movimiento como una ofensiva muy hostil. Le digo que solo tenía once años y que me parece inaceptable que la Administración pública esté conectada de esta forma tan indiscreta. Una mujer de mediana edad, en la cola, asiente. El burócrata de manos fuertes, silencioso, me señala las palabras en negritas –ha colocado negritas en el texto– y una de ellas, además, no tiene sentido. Ha resaltado todos los adjetivos y adverbios de cantidad en negrita y una sola y torpe conjunción, me enfado conmigo por estar atendiendo a esta nimiedad ante el jaleo que tengo montado (y la cola, que no para de aumentar). Al menos, he conseguido olvidarme de esas manos, tan concretas y definitivas. Me señala, el muy desgraciado, la frase «muy poco entusiasta». Su dedo índice da golpecitos sobre las palabras. Creo entender lo que está diciendo, aunque no hable. Que me falta entusiasmo, digo en voz alta, suena a pregunta, busco la complicidad de la cola, ahora convertida en público. Que me falta entusiasmo desde el 2003, repito, enfática, como hacen las madres. Soy prácticamente una señora diciendo esto en voz alta, lo digo solo para mí. Que me falta entusiasmo, repito una vez más, pero esta vez más flojito y cada vez más gacha.

— ¿Podría, ahora, hacerme el favor de firmar el juramento de compatibilización de trabajos?

El burócrata de manos fuertes me extiende un modelo de hoja y yo lo recojo y me largo de ahí y creo que voy hablando sola y hablo de mis derechos mientras busco contacto visual con el resto de gente.

En el final de la veintena, una certifica que todo esto del trabajo es y será un engorro. Para unos más que otros, siempre. Por los siglos de los siglos.

03. Certificados de matrimonios

Aquí pasan dos cosas: me voy a casar y no me voy a casar. Por debajo de esta cosa pasa otra: mi educación sentimental está basada en libros de chicas de Montena — los de las páginas rosas, *Estoy harta de ser buena, ¡pero qué cansado es ser mala!*, *¿Cómo te has atrevido a leer mi e-m@il?* y, sin duda, un título más sugerente, *¡Menudo día! imprevistos, incidentes, pánico, carcajadas para un intercambio imposible*. Estoy hecha de literatura juvenil, a estas alturas sería inútil negarlo; y también, y contra

todo pronóstico, del libro *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno. A saber, sé perfectamente, gracias a don Avito, que hay matrimonios inductivos y deductivos y que podría estar entrando, de pleno, en la fase de los deductivos. Es una fase larga, este sería solo el principio. Los amores que «te hieren las cuerdas del meollo del espinazo», esto es, los que te dejen obnubilada por su forma de caminar y te hacen perder hasta un pie, podrían haber pasado ya, podrían estar pasando, de hecho; podría estar yo recogiendo los últimos coletazos de esos amores que te dejan frita. O, quizás, no, todavía no. La fase de los matrimonios deductivos sería algo así:

En otros casos acontece que al llegar a cierta edad experimenta el hombre un inexplicable vacío, que algo le falta, y sintiendo que no está bien que el hombre esté solo, se echa a buscar viviente vaso en que verter aquella redundancia de vida que por sensación de carencia se revela.

Los matrimonios deductivos me asustan, supongo, y las redundancias de vidas, y he pasado todos estos años pensando en eso. Operan en mí como el cuento del lobo. Veo a las parejas y pienso si son inductivas o deductivas. Leí este libro con diecisiete años, es todo lo que puedo decir.

Quizás, diría mi psicóloga la exagerada, esta es la explicación al hecho de que «no cierras las puertas nunca». Le encantaba hablar de puertas. Pierdes los pies y te dejan frita por si luego te falta, o mejor dicho, para que luego no te falte. Te asusta el vacío, te gusta el amor. ¿Y a quién no? Acumulación por inducción para evitar, a toda costa, la deducción. ¡Es insostenible! ¡Es antiecológico!, me diría la exagerada. Tómame un respiro. ¡Está todo bien!

Certifico que he tenido novios formales desde que tengo dieciséis y que me casaré con mi marido.

04. Certificado de autorresponsabilidad por defunción

Cuestiones importantes sobre la bolsita de cenizas de mi amiga muerta. Ya hace cuatro años que una suerte de procrastinación o externalidad me tiene como poseedora de una bolsa de cenizas en un cajón de mi habitación. Aseguré, frente a todos, los días posteriores al entierro, que me haría un collar, que había visto en internet que eso se hacía; o bien que esparciría las cenizas en tierra fértil junto a semillas y

así crecerían las flores y sería una forma simbólica de revivir al muerto. Me vi a mí misma explicando eso, con indicios de una fe nueva. Todo el mundo asintió en silencio, con convencimiento, debo decirlo, ligero. Cada uno pensaba hacer lo propio con su bolsita de cenizas: ir a una playa, viajar a su último destino donde fue feliz, visitar su pueblo de veraneo, esparcirlas ahí donde estudió inglés y trabajaba haciendo crepes. La bolsita es pequeña, perfecta, portátil, aterciopelada. Pero por lo que a mí respecta, no he sido capaz de hacer nada con ella. No he podido ejecutar ninguno de los dos planes: la idea del collar fue descartada de inmediato, pues yo nunca llevo collares. La idea de la plantación se descartó por dos motivos que me incapacitaron doblemente: primero, ¿cuál era su planta favorita? No estaría mal haberlo sabido. ¿Acaso tenía sentido plantar, por ejemplo, margaritas si ella, por algún motivo desconocido y misterioso, odiaba las margaritas? Estamos llenas de asociaciones improbables. Quizás ella odiaba las margaritas, la buganvilla o los geranios. Quizás le entusiasmaba el aloe vera. Imposible saberlo y muy precario tener que preguntárselo a alguien, a estas alturas. Segundo: ¿qué haría si se me moría la planta? Por exceso de riego, o por falta de él. Sería como matarla dos veces. Me negué a eso. Así que ahí sigue mi amiga muerta en el mismo

cajón donde la dejé en su momento, un cajón de la mesita de noche. Las cenizas de un ser humano muerto son sorprendentemente parecidas a la arcilla gris que se usa para los tratamientos faciales, que me pongo ahora, que casi tengo treinta años. La gente de treinta años un día ve su piel y decide que quiere cuidarla. Cuando mi amiga todavía no se parecía a la arcilla gris, a mí no me importaba la piel en absoluto. Ella era esbelta y tenía las piernas largas. Nadie, en su sano juicio, hubiera imaginado que esa chica acabaría pareciéndose a una bolsita de arcilla gris. Alguna vez he pensado en mezclar arcilla y cenizas y crear una nueva masa compacta y luego untarme a mi amiga muerta por toda la cara, infiltrarla por los poros de mi piel, incorporarla en el interior de mi flamante cuerpo de persona de treinta años y que así lo conozca de paso y me diga cómo lo ve y si cree que he cambiado mucho y que rebusque ella misma por ahí dentro lo de las pastillas para la angustia por si quedan restos y que me los vuelva a aplicar porque todo sigue siendo medio angustiante a esta edad también y tal vez, luego, solo por saberlo, buscar en Google

cuánto tiempo tardaría en expulsar, o en absorber, de mi organismo el último gramo de ceniza-arcilla, o lo que es lo mismo, cuánto tiempo podría yo vivir con ella dentro, concretamente con ella dentro de mi cara, quizás depositada en mi nariz, o en la mismísima barbilla. Dadas las circunstancias, seguro que le haría cierta ilusión.

Respecto a esto, certifico que ya pasó. Alta irremediable con efectos prolongables.



LLUÍS CABOT+ CLARA VINALS

Lluís Cabot, nacido en Palma en 1990, es compositor de canciones pop y otras cosas más extrañas. Siempre entre Palma y Barcelona, donde se licenció en Filosofía, se graduó en música moderna y otras cosas menos académicas. Miembro del grupo de pop mallorquín Da Souza. Entre este y su proyecto en solitario, ha publicado 4 LP y 4 EP en los últimos siete años.

Clara Viñals, nacida en Lleida en 1990, es compositora, guitarrista y cantante del grupo Renaldo & Clara, con quien ha publicado desde 2009 varios EP y los álbumes *Fruits del teu bosc*, *Els afores* y *L'amor fa calor*. Ha colaborado con artistas como Xavier Baró, Juli Bustamante, Scott Mannion o Jonathan Bree.



Y PIENSO EN LA HISTORIA
Y EN NUESTRA HISTORIA:
EN LOS BUENOS MOMENTOS Y EN LOS AÑOS VIRULENTOS.
Y COMO DESPUÉS DE UN TIEMPO
TODO ES DIFERENTE
RELATIVAMENTE.
AY,, AY,, AY,,
CÓMO DOLERÁN
ESTAS HERIDAS
QUE NUNCA SE CERRARÁN.



AY, AY, AY (CICATRIZ)

Youtube



MÚSICA Y LETRA:

Lluís Cabot

PRODUCCIÓN:

Lluís Cabot y Víctor Ayuso

GRABACIÓN Y MEZCLA:

Víctor Ayuso (en Zamenhoff,
Lleida, diciembre de 2020)

MASTER:

Víctor García (en
Ultramarinos Mastering,
Barcelona)

**VOZ, GUITARRA, GLOCKENSPIEL,
PERCUSIÓN Y MIDI:**

Lluís Cabot

Voz:

Clara Viñals

PIANO:

Hugo Alarcón

LLUÍS CABOT
Y CLARA VIÑALS

En una playa desierta
de la Antigua Grecia,
el viento me despierta,
la suerte me sonrío.

Lleno de heridas
de futuras vidas
y entre las heridas
una cicatriz.

Y pienso en la historia
y en nuestra historia:
en los días buenos y en los malos momentos.
Y como después de un tiempo
todo es diferente
relativamente.

Ay, ay, ay,
cómo dolerán
estas heridas
que nunca se cerrarán.

Ay, ay, ay,
un sol de verano
y entre las heridas
nuestra cicatriz.

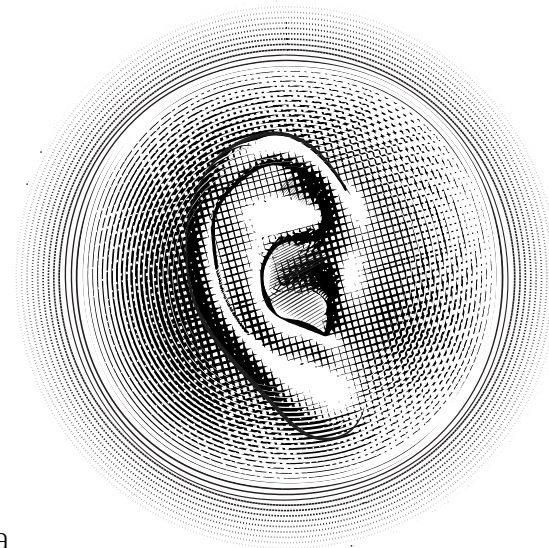
En el futuro oscuro
de Nueva Moscú
me despierta el ruido
de alguien que ríe.

Veo las heridas
de vidas pasadas
y de pasada,
la cicatriz.

Y pienso en la historia
y en nuestra historia:
en los buenos momentos y en los años virulentos.
Y como después de un tiempo
todo es diferente
relativamente.

Ay, ay, ay,
cómo dolerán
estas heridas
que nunca se cerrarán.

Ay, ay, ay,
un sol de verano
y entre las heridas
nuestra cicatriz.



Spotify



MARIA

CLIMENT



Maria Climent Huguet vive en Amposta, ciudad donde nació en 1985. Es licenciada en Traducción e Interpretación y también estudió guion de humor. Actualmente se gana la vida como *community manager* y traductora. Colabora regularmente escribiendo en el *Tarragona Digital*, *La Conca 5.1* y la plataforma digital de cultura *Catorze*, medio donde también imparte talleres de escritura. *Gina* es su primera novela.

ESE MISMO DÍA POR LA NOCHE YA ME VES EN EL LAYABO DE CASA PINCHÁNDOME SOLA, PUESTO QUE DURANTE TODO ESTE TRAJÍN (DIGO TRAJÍN, PERO QUIERO DECIR DOS AÑOS DE NEBULOSIDAD MENTAL Y PAVOR HASTA EL DIAGNOSTICO), EL PISO COMPARTIDO CON AMIGAS SE HABÍA DISUELTO. A VECES LA EDAD ADULTA PUEDE SER MÁS CRUEL QUE LA ADOLESCENCIA.

Si tienes suerte

MARIA CLIMENT

Que la vida te llevará bastante por donde ella quiera no te lo explica nadie, pero sí recuerdo que mi yayo a veces decía que, además del esfuerzo que pusiéramos en hacer las cosas bien, también era necesario tener un poco de suerte.

He tenido suerte en muchas cosas, como el espaciotiempo en que nací y todo lo que ello conlleva, y menos suerte en otras un poco más banales. Por ejemplo, tener las orejas de soplillo. Parece ser que, antes de que naciera, se generó una cierta expectativa sobre cómo tendría las orejas ya que, como es bien sabido, es un distintivo que se hereda, como las deudas, la alopecia o los títulos nobiliarios. Y por eso, el día en que nací, mi tía Elvi vino a comprobar si la genética había sido misericordiosa conmigo o si me había ocurrido lo mismo que a ella y a mi padre. Salió contenta del hospital, pero poco le duró la alegría porque cuando nos volvimos a ver ya se habían despegado.

No creo que descubra nada nuevo ahora. Las manías y los complejos se van acumulando y cargando en los bolsillos desde que tomas conciencia de tu propio cuerpo y de qué lugar dirías que ocupa dentro de los cánones de belleza de tu entorno mientras vas haciéndote mayor y todo va hacia arriba, es decir, mientras te aproximas a la cima de la plenitud de la vida y, una vez arriba y todo empieza a bajar, los vas tirando, uno a uno, a medida que te parecen absurdos. Básicamente porque tienes otros problemas.

No me enteré hasta poco antes de mi primera comunión de lo que les pasaba a mis orejas, y si no hubiera sido por el crío aquel que un día a la hora del recreo gritó: «Y tú, ¿qué miras, orejuda?» y resultó que me lo estaba diciendo a mí, quizás no lo hubiera sabido nunca. Así que cogí aquella piedra y fue la primera que guardé en el bolsillo. Después vinieron las gafas que tuvieron que ponerme por miope a los nueve años y que no me desagradaban hasta que el niño más guapo de la clase (o al menos a mí me lo parecía) me dijo: ahora eres fea con gafas, ya no quiero jugar más contigo. ¡Pam!, segunda piedra. En el otro bolsillito.

Cuando eres joven aspiras a todo, aspiras a la perfección. Puedes ser fea pero puedes apuntarte al gimnasio, pasar hambre, aprender a maquillarte, cambiar de *look*, depilarte el coño, incluso puedes esforzarte con los estudios para intentar convertirte en una eminencia en el campo que prefieras y suplir así, tanto como puedas, la falta de autoestima. Todo es posible mientras estás en la época del instituto, mientras aún tienes edad de hartarte de acumular piedrecitas y guardarlas en los bolsillos.

A los dieciocho ya me había partido los dos dientes de delante en un incidente estúpido que no viene a cuento, así que bajé el listón rápida y bruscamente respecto a mis propias expectativas de belleza, por así decirlo. Recuerdo que una de aquellas mañanas en las que iba sin dientes pensé: bueno, quizás ahora tendrás un novio más feo de lo que esperabas.

Pero pocos años después hubo otro día –os hablo de cuando ya no tenía sensibilidad en la pierna ni en el pie izquierdos– cuando, al mirarme en el espejo de la habitación, me oí a mí misma decir en voz lo suficientemente alta para que me oyeran las otras desde el comedor: «Chicas, creo que hoy me haré una coleta alta para salir». Ya no quería ser guapa; ahora quería ser valiente.

Es que yo la cumbre de la plenitud de la vida la alcancé pronto (si se puede considerar que a los veintiséis años sea pronto). Calculo que debió ser el día antes de que me pasara lo que os voy a explicar ahora, porque a partir de entonces las expectativas de la vida también empezaron a bajar. Un día estaba sentada en la mesa de la oficina donde trabajaba, delante del ordenador, y al acercar las costillas a la mesa, jugando a desplazarme adelante y atrás con la silla de escritorio con ruedas, no la noté; la mesa, quiero decir. No sentía el tronco. Y al levantarme me di cuenta de que la pierna izquierda tampoco. Aquella sensación en aquel momento en que lo único que me importaba era que fueran las seis de la tarde para volver a mi piso compartido con las amigas y meterles prisa para que acabaran de arreglarse e ir a tomar cervezas por Gracia no me preocupó en absoluto. Lo que pasa es que acabó siendo una enfermedad grave y sin curación. Esclerosis múltiple. Una enfermedad neurodegenerativa que, mientras yo estaba paralizada por el pánico, se encargó de quitarme la chaqueta, ponerla boca abajo y sacudirla hasta que cayera la última piedrecita de mierda que había guardado en los bolsillos, seguramente días antes al ver que

no me entraban unos pantalones viejos o porque me había empezado a despuntar la papada. Ya ves.

No solo eso. Resulta que el tratamiento (el primer tratamiento) consistía en ponerme unas inyecciones autoinyectables. Cuando me dijeron, dos años después (el diagnóstico, a veces, tarda un poco) «ven que te enseñaremos a pincharte porque, a partir de ahora, tendrás que hacerlo tú misma en casa cada día», para mí fue como si me dijeran ven que te enseñaremos a volar, a atravesar paredes sin puertas, a volverte invisible o cualquier cosa que desafiara las normas de la física tal y como la conocemos. Era imposible.

Pero vaya, no lo fue. Ese mismo día por la noche ya me ves en el lavabo de casa pinchándome sola, puesto que durante todo este trajín (digo trajín, pero quiero decir dos años de nebulosidad mental y pavor hasta el diagnóstico) el piso compartido con amigas se había disuelto. A veces la edad adulta puede ser más cruel que la adolescencia. Hacerte mayor te separa de las amistades.

Quizás para algunos hacerse mayor es una transición suave, una pendiente amable, o quizás pasa cuando tienes un hijo, cuando tienes

que ponerte a trabajar como un desgraciado porque en casa no hay ni un duro o cuando se te muere la madre y tú aún no sabes ni zurcir un calcetín. En mi caso, esto de hacerse mayor ocurrió cuando me cantaron las verdades sobre todos los males para los cuales acababa de adquirir mil quinientas papeletas. Todos podemos morir de muchas cosas, y lo natural es que vayamos perdiendo facultades poco a poco, de una manera poco perceptible en el día a día, lo que pasa es que si tienes esclerosis se conoce que pierdes facultades a estocadas. Es decir, a brotes. Ahora un brote te deja sin sensibilidad en la mano derecha, ahora un brote te hace ver doble, ahora un brote te deja cojo, ahora un brote te hace hawblar mwaaal. Normalmente, en los primeros años de la enfermedad recuperas poco a poco estas facultades que los brotes te arrebatan, pero ya te avisan: cuando hace muchos años que tienes la enfermedad, se suele entrar en una fase progresiva en la que ya no las recuperas. Pero hay tratamientos, y cada vez van saliendo más, no te preocupes, ahora todo está más controlado que años atrás.

Ahora ya ha pasado tiempo. Dentro de poco se cumplirán diez años de aquel día en que arrimé las costillas a la mesa de una oficina que ya

no existe y no las noté. Tras el suplicio hasta llegar al diagnóstico, estuve seis años pinchándome en la barriga, en la parte baja de la espalda, justo donde empieza la molla del culo, y en los muslos, encima de las rodillas. Las inyecciones, no os engañaré, dolían. Prefiero una vacuna o una citología cada noche, para que os hagáis una idea. Y, además, me aterraban. Tenía que apretar un botón de un aparato que parecía un bolígrafo gigante y de allí salía una jeringa disparada hacia la piel. El acto reflejo me impulsaba a apartarlo de mi cuerpo, pero tenía que aguantar los treinta segundos que duraba la experiencia. Después, al terminar, la piel se hinchaba, se enrojecía, escocía, se enquistaba y dolía durante tres días. Por eso había que ir alternando de zona.

Al principio, cuando pensaba que aquel momento terrorífico era el que me esperaba cada noche de mi vida «si todo iba bien», tal y como me habían explicado, no quería vivir. No quería ir a bares, quedar con amigos, hablar con nadie, prepararme la cena. Es un poco difícil aceptar que, en el mejor de los casos, te clavarás una jeringa con un líquido que escuece cada noche de tu vida; que esta es la parte buena de la enfermedad, porque la mala es que quizás, si no tienes suerte, en unos años estarás

coja o irás en silla de ruedas, o perderás la vista, o te atragantarás cuando comas. Cuesta un poco de asimilar. Pienso: ¿esto me está pasando a mí? ¿La que tiene todas estas papeletas del horror soy yo? ¿Por qué los neurólogos me preguntan constantemente si controlo los esfínteres? ¿Me moriré de disfagia? Cuesta un poco de asimilar, sí. Es complicado imaginarse a uno mismo así de mal. Y más, supongo, si has nacido para que las cosas te vayan bien, que es lo que yo pensaba. Vaya, que no esperaba que se diera la vuelta la tortilla siendo yo una privilegiada como era. Por qué me había tocado a mí. No contaba con ello. No era justo. Y toda una retahíla de tópicos con los que me recreé una buena temporada.

En la primavera de 2019 se casó Rosa, una de las excompañeras de piso. La noche antes de la boda, como cada noche, me pinché en la barriga. Este tratamiento estaba muy bien porque no tenía efectos secundarios, podía quedarme embarazada (si lo lograba) y no me inmunodeprimía. Lo único que hacía era dejarte la zona fibrosa, sin grasa, como los antebrazos de un heroinómano. Cuando ya no queda ni una pizca de grasa en la zona, básicamente lo que haces es pinchar

sobre quiste. Pues bien, aquella vigilia de boda, mi barriga dijo basta porque al pincharme se desplegó un hematoma un poco espeluznante. Al cabo de una semana intenté pincharme al otro lado del ombligo: me pasó exactamente lo mismo. Así que estuve dos meses con la barriga como un cuadro de Jackson Pollock, que acabó dejando dos cicatrices, una en cada lado. La de la izquierda tiene un aire a la mancha de Gorbachov.

El caso es que ahora, que ya tomo otra medicación con más efectos secundarios después de valorar con la neuróloga que era imposible asumir más inyecciones de Copaxone, el balance de nueve años de enfermedad es el siguiente: un total de cuatro años, siempre con intervalos, de pérdida de sensibilidad en el pie izquierdo y en la mano derecha; un calambre en la pierna derecha cuando bajo la cabeza; el calambre de la espalda al bajar la cabeza solo duró los primeros meses; un año sin sensibilidad en la pierna y en las costillas del lado izquierdo; picores totalmente aleatorios en diversas ocasiones en las costillas o en el brazo izquierdo, picores que, por cierto, no pasan al rascarte, es

como si picaran por dentro; fatiga que aparece también de manera absolutamente aleatoria y que me obliga a dejar lo que esté haciendo y mirar el techo durante unas cuatro horas; una paranoia loca cada vez que me atraganto porque inmediatamente pienso «¿ha empezado ya la disfagia?». Del tratamiento actual: una inmunodepresión que me convierte en carne de virus (buen momento para serlo, sin duda); y del tratamiento antiguo: dos agujeros en los muslos donde calculo que cabrían un kiwi o un hámster, una parte baja de la espalda donde las estrías postadolescentes quedan ahora sobre una piel castigada, envejecida, hundida y enquistada, y las dos cicatrices a ambos lados del ombligo que me recuerdan que lo conseguí.

Que aprendí a pincharme y a aguantarme el dolor a solas en un baño; que quise volver a ir a bares y a prepararme la cena por la noche; que me importó una mierda soberana no tener unas orejas perfectas, una dentadura perfecta, un cuerpo impecable. Que no quise volver a morirme nunca más.

CARLOS PALEO



Desde que publicara su primer libro de poemas, con diecinueve años, Carlos Pardo, nacido en Madrid en 1975, es uno de los poetas españoles más destacados de su generación. En su obra más reciente explora las afinidades entre la novela y la autobiografía, como en el ciclo que conforma *Vida de Pablo* (2011), *El viaje a pie de Johann Sebastian* (2014) y *Lejos de Kakanía* (2019), publicado por la editorial Periférica. Es crítico literario de narrativa en *Babelia*, *El País*.

**ES DIFÍCIL TRANSMITIR EL PINCHAZO DE
AQUELLOS SENTIMIENTOS INEXPRESADOS.
ANTES HE DICHO «DESGARRO». TODOS LO
HEMOS SENTIDO Y LO SENTIMOS, PERO DESDE
UN INTERIOR INCOMUNICABLE. UNO SIENTE QUE
SE DESANGRA POR NADA Y PARA NADIE.**

**Sentimiento y
masoquismo**
CARLOS PARDO

Pasé gran parte de la adolescencia en las calles que rodeaban la casa de quien entonces identificaba como «mi amada», aunque probablemente nada sabía ella de esta experiencia solipsista.

Mi amada vivía apenas a trescientos metros de mi casa, pero a la edad en que uno es vago hasta para cruzar la esquina, hacer la compra o recoger las medicinas de su madre en el ambulatorio. Es decir, la casa de mi amada pertenecía a un lado exótico del barrio; y, como no creía poder justificar mi presencia allí, eso me volvía vulnerable.

Una y otra vez, en una gran avenida con nombre de fraile, árboles nobles, tráfico y un colegio de monjas, paseaba espaciando los minutos de retorno al punto fijo: una vuelta a la manzana, una zona de chalets, otra más, y otra, y de nuevo su casa, como por azar.

Un día me atreví a espiarla desde una callecita trasera (una estrecha calle con nombre de filántropo suizo). Subí a un muro, junto a un seto. Intentaba adivinar la dimensión hogareña de «mi amada» tras un patio interior amplio, verde de césped, y una piscina comunitaria de la que apenas se veía el gomoso azul cian de una lona protectora. Si había contado bien, su casa tenía una breve terraza en la que sus acaudalados padres (el hombre de barba pelirroja que ese día fuma un cigarro, sentado y con la espalda recta) desayunarían ya a mediados de la primavera.

Esta visión estática puede dar una falsa idea de alguna virtud analítica que no tengo. En concreto, porque no volví a espiarla desde esa pequeña calle trasera ni de una manera tan descarada. No solo por la posibilidad de que alguien me sorprendiera sin excusa, quizá ella misma, sino por mi incapacidad de estar quieto durante lo que eran momentos «desgarradores» de dolor sentimental, una peligrosa sensación compartida con *coaches* y poetas actuales, así como por alguna de mis canciones preferidas. Si miraba de frente el objeto de mi deseo, este me destruiría. Entonces, como digo, rodeaba la casa, la manzana, el barrio, y volvía a lanzarme en lenta espiral sobre su hogar con un ahogo, hasta su ventana.

¿Cuál sería la habitación de mi amada? ¿Aquella de la planta alta?
¿Una buhardilla? ¿Cómo tendría decorado el cuarto y qué color
predominaba? ¿Un póster de Rob Lowe? ¿Me vería ella misma mirarla, dos
aceras más allá, un sábado de octubre?

A veces, en la confusión de mi cuarto de moqueta raída (con una
pequeña ventana de segundo piso que daba a un estrecho patio interior),
mi gata y mi amada se convertían en la misma entidad astral y castaña,
casi pelirroja. Y yo viajaba a través de las ondas del éter, patio arriba,
hasta el octavo y luego, planeando por las aceras, hasta la habitación
desconocida de un chalet donde mi amada me trataría con la intimidad
de mi gata.

Quizá haga falta insistir en que nunca hablé con ella. Lo digo porque
uno pocas veces cumple con las expectativas del lector, de natural
resolutivo: se lee buscando un encadenamiento del que carece, por lo
común, la vida. Así que aclaro que es muy probable que mi amada no
intuyera mi obsesión. Y, por supuesto, es sumamente incierto que mi
amada me viera durante mis paseos matinales. No es lo fundamental,
no obstante. No escribo una historia de amor, sino una historia de un dolor
siempre intransferible. Un daño autoinfligido.

Es difícil transmitir el pinchazo de aquellos sentimientos
inexpresados. Antes he dicho «desgarro». Todos lo hemos sentido
y lo sentimos, pero desde un interior incommunicable. Uno siente
que se desangra por nada y para nadie. Si tuviera que comparar
aquella sensación con otra más adulta, y alejada de las expectativas
sentimentales, sería una pastilla de MDMA a la que le restásemos la
sensación de paz.

Dejé el instituto, fui a estudiar fuera, tuve novia. Y en cuanto pude le
escribí un poema a mi amada donde me vengaba por su silencio.

El poema recreaba una escena ficticia y terminaba con una
arrogante lección de autoayuda: le decía a mi amada que era «mucho
menos» que yo. No solo menor que mi persona, sino que mi deseo (lo
que entonces me parecía un insulto). Este poema apareció en mi primer
libro. Todavía me avergüenzo.

Años más tarde escribí otro poema, pero esta vez basado en una
experiencia real con mi amada, si bien con una perspectiva igual de
deshonesta. Además, decir «con» es exagerado. Había vuelto a verla,
pero a distancia. En un autobús de línea, de camino al trabajo en una
pequeña librería de la que me echarían un mes más tarde.

En aquel autobús, de nuevo en octubre, en aquellos barrios señoriales a los que había regresado entrada la treintena (a vivir con mi madre, en el pequeño cuarto de moqueta gastada; porque volvía de la provincia con una mano detrás y otra delante y aquel trabajo de librero era mi salvación), creí reconocer, en aquel autobús de número familiar, o claramente reconocí unos asientos más adelante, hablando por teléfono, la voz grave de mi amada.

Entretanto habían sucedido varias cosas: el amor llegó dos veces, lo que en las canciones llaman «el amor verdadero». De este se ha escrito mucho. Obviémoslo. No obstante, el rencor por mi amada pervivía, un rencor que algunas veces me hacía soñar con ella, aunque entonces encarnaba menos a una persona que el arquetipo de una carencia. ¿Es, como dicen, cierto que la pulsión autobiográfica depende en gran medida de un temprano sentimiento de abandono? En los sueños, ella siempre me hablaba con su peculiar voz barítónica. Y le añadía un punto de vista de comprensión y trascendencia que nunca había existido en la vida real. ¿Era la madre, la cuidadora, la amiga? ¿Lo que estaba viviendo junto a mi «amor verdadero»? Era el alma gemela, cuya ausencia está en el origen de la pulsión autobiográfica.

Así que, a distancia, en el asiento trasero de un autobús, pluma en mano y cuaderno sobre las rodillas, le escribí unos versos en los que me burlaba con ironía sobria y señalaba que mi ahora ya más examada que amada se había operado los labios y escacharrado el jeto.

¿De dónde viene este resentimiento? Nace del deseo. ¿Qué es el deseo en un niño de diez, once o doce años? ¿Y qué sucede con ese deseo cuando el niño es un adulto? Es improbable que antes de los doce yo tuviera una pulsión sexual muy desarrollada, pero no puedo concebir ni recordar mi vida sin esos momentos de parálisis. El miedo del «cazador cazado».

Una frialdad recorre el cuerpo: el deseo de trascendencia. La necesidad de fundirse con/en alguien concreto se vuelve tan insistente que uno se aparta a su rincón con dolor de cabeza y entumecimiento en el pecho. El tiempo se abre y se detiene en el núcleo del cuerpo. Duele, pero es un lugar de intimidad. Casi una definición: soy mi deseo.

Recuerdo este dolor en otros episodios.

En la sala de estudio los malos estudiantes leen apuntes. Con camiseta de baloncesto, el mito erótico del instituto, hija de británico y

española, también finge que estudia. Es imposible soportar la intensidad de su belleza en camiseta de tirantes.

Más adelante, en la universidad, vivo con mi novia. Acabamos de mudarnos a un nuevo piso menos estudiantil. No lo sabemos, pero a nuestra relación le queda menos de un año. En otoño saltará por los aires, cuando yo me enamore de una persona con la que no cruzaré más de veinte minutos de conversación, pero que vuelve a recordarme al arquetipo de mi abandono.

Mi novia estudia en una biblioteca y yo me he quedado en nuestra nueva casa con aire de clase media para corregir poemas. La chica que limpia el edificio está a punto de llegar a nuestra planta. Limpia con mallas, tarareando. Yo estoy detenido en mi puerta, tras la mirilla. Este deseo y su imposibilidad también duelen.

Años más tarde padezco un gran conflicto sentimental: me he enamorado de una persona más hecha que yo. Ella me pide que sea yo mismo, pero mi única manera de ser yo mismo enamorado es entregándome a otro, con la esperanza de yo mismo ser otro. De esto soy consciente, pero también de la tara que supone esta tendencia. En

mí pelean dos visiones del mundo: una proyección romántica y la realidad de la persona que encuentro y me cambia (cambia incluso mi proyección). Ambas definen eso que llamamos «amor verdadero», pero son irreconciliables.

Mi nueva amada, mi futura esposa, atraviesa la calle: la veo desde el balcón del zulo donde pernocto. Ella tiene un novio guapo, con carisma y más alto que yo. Ella camina sin levantar la vista a mi balcón: sus extremidades son finas y levemente cónicas. He de tocar esos brazos, pero no sabría qué hacer después. No puedo soportar no estar con ella, incluso no envejecer con ella. El dolor es tan intenso que ya no podré moverme del balcón durante todo el día, aunque es improbable que mi nueva amada vuelva a pasar por debajo.

Pongo música y me asomo.

Cambio de canción y me asomo.

En los momentos en que suben el deseo y la dolorosa trama de la dopamina coqueteo con la idea de lanzarme por el balcón. Pero vivo en un primero, encima de la discoteca en la que acaban de contratarme.

Se hace de noche y sigo asomándome al balcón, puntualmente.

Luego, de madrugada, bajo a trabajar.

Último ejemplo. Tengo siete años. Viajo con mi familia. Los cinco hermanos en el asiento trasero de un Supermirafiori. El pequeño, que soy yo, encima de Javier. Mi padre conduce, mi madre es copiloto. Viajamos hacia el lugar del norte donde pasaremos las navidades. Llueve y los cristales se empañan. He descubierto el placer de dibujar en un cristal empañado. Quiero escribir el nombre de mi pequeña amada (que tampoco conoce mi amor). Apenas tres letras. Pero no podría soportar la vergüenza de ser descubierto.

Cada vez que paramos en una gasolinera pienso en qué pasaría si mi amada de tres letras saliera de allí, por azar, a una edad en que el azar no existe. Caminaríamos por la carretera, de la mano. A veces la veo asomada a una ventana de las ciudades que atravesamos. E incluso viene hacia mí con pantalones vaqueros y camiseta azul en un irreal campo de trigo dorado y veraniego.

Probablemente he escrito lo anterior para no hablar de la vida en pareja. No solo de una ruptura, sino de la violencia de la pareja. No de la violencia

física, sino de las violencias inherentes a la pareja. Las que, analizadas con lucidez, conformarían un libro de crítica sociológica sobre la violencia estructural de la monogamia. En particular, suele decirse, de la pareja monógama heterosexual, aunque las proyecciones del amor romántico nos atraviesan a «todes». Las heridas del masoquismo. El secreto placer de la fidelidad. El delirio morboso del cuidador. Limpiar tu fallo primordial, ese fracaso que nos precede. La pervivencia en la pareja de todo aquello que la niega: el imaginario de un amor compartido y trascendente, el miedo al abandono. Dejarlo. Volver. Dejarlo. Hacer daño a los que crees obligatorio hacer felices. Ser perdonado. Aceptar ese daño en uno y no ser capaz de vivir sin él. Dejar de ser uno mismo al precio de torturar a otra persona. Convertir a la otra persona en un principio de realidad. Depender del principio de realidad que se ha proyectado en otra persona. Con suerte, que el amor te lleve a la superación del amor y te libere de sus perversas falsificaciones.

Ahora mismo es otoño y la gente, como es evidente, pasea con mascarilla. Yo también paseo. Ejercicio una sutil violencia sobre mí mismo. Paseo solo hasta cansar las piernas (las piernas cifran su

felicidad en este triste estar cansadas). Creo que padezco el duelo más largo de la historia. Un duelo para el que llevo preparándome muchos años, antes incluso de que empezáramos a insultarnos en público, delante de los amigos, o que nos mintiéramos para conservar algo propio, un secreto. Un duelo iniciado el día en que conocí a mi mujer. Uno convive con esa sensación de fin. Porque los comienzos, tan entusiastas, son un malentendido. ¿Tiene el amor más que ver con la asunción de una larga decadencia que con el *flirt* de los comienzos? ¿Una ética de los fines? ¿Por qué esta estúpida recurrencia? ¿Por qué se sabotea uno en tanto que especie? Porque amar, en contra de lo que se dice, es apostar por el final.

Incluso cuando el amor se ha roto, uno no ama lo que es el amor sino lo que él proyecta. Tampoco lo que proyecta, sino lo que fue. No lo que fue, sino el horizonte de expectativas que hubo en un momento dado. Expectativas, casi todas, falaces. Por eso nadie se acuesta dos veces con la misma pareja. Origen de todos nuestros males. Y por eso se escribe sobre lo que se acaba.

Hace no demasiado tiempo volví a tener un sueño con «mi amada». No era un sueño romántico, sino metaliterario. Me decía: ¿Por qué escribiste esos poemas rencorosos? Yo no era así, no tenías ni idea de cómo era yo. No conocías mis problemas ni me conocías a mí. ¿Supiste de la existencia de una hermana mayor? Incluso, cuando espiabas mi casa, y vaya si te vi, ¿sabías que mi padre estaba a punto de abandonarnos? Nunca te planteaste que el sentimiento que reservabas, enfermo, fuera compartido. En el caso de que lo hubiera sido, fuiste un inútil. Pero en el caso de que no lo fuera, y esto es lo más probable, te ajustas al perfil de un psicópata. Habías idealizado torpemente una imagen de mí en la que yo no contaba para nada. Una imagen estática, refractaria a la vida. No amabas sino a un dolor fijo que te redimía. Sigues haciéndolo. Por favor, no escribas nunca más de mí.



ARROCHA TRAVÉ

Aroha Travé, nacida en Terrassa en 1985, es colaboradora doméstica de Ediciones La Cúpula, donde ha ejercido de ilustradora, monaguilla y persona humana ejemplar. Su vibrante estilo de dibujo, que bebe a morro de las voces más indómitas del *underground*, se ha dejado ver en las páginas de la revista *Voltio*, si bien su auténtico debut fue *Carne de cañón*, un tebeo pituso y feroz desbordado de seres patéticos, entrañables y un poco cabronías, que la hizo merecedora en 2020 del premio de la ACDCómic a mejor autor/a emergente y los premios a autora revelación otorgados por el Salón del Cómic de Valencia y por el Santa Cruz Cómic.

CICATRIZ

AROA TRAVÉ



A VECES VENÍA OTRO AMIGO QUE LOS LATINOS PENSABAN QUE ERA UN "HERMANO". TE COBRABAN POR JUGAR EN LA PISTA PERO A ÉL LO DESABAN JUGAR GRATIS PORQUE CREÍAN QUE ERA LATINO.

MENOS MAL QUE NUNCA LE DIERON DE HABLAR...



LO TRISTE ES QUE SI HABÍA UN LATINO EN MI GRUPO DE AMIGOS. UN ARGENTINO CON CARILLA DE DIAMER QUE NUNCA VENIA AL "CÉSPED" Y SU PROCEDENCIA SOLO SERVÍA PARA QUE MI HERMANO LO LLAMARA "SUDACA".

AQUEL 15 DE NOVIEMBRE DE 2005 SOLO ESTABAMOS MI HERMANO, MI MEJOR AMIGO, EL RAPER SOLOITARIO, SU PERRO RICHARD Y YO CON ESE ESTÚPIDO CORRO OREJERO CON CUERNOS. HABLÁBAMOS DE VIDEOJUEGOS COMO SI NOS FUERA LA VIDA EN ELLO CUANDO VIMOS APARECER A AQUELLOS MANGUIS A LO LESOS...



YO NO SABIA NADA DEL OTRO CHAVAL PERO EL HERMANO DE EL CHAVO ERA TODA UNA LEYENDA. ÉL ERA PELIGROSO PERO A SU HERMANO (QUE ERA UN CRIO DIMITO CON UN TAMBOR) SE LE TEMÍA POR TODA LA CIUDAD. YO ESCUCHABA TAMBORES Y ME CAGABA VIVA.

ERA COMO UNA ESPÉCIE DE BILLY EL NIÑO Y TENÍAMOS AL CHALAO DE SU HERMANO GRITANDO PALO EN MANO EN LA CALLE DE ENFRENTA...















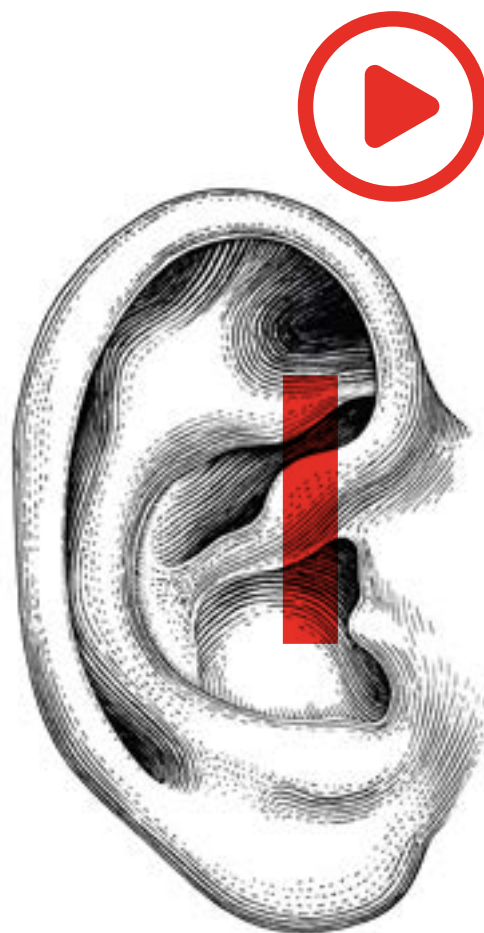


L'HIER
ESCAMPA

Crecidos en la escena punk de la Plana, Guillem Colomer

y Carles Generó forman, en verano de 2010, el grupo L'Hereu Escampa. Estos dos amigos cogen de referencia el modelo emo-punk facturado en los años noventa para confeccionar su libro de ruta. La apasionada energía que transmiten en directo y la concepción como dúo de batería y guitarra los diferencian del resto de bandas. Han publicado los discos *L'Hereu Escampa* (2011), *Llamp de Déu* (Famèlic, 2013). *Pren la matinada* (2017) es su último disco, lleno de nuevos matices y de madurez tanto emocional como musical, y sigue sin incluir bajista.

UN RAYO DE LUZ QUE ME ILUMINA
EL MAGNETISMO ESTÁ PRESENTE
LA GRAVEDAD DE UNA NOCHE DE INSOMNIO
¿QUÉ ES LO QUE PUEDO VER (AQUÍ)?
¿QUÉ ES LO QUE HABRÁ (MAÑANA)?
LA BALSA ESTÁ SIN AGUA (NO PUEDE SER)
EL SUELO ESTÁ SECO
TIENES TIEMPO, TIEMPO AL TIEMPO



TENES EL TIEMPO

L'HEREU ESCAMPA

Youtube



COMPUESTA:

En Vic por Guillem Colomer (batería) y Carles Generó (guitarra y voz)

LETRA:

Carles Generó

GRABADA, MEZCLADA Y

MASTERIZADA:

Ernest Gómez con el apoyo de Daniel Pérez en La Paz, L'Hospitalet de Llobregat a finales de 2020.

Con el apoyo incondicional de Hidden Track y Beauty Fool Records

Spotify



Es el calor de la brasa una vez apagada
lo que me mantiene flotando sobre este aire
Es un pájaro que vuela sin alas
O, quizás, el humo me despista.
No veo nada, no sé qué es
No se enciende, no lo entiendo,
no puede ser
Un rayo de luz que me ilumina
el magnetismo está presente
la gravedad de una noche de insomnio
¿Qué es lo que puedo ver (aquí)?
¿qué es lo que habrá (mañana)?
la balsa está sin agua (no puede ser)
el suelo está seco
Tienes tiempo, tiempo al tiempo
todos los momentos que me son presentes
el corazón encendido humea latente

* El tiempo como elemento cicatrizante, el fuego como agente cicatrizante. Partimos de la base de que estos dos elementos ayudan a curar heridas: uno emocionalmente y el otro más físicamente. Esta es una canción que teníamos entre manos hace tiempo. Fue la primera que compusimos como grupo, después de un paréntesis vital. Para nosotros ha sido un elemento cicatrizante de donde estábamos musicalmente/vitalmente y hacia donde vamos ahora, dejando que el tiempo nos cure y manteniendo una llama intensa, que nos empuja, pero no nos quema.



Rocío Quillahuaman nació en Lima en 1994 y estudió Comunicación Audiovisual. Ha trabajado en varios sectores del audiovisual desde que se graduó: producción audiovisual, redacción y edición de vídeo para diversas empresas como *PlayGround*, Grupo Zeta y Gestmusic. Hace un par de años empezó a dibujar *fan arts* de broma, pero se le fue de las manos y a día de hoy ha dibujado más de trescientos retratos, que ha podido exponer en Madrid, Barcelona y Galicia. En la actualidad se dedica a hacer animaciones humorísticas para su cuenta de Instagram, en la que tiene más de 130.000 seguidores, y para Yorokobu y Amazon Prime Video España. También ha colaborado con diversas marcas como Primavera Sound Festival, Nike, Filmin entre otras.

**YO NO SOY ESPAÑOLA ASÍ QUE NO
TENGO ASUMIDO EL SIGNIFICADO DE
LA FRASE «TE FALTA UN HERVOR»
COMO LO TENEIS TODAS VOSOTRAS.
EN CUANTO LA ESCUCHE, ENTENDÍ QUE ME
ESTABA LLAMANDO IDIOTA, INGENUA,
ATONTADA, INOCENTE, GILIPOLLAS.**

ROCÍO QUILLAHUAMAN

Me arranco todas las canas que me salen. Lo hago desde que una amiga me contó que no pasaba nada si te las arrancabas y que aquello que me dijo mi madre de que cuando te arrancas una te salen veinte no era verdad. Llevo varios años haciéndolo porque me empezaron a salir cuando era mucho más joven que ahora y siempre me ha dado mucho gusto la sensación de arrancárselas. No me molesta la apariencia que dan, solo me gusta arrancárselas sin más. Pero a medida que pasaban los años, cada vez había más y más, supongo que porque lo que me dijo mi amiga era mentira y mi madre tenía razón. Pero ya no hay marcha atrás. Tengo muchas, muchas canas. No conozco a ninguna chica de mi edad que tenga tantas canas como yo. He ido preguntando a ver si alguna respondía que se las arrancaba también pero todas lo niegan, a pesar de que yo me abra en canal delante de ellas y explique lo mucho que me duele la cabeza después de arrancarme cuarenta canas en una tarde. A veces me avergüenzo del poco pelo que tengo (debido a arrancarme canas) y me uno a sus quejas de «ay sí, tengo poco pelo por la ansiedad». Culpar a la ansiedad está más aceptado socialmente y es más *cool* que hablar de mi obsesión con arrancarme canas porque sí.

También tengo muchos puntos rojos en la piel: en la cara, en el pecho, en el abdomen y en la espalda. Si no sabes lo que es, probablemente seas una persona muy joven o alguien cuyo cuerpo se corresponde a su edad. Los puntos rojos aparecen cuando te haces mayor. Es una notificación de la vejez. Yo los tengo desde hace muchos años pero que nadie se preocupe, no me los arranco como las canas. La presencia de estos puntos rojos como la de las canas son prueba suficiente de que soy una persona mayor a pesar de tener veintiséis años, que es ser asquerosamente joven. Veintisiete quizá ya no, pero veintiséis sí, veintiséis todavía es ser asquerosamente joven. Pero yo siempre me he sentido mayor de lo que soy, así que las canas y los puntos rojos me hacen sentir en armonía conmigo misma. Como si mi cuerpo me diera toda la razón y me dijese «Sí, eres una vieja».

Todas estas canas y estos puntos rojos, representantes de mi vejez, crearon una red de conexión de extremo dolor que se extendió por todo mi cuerpo cuando ocurrió lo siguiente: le conté a una persona que había encontrado algo que me gustaba hacer y que había gente que me quería pagar por ello. Estaba ilusionada porque la persona no era cualquier persona, era una persona que admiraba y respetaba y a la que tenía



mucho cariño. Por eso, me sorprendió que su respuesta fuese decir que «me faltaba un hervor». Un hervor, dijo. ¿Pero tú me has visto? ¿Puede haber alguien de veintiséis años más hervida que yo?

Yo no soy española así que no tengo asumido el significado de la frase «te falta un hervor» como lo tenéis todas vosotras. En cuanto la escuché, entendí que me estaba llamando idiota, ingenua, atontada, inocente, gilipollas. Cuando lo miré en Google, horas después, me alegré un poco al descubrir que tenía razón (me encanta tener razón) pero también me supo mal por, bueno, ser considerada todo eso por alguien que me caía bien.

El momento en el que me dijo eso era un buen momento de mi vida. Llevaba más de un año preocupada por no tener trabajo y tampoco una abuela que me regalase un piso en el barrio del Eixample. Por accidente, hice una animación riéndome de la gente creativa de Barcelona que se viralizó lo suficiente como para que me salieran propuestas de trabajo para hacer más animaciones riéndome de más gente. Cuando me salió trabajo y descubrí que era muy rentable reírse de Barcelona, empecé a

ilusionarme un poco por todo aquello. Siempre le quitaba importancia, un poco avergonzada porque fuese un accidente y no algo planeado, pero la verdad es que me alegraba ver que la gente que me quería se alegraba por mí. Supongo que fui ingenua pensando que todo el mundo que me quería antes de que me fuese «bien» a nivel laboral me iba a querer siempre, a pesar de que me fuese «bien». Hasta entonces, desconocía que tener éxito laboral fuese un obstáculo para que te siguieran queriendo. En ese aspecto desde luego que me faltaba un hervor. O dos, o tres o cien.

«Te falta un hervor» me persigue desde 2018, que fue cuando ocurrió. Está detrás de mi oreja cada vez que tengo una llamada de trabajo, leo una propuesta laboral en el mail, contesto preguntas en una entrevista o hago una charla. Está a mi lado incluso cuando estoy hirviendo agua, literalmente, para hacer un Yatekomo. A pesar de que le haya querido quitar importancia, no hay manera de que esa frase deje de aparecer en los momentos en los que me siento más insegura por todas mis decisiones. Sigo trabajando en el sitio por el que se me dijo que me



faltaba un hervor y aunque estoy muy cómoda y me gusta mucho, cuando soy consciente de lo satisfecha que estoy de estar ahí, una voz vuelve y me dice: NO LO OLVIDES. TE FALTA UN HERVOR.

La noche que me dijo esa dichosa frase, estábamos sentados en una mesa con más gente que quería, así que la humillación fue mayor. Me acuerdo perfectamente de cuándo lo dijo y cómo lo dijo. Del tono de su voz, del silencio que vino después, de cómo seguí hablando como si no me hubiese afectado nada. Como si mis canas no estuviesen revolcándose en mi cuero cabelludo y mis puntos rojos no estuviesen ardiendo. Recuerdo bien cómo nadie en la mesa dijo nada, pero días después todos sabían perfectamente de lo que hablaba cuando les expliqué lo que había pasado, preocupada por si se habían vuelto sordos y ciegos justo en ese momento de la conversación.

A veces, tener buena memoria es una mierda. Y yo tengo una memoria excelente así que estoy jodida. Es una mierda porque creo que siempre recordaré todos los detalles de ese momento, aunque vaya a terapia hasta

que muera. Llegará el día de mi muerte, mi último día, y me vendrá esa maldita frase a la cabeza, con todos sus odiosos detalles. Estaré a punto de morir y seguiré guardando rencor a la persona que me lo dijo y a toda la gente que estaba en la mesa y no dijo nada para defenderme y voy a morir cabreada, aunque haya creído superar todo el rencor, obsesionada con darle algún sentido a todo el dinero que me dejé en terapia. Mi buena memoria también me torturará en el lecho de muerte recordándome que he superado cosas peores y que fue ridículo perder tanto tiempo buscando «faltar un hervor» en Google para conocer su significado en todos los países, porque quizá en Uruguay significaba «eres la hostia».

A veces, la digo muchas veces seguidas para que pierda poder y significado. Me falta un hervor, me falta un hervor, me falta un hervor. Como cuando escuchas mucho una canción, la acabas aborreciendo y no la quieres escuchar nunca más. Mientras la repito una y otra vez, pienso: quizá era una broma, quizá no quiso decir eso, ¿quizá era un halago? Quizá no se refería a que me faltase un hervor a mí sino al sitio



que me había elegido a mí y a mis animaciones, es decir, que les faltaba un hervor por haberme elegido. No, la verdad es que repetir mucho la frase y dismantelar su significado nunca me funciona. No acabo aborreciendo la frase, como me pasa con las canciones, sino que me acabo aborreciendo a mí misma.

Con el paso del tiempo, me di cuenta de que la frase había dejado de sonar con la voz de la persona que la dijo y había empezado a sonar con mi propia voz. Supongo que eso es lo que pasa con las frases que te marcan y que te repites mucho mentalmente. Las repites tanto que dejan de sonar como sonaban cuando se dijeron y empiezan a sonar a como te las dirías tú y, si no te caes muy bien, como suele ser mi caso, siempre suenan mucho peor a como sonaron en realidad.

Cuando tenía veinte años, otra persona que quería mucho me dijo que cuando estaba borracha, le caía mejor. Y seguramente lo decía en serio porque yo siempre he sido una chica muy tímida y las pocas veces que bebía, me liberaba de toda timidez y hacía cosas que nunca habría hecho sobria. Hablaba con desconocidos que no querían hablar conmigo o me ponía a bailar en el centro de la pista de baile, con conocidos o

desconocidos, hasta caerme de culo y al día siguiente tener un moratón gigante en los muslos. Ahora puedo comprender por qué le podía caer mejor cuando estaba borracha: le caía bien la gente que hacía el ridículo.

Durante muchos años, bebí alcohol solo por esta razón. Asumí esta frase como una realidad porque me la repetía cada vez que estaba rodeada de gente. Realmente creía que caería mejor a todo el mundo si estaba borracha. Me pasó lo mismo que con la otra frase, se quedó en mi cabeza para torturarme. Y todavía, a día de hoy, aunque menos que antes, esta frase viene a visitarme. Su momento favorito, evidentemente, es cuando quedo con alguien en un bar y hay que pedir algo. En ese momento la frase me vuelve a golpear con la misma fuerza que la primera vez que la oí, así que, si es la primera vez que quedo con alguien, siempre suelo pedirme una cerveza, un vino o un vermut. Y si por cualquier cosa me pido algo que no tenga alcohol, no puedo evitar pensar que quizá no voy a dar lo mejor de mí y que el encuentro será un completo fracaso.

Estoy segura de que ambas personas no son conscientes de lo que me dijeron y mucho menos de lo mucho que me iba a afectar. También estoy segura de que es posible que en el fondo sean buenas personas aunque sigan diciendo frases crueles e insensibles así, a la ligera, a otras personas. También soy consciente de que es posible que yo también haya soltado frases que han marcado a otras personas, sin haberme dado cuenta (aunque lo dudo). Pero de lo que estoy más segura es que esas frases han dejado de ser tuyas y ahora son absolutamente mías. Aunque sigan persiguiéndome y atormentándome en mis momentos más débiles, ahora yo tengo más control sobre esas frases que sus propios autores. He sido yo quien les ha dado vida años después de que ellos las creasen, quien ha creado animaciones y bromas a partir de ellas y ha hecho reír a mucha gente a su costa. Sobre todo, quiero creer que tengo algo de control sobre el daño que me hicieron y que soy yo la cabrona más cruel e insensible, capaz de frivolarlas si me da la gana para hacer bromas y de machacarme con frases peores y más creativas, muchísimo mejor que nadie y, desde luego, mucho mejor que ellos.

SILVIA CRUZ LAPENA



Silvia Cruz Lapeña nació en Barcelona en 1978, pero se crio en Córdoba. Es periodista y responsable de Actualidad de la edición española de *Vanity Fair*. La mitad de su carrera ha ejercido como *freelance*. Ha publicado en los principales medios generalistas (*La Vanguardia*, *El País*, *El Mundo*), así como en prensa no diaria (*Altaïr Magazine*, *Letras Libres*) y especializada (*Rockdelux*, *Deflamenco*). Es autora de dos títulos de no ficción publicados con Libros del KO: *Crónica jonda*, un viaje por los principales festivales de flamenco de España, y *Lady Tyger: es mi cuerpo y es mi vida*, perfil de la primera boxeadora que logró licencia para pelear en Nueva York. En radio, ha dirigido para Podium Podcast *Crónicas jondas*, una continuación sonora de su primer libro; ha formado parte de la tertulia cultural de 24 Horas de Radio Nacional de España y colabora con *A vivir*, en la Cadena SER.

EL RESULTADO FUE DOLOROSO Y DURANTE
DÍAS, INCOMODO. TAMBIÉN ME PARECÍO
MUY RÁPIDO: YO BUSQUÉ UNA CICATRIZ Y
SOLO OBTUVE UNA SENTENCIA. PERO ES QUE NO
LO SABÍA, QUE LAS YEMAS DE LOS DEDOS
CURAN BIEN, SOBRE TODO SI LA CARNE
PARECE PRESTADA DE TAN VERDE TODAVÍA.

Nacer de un tajo

SILVIA CRUZ LAPEÑA

Eran las cuatro de la tarde y era verano. Y yo tenía diez años y una mandolina entre las manos. No quería jugar, iba en serio. El ocio en una casa donde nunca nadie se había levantado más tarde de las siete de la mañana no estaba mal visto, era pecado. Por eso, lo que buscaba esa tarde en el único rato que los míos se concedían, la siesta, era dominar la mandolina, convertirla en herramienta, hacerla mía. Si aprendía a manejarla yo sería útil, y me permitirían jugar con ella.

Cogí una patata y la pelé. ¿Para qué si mi meta no era comerla? No lo sé. Pero la pelé y la lavé, quizá porque todos los míos son hacendosos y una es, aparte de ojos claros-pelo oscuro, lo que ve en su casa. Ya seca, la agarré dispuesta a hacer cortes como los que hacía mi yaya. Como aprendo rápido, al tercer deslizamiento, aumenté el ritmo. Al quinto, ya lo hacía sin mirar, poniendo los ojos en una macetita cuajada de zarcillos de la reina que había en el alféizar y por eso no vi el instante en que la yema de mi pulgar se encontró con la cuchilla.

Según mis cálculos, de suceder, el corte sería fino, pero la cantidad de sangre que salió cambió el tono de la escena imaginada. Apreté el dedo con un trapo mientras le rezaba al retrato de mi tío Pepe, cuyo cadáver fue el primero que yo vi en mi vida, a los ocho años, y siempre le agradecí que eso me hubiera quitado el miedo a los muertos para siempre y tan temprano. Pero el día de la mandolina no pude darle las gracias: le pedí que me permitiera arreglar sola esa sangría y no me hizo caso.

Así que unos minutos después, sin parar de sangrar, me asomé al hueco de la escalera y dije «mama». Fue un susurro, pero quizá «mama» olió la sangre, porque bajó enseguida. Cuando vio el paño ensangrentado, cogió mi mano, me miró a los ojos y dijo «no es nada» mientras mi abuela murmuraba «algún día lo será» dándome escalofríos y una clave de lectura cuando dos años después entré por primera vez en casa de la Bernarda de Federico.

El resultado fue doloroso y durante días, incómodo. También me pareció muy rácano: yo busqué una cicatriz y solo obtuve una sentencia. Pero es que no lo sabía, que las yemas de los dedos curan bien, sobre todo si la carne parece prestada de tan verde todavía.

Mi madre se llama Consuelo y fue, es y será carnicera. Ama su trabajo y es una de las trampas que me ha legado: que me guste lo hago. Por eso, hasta ella cree a veces que mi oficio es un capricho que los demás – paguen mal o bien o nada –, me consienten.

Que Consuelo fue, es y será carnicera me lo recuerda también la cicatriz que le atraviesa el antebrazo derecho, uno de mis primeros recuerdos, junto al olor que desprende a cuna con sábanas siempre limpias. Daba igual cuántas horas trabajara, si manejaba cabritos o limpiaba intestinos, Consuelo siempre olía y huele a rosas. Conozco la historia de ese corte desde que tengo conciencia porque pregunté por ella siendo muy chica y se me explicó como si no lo fuera: sin escatimar ni una gotita de sangre.

Se lo hizo en su primer trabajo, en el Mercado de Montserrat de Barcelona, en «ca la Sisqueta», su primera jefa. El día del accidente Consuelo tenía trece años y no estaba asegurada. Son cosas que se saben y prefieren olvidarse, hasta el día de la jubilación, cuando un funcionario

te lanza una lista de agravios con forma de jornadas enteras declaradas como medias, que mi madre encaró como se encara cualquier tipo de maltrato: justificándose. «Claro que hice cosas en negro, era mejor eso que nada», añadió rebotando una culpa que nadie nunca cree que sea suya.

El tajo llegó un día de verano. Uno de 1967, el año en que Comisiones Obreras fue declarada ilegal y Cassius Clay se negó a ir a Vietnam. No hay color entre el gesto heroico de aquel hombre internacional y la prohibición de un sindicato patrio, que a saber qué podía hacer aquellos años por las no-empleadas de una parada de mercado minúscula y llena de grasa. Allí, cinco dependientas competían por el espacio diciéndose cosas como «Pásame las butifarras» o «Aparta, nena, que passi» mientras atendían a las clientas al grito de «¿Qué más te pongo, guapa?». Es tanta la distancia que no cabe la demagogia: Cassius hacía Historia, ellas cortaban panceta.

Entre ofertas y ristras de longaniza, un brazo púber pasó por delante del pilón cubierto de capas de sebo y plasma de distintos animales en busca de unas salchichas y el *tallant* de la Sisqueta cayó del cielo como un ave carroñera.

«Se abrió como una boca», me cuenta Consuelo y pienso «qué elocuente».

«Me la envolvieron con un trapo», sigue y añado «para que no hablara, mama».

«Fuimos al dispensario del señor Antonio, qué bruto era», ríe y le recuerdo «lo sé, me puso varias vacunas».

«A mí, aquel día me puso grapas», continúa y murmuro «no quiero ni imaginarlo».

«Se me infectó», avanza y susurro «pobre» queriendo ser para ella ropa de cuna.

«Al día siguiente, volví: como no podía despachar, me pusieron a cobrar», sonrío y yo escupo «hijos de puta».

Durante años, vi ese tajo como un signo de fortaleza. Una señal de que en mi casa no tememos a la sangre, ni a los cuchillos, ni a esfuerzos como el de levantar un cuarto de vaca a pulso y hacerlo cachos. Tampoco a trabajar doble jornada en Navidad sin que te doblen el sueldo porque «es mejor eso que nada». Y hacerlo a las cinco y media de la mañana, hora a la que se levantaba Consuelo, con los párpados pintados de azul, verde o violeta y esa chispa que le arde siempre en las pupilas.

Yo no pude hacer lo mismo. Soy de bíceps débil, por eso escribo, porque no tengo fuerza. Cuando me oye decirlo, Consuelo acude al rescate y dice: «Tú la tienes en el corazón y la cabeza». Y no miente, pero no es lo mismo. Por eso durante un tiempo busqué una forma rápida y heroica de parecerme a ella. De emular su corte y su fortaleza. Por eso me enfrenté a la mandolina, sin saber aún que aquel tajo en su brazo, aunque no mediara hierro candente, era una yerra.

Volví a intentarlo en el Año de los Huevos. Quizá solo fueron unos meses, pero la penuria del bolsillo lo acorta todo menos el calendario. Debido a esa escasez, comimos en casa muchos huevos. Hervidos, revueltos, en tortilla, pero casi siempre fritos porque era más rápido y más sabroso, y el aceite, por fortuna, sí abundaba.

Fue el año en que aprendí a hacer la compra. A hacerla en serio, con tan poco dinero que aquello no podía ni llamarse presupuesto. Entre huevo y huevo, Consuelo trabajaba como una bestia. Ante la falta de opciones, hizo de tripas corazón y se reinventó en pescadera. Una vez acepté un trabajo en una agencia de comunicación y me acordé mucho de ella: «Son las mismas herramientas, pero no es periodismo», me decía y recordaba qué poco se quejó Consuelo cuando adaptó lo que sabía de cuchillos a abordar un salmón y no un cochino.

A los tres días, nadie hubiera dicho que eran terneras y pollos lo que esa rubia sabía convertir en picadillo. De hecho, es posible que cambiara

«terneras y pollos» por «merluza y rape» en su entrevista de trabajo. A nadie le importó, porque a las dos semanas, conocía todos los peces, limpiaba, desescamaba y desespina el resto de bichos que llegaban a sus manos y seguía oliendo a rosas cuando cada noche nos abrazaba.

Ni mi hermano ni yo estuvimos a la altura de sus esfuerzos, pero logró que aprendiéramos que crecer también era eso y que pasara lo que pasara, era mejor afrontarlo. Mirar de frente, hablar de frente, y dejar que se fueran alargando nuestras piernas sin mirar al suelo. Tampoco al cielo. Siempre al frente. Podríamos parecer marciales si no fuera porque cada lección y cada huevo venían con su risa y su calor. Otros días, también con una mala leche de campeonato porque el malestar profundo del agotamiento físico no es algo que se entienda haciendo *footing*.

Por suerte, los lamentos en mi madre duran poco y si de mis lecturas se encargó esos años Círculo de Lectores, de las instrucciones, que ella también se aplicaba, siempre se ocupó Consuelo:

«Vamos pa'lante».

«Nunca des la partida por perdida».

«No dejes que nadie te diga cómo vestir ni qué pensar».

«No dejes que te vuelvan loca».

Ay, esa última frase, cuántas veces me agarré y me agarro a ella.
Muchas más que a una de las pocas que ese año profirió mi padre:

«En bragas no se fríen huevos, nena».

No era un consejo, el mal estaba hecho. Fue un día de aquel Año de los Huevos. Un mediodía que volví de la piscina y, aún en bikini, hice la comida para todos, tirando varios a la sartén y un enorme salpicón de aceite hirviendo cayó en mi pierna derecha. «Aquí está, mi cicatriz», pensé. Pero no ocurrió porque en la cara de mi madre, mientras mi padre me curaba, vi una sonrisa y un gesto que me decía: «Ya no tienes edad de mandolinas, nena». Y la ampolla se encogió.

Donde nací era 1992 y la gente andaba loca con las Olimpiadas. Pero vivía en el Sur, donde no sé qué año sería, pero donde la principal diversión de aquel verano fue ir a todos sitios montados los tres, Jesús, Adela y yo, en un Vespino. Andando, una discoteca de la otra solo nos costaba diez minutos. Pero, ¿quién eres en un pueblo yendo a pie? Él trabajaba en el súper donde mi madre montó su puesto a mil kilómetros y veinte años después del corte en su antebrazo. Y bajo aquel sol andaluz y los fluorescentes, era yo la púber que servía las salchichas a su lado.

La idea era ayudarla, pero usé aquel encargo como usé la mandolina: para hacer ver que era útil y confiable. Para tener un salario y no tener hora de vuelta a casa. Una de esas noches, al salir de trabajar, Jesús, Adela y yo subimos a la moto, abrazados, riendo y con las piernas por los aires, nos lanzamos calle abajo. Al bajar, sentí que un poco más arriba del tobillo se me abría un agujero y un calor insoportable. Aparté

la zanca del tubo de escape, pero ya era tarde. Dije ¡ay! y eso fue todo, porque acto seguido corrí a la entrada de la pista de baile.

«Qué más da».

«Si fuera grave, me desmayaría».

«No seas floja».

«¿A quién puedo preguntar cómo lo curo?»

«¿Qué ropa me pongo para trabajar, no tener calor y que no se vea?»

«¿Quedaré marca?»

Por suerte, aquel fue el verano de las mallas, aunque no sé si fue una moda, pues si allí las películas llegaban con dos años de retraso, prefiero no pensar qué pasaba con la ropa. Con lo que ganaba, las compraba a pares en el mercadillo y gracias a ellas logré esconder la ampolla negra, hinchada y dolorosa un par de días. Pero una mañana, tras el mostrador, mi madre se agachó a coger algo de la nevera, me rozó, aullé y la descubrió. Mentí. Su mirada me frenó de seguir con el embuste, también de contarle todo. Le bastó con oír «la moto» para que sus párpados

cubiertos de verde, azul o violeta, se llenaran de furia y yo notara que la burbuja de mi tobillo y mis mejillas palpitaban de vergüenza.

Deseé, aunque la quería, que no me quedara marca. No quise esa cicatriz de ningún modo, pero no había forma de abortarla. No quería ese capricho logrado en tiempo de ocio mientras me gastaba en música y cigarros el dinero que Consuelo me pagaba. Tenía casi la misma edad que mi madre el día que su brazo se cruzó con el *tallant*. Pero mi marca, hecha de noche, rompiendo las normas y en busca de diversión, no estaría a la altura de su abismo. Pero que nadie juzgue a mi madre, nunca dijo nada parecido, ni lo insinuó. Mi madre baila, fumó y siempre ha preferido tomarse el café en los bares.

Era su boca grapada la que yo escuchaba. Una boca con la que yo había soñado varias veces. Un sueño en el que yo nacía de ese tajo, no de su vientre.

Mi marca, la de verdad, llegó cuando ya no la buscaba. Fue en aquel supermercado. No me aburría como siempre, me aburría de otra forma.

Pasé de adolescente a vieja en pocos meses, y mi forma de rebelarme fue trabajar más que nunca, estudiar más que nunca, *rondinar* más que nunca. Por eso, me negaba a estar solo en la parada donde Consuelo me enseñó a despedazar pollos, cortar fiambres y a adivinar con la mirada qué quería la clientela. Un espacio en el que habíamos empezado a pelearnos. Un lugar en el que se me olvidó el olor a cuna y mi madre no olía a rosas.

Aquel día acabé mis tareas y salí del mostrador rumbo a las estanterías para ayudar a Jesús. Cogí una caja de compresas, la abrí con el cúter y repuse y repuse mientras él me informaba de que no, que ese chaval que me gustaba no tenía novia. Reí, encantada con la noticia, y fui a por otra caja y la abrí colocada en cuclillas ante la balda. El tajo cortó mi alegría, que se truncó cuando sentí en mi rodilla la punzada de la hoja.

Cubrí mi rótula para no verla. Luego, levanté la mano y vi el triángulo abierto, latiendo y oí a Jesús gritar y a la boca en el brazo de mi madre comunicarse –en un lenguaje privado, familiar, de pobres– con la muesca de mi muslo. Consuelo se acercó, se asustó, lo vi en su cara, pero ni me

riñó, ni me tocó. Dejó que fuera yo quien diera las órdenes, pidiera alcohol, algodón... En un alarde de valentía mal entendida, decidí curarme yo. Me temblaban las manos, los labios y las piernas, quería llorar y no lo hice, me dolía el pecho y tenía miedo. Aquel día Consuelo no fingió que no pasaba nada. Creo que las dos supimos que ya había pasado todo.

Pasó que el tajo me alejó de ella y de mi casa. Ya no quería el frío de la cámara, ni el peligro del cuchillo, ni madrugar como un gallo. Y me lancé a por un título que ninguno de ellos tenía y creí que me daría una vida laboral muy distinta de la suya. No quise jefes y no los tuve. Pero tampoco un empleo, por eso hasta yo pienso a veces que lo que hago es un *hobby*. «La culpa también es tuya, haces que parezca fácil», me advierte Consuelo y cuando lo dice, yo siento un latigazo en la rodilla y recuerdo mis no-veranos, los huevos, aquel tubo de escape, la sangre, la mandolina y el momento maldito en que convertí en un juego, a veces en un romance, todo lo que toco y hago.



HIJOS DEL TRUENO

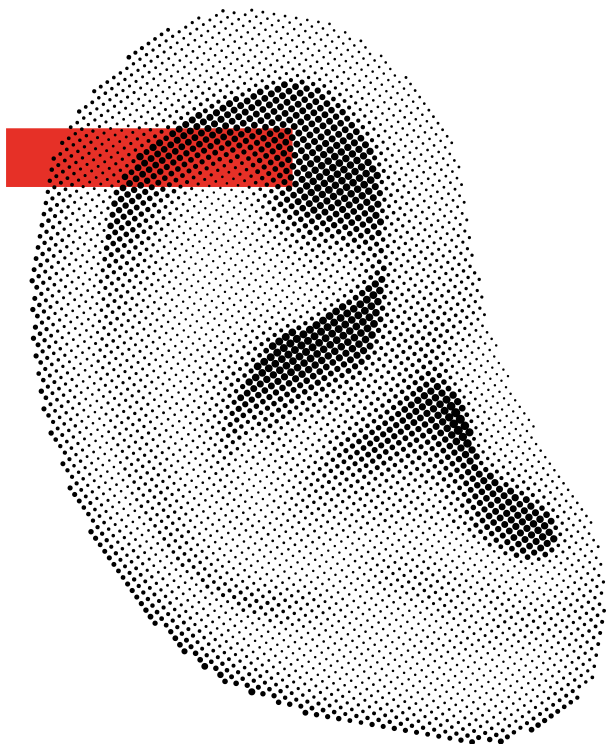
Hijos del Trueno crecen del ruido de Barcelona, un pulpo ciego y gigante destrozando el Hotel Vela, la estatua de Colón o la Capitanía General mientras sonríe, baila y da palmas. Vicente Leone y Daniel Granados (miembros de Tarántula junto con Joe Crepúsculo) han formado una nueva orquesta de baile popular. Traen música mediterránea acumulada en sus escuchas, como una gran concha que ha grabado durante años el rumor y las mareas de una ciudad que cambia a golpe de ola. Rumba-ficción, habaneras y distopía para dibujar la banda sonora de una ciudad que flota junto a un mar. Y lo hacen de la mano de un gran elenco musical: Pau Julià (al bajo, ex-Manos de Topo), Sara Fontán (violín), Guillem Caballero (a los teclados, ex-Surfing Sirles), Pau Albà (percusiones, miembro de Les Sueques), Cristian Pallejà (trompeta, ex-Nisei), y las Tarta Relena (a los coros).

VIBRAN LAS CICATRICES
AL COMPÁS DE LA MEMORIA,
VIBRAN LAS HERIDAS AL
SON DE LA CONVULSIÓN.
CON SUS DESPOJOS ORDENADOS
COSEARÁN SUS GRIETAS LAS PERSONAS
Y MILLONES DE HUESITOS
QUEDARÁN ENTRELAZADOS.
VIBRA QUE VIBRA LA CICATRIZ...



VIBRA LA CICATRIZ

HIJOS DEL TRUENO



Youtube



MÚSICA:
Hijos del Trueno
TEXTO ORIGINAL:
Vicente Leone

Spotify



Vibra que vibra la cicatriz,
vibra que vibra el recuerdo.
Tiembla ante la borrasca,
se menea ante el tormento.
Vibran las cicatrices al compás de la memoria,
vibran las heridas al son de la convulsión.

Con sus despojos ordenados
cosarán sus grietas las personas y
millones de huesitos quedarán entrelazados.

Vibra que vibra la cicatriz,
vibra que vibra el recuerdo.
Tiembla ante la borrasca,
se menea ante el tormento.

Oh, fósil, cicatriz de la vida,
piloto espacial por venir
con la sutura rotunda...
Todo curará algún día,
no sabemos cuándo...

Vibra que vibra la cicatriz,
vibra que vibra el recuerdo.
Tiembla ante la borrasca,
se menea ante el tormento.

Tatuadas las pieles secas
con viejos encantamientos,
esperamos la sacudida final
con el corazón bordado al cuerpo.

SER. CHINARRO

ANTONIO
LUQUE



A la incontestable carrera de Antonio Luque le avalan diecisiete discos que le han reservado un lugar de honor en la historia del pop español como letrista influyente. Su prosa, plagada de costumbrismo y de folklore, se ha publicado en libros, como la novela *Exitus* (2012), en periódicos, revistas y blogs, y ha tenido parte de culpa de la reivindicación del castellano en los grupos de la escena independiente. Sr. Chinarro es mordaz, rotundo y crítico, y por ello se le señala, entre otros, como portavoz de su generación. Desde su primer disco, grabado en Estados Unidos

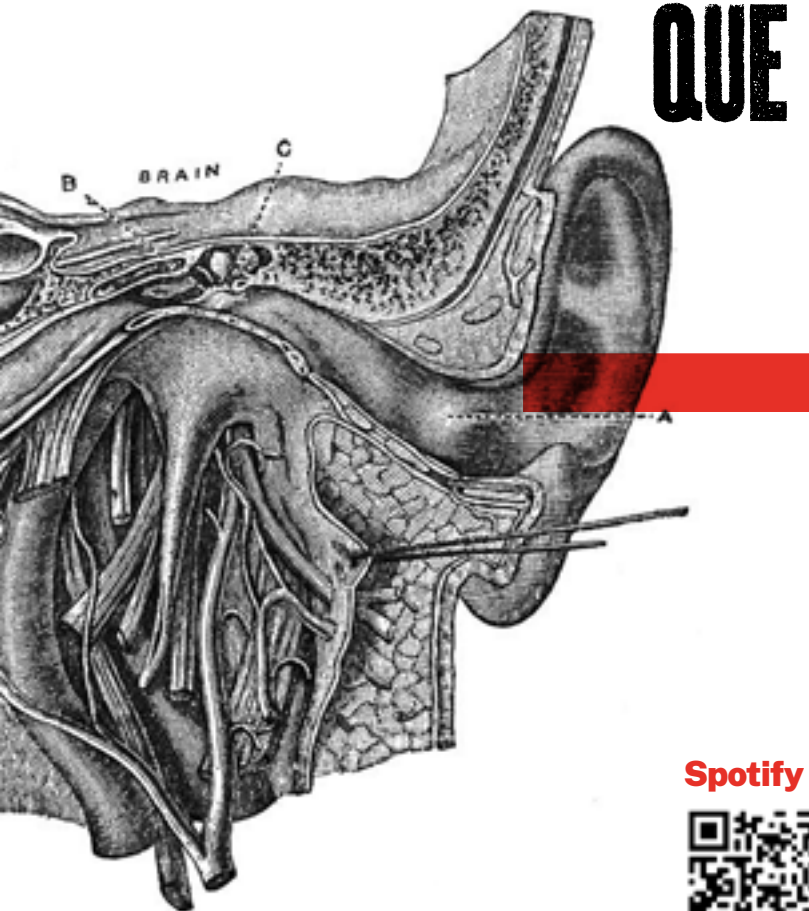
con la producción de Kramer, hasta el último, ha mantenido una constante en cuanto a publicación y calidad. Su momento de inflexión, en 2005, tuvo lugar con *El fuego amigo*, premiado por diferentes publicaciones como el mejor del año, reconocimiento que fue repetido y aumentado con el siguiente, *El mundo según* (2006). El cenit de su creatividad continuó con *Ronroneando* (2008) y *Presidente* (2011), dos de sus obras más reivindicadas, y ha seguido editando con regularidad y sin descanso. Su último disco es *El bando bueno* (2020).

CON EL "PARKOUR" O EL PATINETE
CON LO CRUEL QUE ES EL MUNDO,
QUE NADA MALO TE PASE JAMÁS
LAS HERIDAS DEL ESPIRITU, TREMENDAS
TE OFREZCO MI EXPERIENCIA
SI EN ALGO PUEDE AYUDAR
CADA VEZ QUE VEO
ESA GRAN CICATRIZ



QUÉ CICATRIZ

SR. CHINARRO /
ANTONIO LUQUE



Youtube



Spotify



COMPUESTA, PRODUCIDA
E INTERPRETADA:

Por Isabel Fernández

MEZCLADA:

Por Pablo Martín

GRABADA:

En los estudios Pastora de
Vigo, noviembre de 2020
por Jose Vázquez

Veo ahí la frontera
Tras la que espera la muerte
La brecha en tu cabeza
Que estuvo a punto de ser fatal
Ojalá que siempre que te caigas
Puedas levantarte con fuerzas
Para continuar
Cada vez que veo
Esa cicatriz
Grande y junto a la nuca
Qué cicatriz
En un tris, mi vida y la tuya

Accidentes absurdos
Con el *parkour* o el patinete
Con lo cruel que es el mundo
Que nada malo te pase jamás
Las heridas del espíritu, tremendas
Te ofrezco mi experiencia
Si en algo puede ayudar
Cada vez que veo
Esa gran cicatriz
Y el futuro tan feo
En un desliz
Qué cicatriz
Pudiste morir

Ay, por qué poquito
No te quedaste ahí
En un centímetro
Estaba el fin
Qué cicatriz

JUAN MA



Juarma nació y creció en Deifontes en 1981, un bonito pueblo enclavado en Los Montes Orientales de Granada. Le gusta dibujar y escribir, a veces. La mayor parte de su producción se encuentra en fanzines autoeditados y tebeos o libros ya descatalogados. *Me gustas pero dentro de un nicho* (Autoeditado, 2020), *Delito de odio* (Triiiturbó, 2019), *Historia inventada del punk* (Ondas del Espacio, 2017), *Romance Neanderthal* (Ultrarradio, 2016) o *Amor y Policía* (Ultrarradio, 2014) son algunos de sus títulos. Ahora Blackie Books rescata su primera novela *Al final siempre ganan los monstruos*.

PARA SIEMPRE

JUARMA







VALENTÍN ROMA



Valentín Roma nació en Ripollet en 1970. En su juventud fue futbolista profesional con el Atlético de Madrid juvenil durante varias temporadas. Doctor en Historia del Arte y Filosofía por la Universidad de Southampton, profesor de Teorías Artísticas Contemporáneas en la Universidad Autónoma de Barcelona, ha comisariado exposiciones de arte contemporáneo en España y en el extranjero, desde el Museo Picasso, la Fundació Tàpies o el CaixaForum hasta la Bienal de Venecia o la Kunstverein de Stuttgart. Fue conservador responsable del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA) y, en la actualidad, es director de La Virreina Centro de la Imagen de Barcelona. Ha publicado varias novelas y ensayos, entre los que se cuentan *Rostros* (2011), *El enfermero de Lenin* (2017) y *Retrato del futbolista adolescente* (2019).

PERO EN NUESTRO BARRIO NO PENSAMOS
A LARGO PLAZO, NOS HEMOS CONVENCIDO
—O NOS INVITARON A CREER— QUE SI HOY,
SUPERAS UN OBSTÁCULO, MAÑANA SERÁS
MENOS VULNERABLE. NADIE SE PREPARA
ANTE LOS PROBLEMAS QUE ACECHAN EN
LA CASILLA SIGUIENTE...

Secuelas

VALENTÍN ROMA

El mismo día en que debuté con la selección española de fútbol sub-21, la Torre de Pisa se inclinó cinco centímetros hacia la derecha. Los ingenieros que se encargaban de atajar el derrumbe consideraron este nuevo desplazamiento como una señal. Por eso redactaron un extenso informe con cálculos y advertencias, un dossier dedicado a los compañeros fallecidos durante los también largos años de investigaciones geofísicas. Tras entregar aquella memoria en el ayuntamiento, dos días después, la torre se cerró al público.

Hablo con conocimiento de causa, según suele decirse, porque aquella tarde yo estaba a punto de ascender los famosos doscientos noventa y cuatro escalones que separan la Piazza del Duomo del cielo pisano. Pero cuando me disponía a pagar el ticket con un billete que guardaba de nuestro último viaje a Italia, cuando mi compañero de habitación preguntó qué hacíamos allí, pudiendo estar con el resto de futbolistas que jugaban a los futbolines en unos salones recreativos, pues ya se

sabe que quienes nos dedicamos al fútbol veneramos, por encima de cualquier cosa, las tautologías; cuando eso mismo le respondí y él confesó desconocer el significado de «taurología», y además añadió que tampoco le interesaban los horóscopos, aunque aclaró que era sagitario, en medio de aquella charla que a ratos sonaba estrambótica o a veces razonable, vinieron un par de coches de los carabinieri, se interpusieron entre la taquillera y yo y clausuraron la Torre de Pisa «hasta nueva orden», una orden que, por cierto, envejeció del mismo modo que envejecen los monumentos antiguos y los vinos de la región, ya que nadie pudo entrar en el monumento hasta veintiún años después, en el 2001, cuando mi amigo regentaba una taberna del casco viejo de Bilbao y yo iba por ahí «pajareando», como dicen en el barrio, o sea, dándole problemas a mis semejantes.

Así que jugamos el partido sin otro hit que añadir a nuestra memoria cultural, perdimos dos a uno, vagué a trote cochinerero durante el último cuarto de hora en que el míster me permitió salir al campo para contar a la gente de mi calle que había debutado con España. Más tarde llegué, quejoso pero a tiempo, a la mesa donde me esperaban el roscón de reyes

y una serie de viandas que nos mandaron desde el pueblo, porque según mis familiares los catalanes no saben hacer embutido y tienen panes y quesos insípidos, y aunque les recuerdes el fuet y el mató, el Serrat y el pa amb tomàquet, ellos se empeñan, todas las navidades, en enviarnos, en una caja con manchurroneos de aceite y hedor a pocilga, unas docenas de chorizos y patateras que mis padres engullen como si fuesen naufragos, ante nuestra mirada desaprobatória, triste y resignada.

Todo esto viene a cuento porque me prepararon una fiesta de bienvenida. Algunos amigos querían colgar mi camiseta de la selección en el bar que frecuentábamos. Intenté disuadirles recordando que aquel sitio no era el más idóneo, les dije que allí tenía su sede un partido político local, una agrupación formada por sindicalistas adustos, viejos obreros de manos rugosas y algunos universitarios que ensayaban la disidencia. Incluso les advertí, para que reflexionasen, sobre el nombre del bar: 1936. La mayoría pensó que intentaba escabullirme, y mi vecino dijo que a quién se le ocurre poner una cifra como nombre para un establecimiento de ocio. Le señalé que no se trataba de un número cualquiera, sino de una efeméride. Él contestó que la única efeméride que hoy celebrábamos

era mi debut internacional, y que me callase la boca y firmase la camiseta con una dedicatoria que enseñásemos a nuestros hijos cuando los tuviéramos, pero entonces otro vecino le dio una colleja y nos quedamos unos segundos en silencio, porque delante nuestro se encontraba el hijo de la pescadera, a quien hoy sí dejaron salir para conmemorar que uno de nosotros aparecía en el periódico, pues el resto del tiempo está en el piso de los suegros acompañando a su novia embarazada de mellizos, los cuales irrumpirán en el mundo, según las ecografías, el mismísimo Día de los Enamorados.

Resumiendo: alguien avisó que el tiempo corría en nuestra contra, y que parecíamos una asamblea sindical en vez de un grupo de amigos dispuestos a emborracharse. Otro propuso que la camiseta dedicada la tuviésemos tres meses cada uno, y que al cumplir una vuelta completa a la pandilla la donásemos al museo del pueblo. Esta vez no me atreví a señalar que en nuestro pueblo no había, ni hay, ningún museo. Tampoco había, ni hay, cines. Sí abrieron, hace un par de años, una biblioteca pública.

Pero me estoy yendo por las ramas. En realidad quería explicar que nos metimos en dos coches con el maletero lleno de bebidas alcohólicas, que aparcamos en una arboleda de las afueras donde hacía un frío mortífero, que media hora más tarde abandonamos aquel sitio y regresamos al 1936, aunque ahora que lo leo, ahora que escucho cómo suena eso de volver al inicio de la Guerra Civil con las cervezas calentándose en el maletero y con una camiseta de España sobre los hombros, no puedo sino darle la razón a mi vecino: es una idea nefasta usar cifras en los nombres de los bares.

Sin embargo, al abrir la puerta que daba a la calle, al introducir no solo una ráfaga de viento invernal que hizo girarse a los lugareños, sino también los cánticos laudatorios sobre cualquier cosa, pues a estas alturas se nos había olvidado el motivo de la celebración, notamos que la tarde escogida para reunirnos era, igualmente, una pésima tarde, de repente vino un conjunto de signos a interrumpir el estado de ánimo que invocábamos. Llegados a este punto, el hijo de la pescadera anunció que debía volver junto a su mujer y sus hijos. Creo que fue la primera y quizás la última vez que los llamó así, porque tras una serie de promesas

incumplidas los suegros le expulsaron de la casa, sus padres le expulsaron de la familia y nosotros le expulsamos de nuestros festejos. En una palabra, empezó a pajarear por el pueblo, eso sí, sin darle problemas a nadie, más bien se los causaba, todos de golpe y en grandes cantidades, como si dijésemos, a su cuerpo y a su reputación.

La cosa es que entendimos cuánto discriminan ciertas impertinencias. O dicho de otra forma: la gente apenas consumía, el televisor estaba apagado y se mascaba una atmósfera lúgubre donde presagiamos malas noticias, las cuales se ratificaron cuando el camarero nos pidió que, por favor, hoy no era un día para alborotos, hoy habían abierto sin saber muy bien porqué, seguramente porque el chico que en aquellos momentos se debatía entre la vida y la muerte así lo hubiese deseado.

Ante estos datos alguien guardó la camiseta y el matasuegras que le colgaba de la boca. Nos narraron un accidente de tráfico y se nos interrogó sobre si habíamos visto u oído las noticias de las emisoras locales. Una nube turbia se instaló sobre la estufa que calentaba el bar, encima del teléfono reposando al lado de una foto de Durruti. No

podíamos irnos ni tampoco permanecer impasibles, pedimos cafés con leche y chocolates instantáneos. Aproximadamente una hora más tarde, cuando de los diez amigos que salimos al principio solo quedábamos tres, sonó el teléfono. Era un primo del accidentado anunciando que este se encontraba fuera de peligro. El camarero lo gritó a la barra como si proclamase la V Internacional. Un viejo camarada de mi padre incluso se santiguó, aunque luego hizo unos gestos con los que simuló quitarse migas imaginarias del pecho. Tampoco le hizo falta esmerarse, pues enseguida sonaron petardos y vítores desde la calle. Al rato escuchamos las campanas de la iglesia tocando a rebato. El mismo camarada insultó al cura buscando su reinserción en la laicidad, después se quitó la boina y me la lanzó para que la cogiese, por ver «cómo andas de reflejos, figura», dijo. Mi vecino se interpuso y atajó la gorra convertida en disco volador –entonces nadie lo llamaba *frisbee*–, luego se la puso en la cabeza e intentó sacar a bailar al veterano revolucionario. Según ellos interpretaban una polca bolchevique; según nosotros estaban maltratando las danzas regionales.

No puedo decir que recuperásemos la alegría donde la hubimos empezado, más bien se nos quitó un nudo del estómago para que

otro nudo apareciese en la garganta. Este se hizo palpable al oír la palabra secuelas, cuando el camarero se preguntó, en voz alta, por las cicatrices del accidente y por las marcas que aquella tarde dejaría en el pueblo.

Pero en nuestro barrio no pensamos a largo plazo, nos hemos convencido –o nos invitaron a creer– que si hoy superas un obstáculo, mañana serás menos vulnerable. Nadie se prepara ante los problemas que acechan en la casilla siguiente, todos nos congratulamos por tener una casilla ahora, un sitio donde estar. En el fondo no vinimos aquí a protegernos del miedo ni a superarlo; en realidad uno llega para congratularse de que ese mismo miedo tampoco logró definirle, quizás le midió en algunos momentos, pero no le ha estructurado. Esto lo escribo buscando algo que podría llamarse una épica de la derrota, mientras intento extraer conclusiones que nos ensalcen o nos perdonen, pues fuera de esta página, en el sitio donde vivimos, seguramente lo expresaríamos de otra manera muy distinta, me parece que nunca he oído a nadie usar la palabra miedo para hablar de sí: el miedo siempre lo tienen los otros, incluso diría que el miedo siempre son los otros.

De nuevo estoy divagando, una manía muy propia de los quejicas, los intelectuales y la gente con demasiado tiempo libre, tal y como argumenta mi padre. Y ahora que lo nombro, me acabo de acordar de que papá detesta la Navidad. Según él de todas las fiestas invernales solo le interesa el 14 de febrero, porque es su santo y el día en que se casó con mi madre. Mamá suele objetarle que esa apología del matrimonio la circunscribe a una ocasión anual, los otros 364 días se los pasa lamentándose o pensando en el fútbol, como un adolescente. Mi padre le replica con frases hechas y lugares comunes, en ocasiones pronuncia el único término más o menos sofisticado que tiene en su vocabulario, se trata del adjetivo «cohibido».

Esto le expliqué al último amigo de la pandilla que no se fue a casa porque quería celebrar, a toda costa, mi debut con España. Estábamos en la arboleda del frío mortífero, dentro de mi coche con la calefacción a todo trapo. El pueblo se veía a lo lejos, teníamos tiempo libre y motivos para lamentarnos, de modo que nos pusimos a intelectualizar. Yo conté esa anécdota sobre papá y él me preguntó por qué siempre hablaba tanto de mi familia, por qué los usaba para cualquier ejemplo. No lo dijo como un reproche, simplemente le sorprendía que alguien con «experiencias

singulares» –así llamó, supongo, a mi vida deportiva– siguiese refiriéndose con insistencia a los padres, a los hermanos y a los abuelos. Creo que lo interpretaba como un signo de inmadurez, como si aún no me hubiese emancipado. La verdad es que tenía razón, por eso no supe qué contestarle.

Cambiamos de tema y nos reímos del vecino que aludió a esos hijos que un día nos acompañarían, del gesto que hizo el futuro padre de mellizos, de lo terrible que debe ser convertirse en padre si no tienes dinero y si apenas has traspasado la mayoría de edad. Luego comentamos lo caros que son ahora los preservativos, aunque él señaló que quizás nunca fueron baratos, pero que nos hemos dado cuenta de su precio en este instante, porque ahora sí los compramos. Lo peor de todo es cuando debes pedirlos en la farmacia, dije, lo más patético es cuando te los vende la farmacéutica del pueblo, quien antes se encargó de tus pañales y de tus erupciones infantiles, de revisar si te habían aumentado las dioptrías.

Estábamos hablando sin ton ni son de intimidades, así que le confesé algo que guardaba dentro y que, tal vez, hubiese sido mejor callarse. Le conté que el olor a goma profiláctica me producía un asco

particular, solo con olfatearlo mis erecciones se desinflaban. Mi amigo dio una breve carcajada y después se disculpó. Miré su cara y vi que era un chico extraordinariamente guapo. Trabajaba como modelo y alternaba las pasarelas con la ayuda en la cruasantería de sus tíos. Entonces empecé a pensar de qué le servía su belleza y en qué lugares la usaba, cuánto cobraba por cada desfile, por qué los modelos suelen apretar las mandíbulas al ser fotografiados. Hubiese querido comentarle estas cosas, pero me las callé. A cambio le dije que ambos éramos eso que se denomina «celebridades de provincias», y que sería gracioso juntarnos a todos en un autobús y pasearnos por las calles del pueblo, sería interesante grabar las conversaciones y las historias que se mantendrían durante aquel viaje.

«¿Te imaginas?», le insistí con esa fórmula que usábamos para restarle solemnidad a cualquier idea. «¿Te imaginas?», dijo él mientras se observaba fijamente las muñecas, dejándome ver o mostrándome unas cicatrices que tal vez anunciaban episodios inconfesables.

Porque, en el fondo, no hacemos otra cosa que imaginar. Imaginamos con codicia o con estrechez: imaginamos porque es gratis. El cristalero que vive frente a mi balcón, un hombre chistoso, lenguaraz y madrugador, le dio un beso en la boca a una niña de quince años. El padre denunció lo ocurrido tras intentar golpearle con una barra de hierro en la cabeza. Cuando vinieron los policías a detenerle, aseguró no comprender por qué hizo un acto tan deleznable, le costaba «imaginarse» besando a una chiquilla, solo se acordaba de su colonia, de saludarla elevando el tono de voz, «¡Buenos días nos dé Dios!».

«¿Te imaginas qué nos pasaría a nosotros?», preguntó mi madre a papá, aterrizándose con sus propias palabras. Y quizás por ello se contestó a sí misma enseguida, sin dejar espacio para que aquella incógnita permaneciese en las cabezas de ambos: «te mato, antes de que te lleven a la cárcel te mato. Y después me mato yo».

OLGA MERINO



Olga Merino nace en Barcelona en 1965, es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona y máster en Latin American Studies por la University of London. Ha vivido en Londres y en Moscú, donde fue corresponsal de *El Periódico de Catalunya*. Ha publicado las novelas *Cenizas Rojas* (Ediciones B, 1999), *Espuelas de papel* (Alfaguara, 2004), *Perros que ladran en el sótano* (Alfaguara, 2012) y *La forastera* (Alfaguara, 2020). Ha sido traducida al italiano, el neerlandés y el inglés. En 2006, obtuvo el X Premio Mario Vargas Llosa NH de Relatos por el cuento *Las normas son las normas*. Actualmente, es columnista de *El Periódico* y profesora en la Escuela de Escritura del Ateneu Barcelonès.

**SOLA. EL BOLSO CRUZADO EN
BANDOLERA, CON EL PASAPORTE Y UN
BILLETE DE DOS MIL PESETAS DE COLOR
ROSA ASALMONADO. LA MALETA CON
EL RESTO DE MIS PERTENENCIAS
SE HABÍA QUEDADO, EN EL
MALDITO MICROBÚS.**

Bosnia, 1998
OLGA MERINO

El bisturí ha sido benévolo con mis epitelios.

Me pregunto, sin embargo, si las agresiones anímicas dejan alguna impronta en el cerebro, en el sistema límbico, allí donde se procesan los instintos –la supervivencia, el deseo sexual, la agresividad, el miedo, la ira–, pequeños surcos igual que en las valvas de los moluscos, como los círculos concéntricos de un roble talado, anillos de memoria vegetal. De ser así, una experiencia de pánico en la antigua Yugoslavia convirtió mis nervios en cuerdas de violín o, mejor dicho, de una balalaica vibrante. Sucedió hace veintitrés años.

Un viernes por la tarde a última hora, el día más frenético en las redacciones, mi querido Alfons Ribera, entonces redactor jefe de la sección de Internacional, me soltó a bocajarro:

- Te vas para Sarajevo.
- ¿Cómo?

— Sarajevo –insistió semioculto por una pila de teletipos– . El avión sale mañana de la base militar de Torrejón de Ardoz.

Así, sin anestesia ni digestión.

— Pero... — musité, acordándome de que el domingo había quedado para comer con unos amigos. Un domingo de paella.

— Hay que ir; lo organiza el Parlamento Europeo –zanjó el jefe–. Y no pongas esa cara de palo, que el lunes estás aquí.

En la caja de caudales que custodiaba el segurata de la puerta quedaban pocos dólares, muy pocos. Pero, a decir verdad, tampoco iba a necesitar gran cosa, pues se trataba de un viaje arropadito, sin resquicios para la aventura, un simulacro, una operación de *marketing* político para fingir que las heridas de la guerra habían cicatrizado en la carne de los Balcanes, poco después de la firma de los Acuerdos de Dayton. Vistos en perspectiva, una vergüenza; otro paripé.

Fue así como una veintena de periodistas, hombres y mujeres de aquí y de allá, sin conocernos de nada, ni siquiera de vista, nos brindamos a ejercer de notarios de la farsa en una excursión como las del cole, solo que, en vez de un autocar de la Alsina Graells, nos tocó en suerte

un jet privado, que voló desde Madrid hasta las trizas de Yugoslavia en un santiamén, con la velocidad y ligereza de un colibrí. Un avión chulísimo, con los asientos tapizados de un color gris elefante. Para los desplazamientos interiores por Bosnia-Herzegovina, nos trasladaban en dos microbuses, escoltados por dos blindados tipo BMR, de los que llevan una ametralladora en el morro. De un lugar a otro, en recepciones cortas y resolutivas como las visitas al médico del ambulatorio. De Sarajevo a Tuzla, para saltar luego a Mostar... Un encuentro con las tropas españolas, de vuelta enseguida al autobús para darle un apretón de manos al alcalde de no sé dónde, después veinte kilómetros más para que el presidente del Parlamento Europeo pudiera hacerse una foto en vete a saber qué oficina de la ONU, al rato otro traslado acullá para la firma de un documento. Y otra vez al bus. Puro teatro.

El episodio lesivo, la quemadura cáustica, me sorprendió en el territorio de la República Srpska; o sea, en el cantón serbio dentro de Bosnia, la boca ensalivada del lobo. La memoria ha preferido cauterizar por borradura el nombre concreto del lugar: ¿era Banja Luka?, ¿quizá Prijedor?, ¿Dubrava Stara?, ¿o acaso Bijeljina? Qué más da: la escara

basta. En aquel alfiler del mapa, el motivo de la visita fugaz tenía que ver con la religión, puesto que en el centro de la foto, en la nebulosa del recuerdo, aparece un pope ortodoxo con sus barbas proféticas y sus ropajes oscuros. Una vez liquidado el asunto diplomático, mientras bajaba las escaleras del monasterio o lo que fuera el edificio del encuentro, mezclada entre el pelotón de periodistas españoles, mis oídos se electrizaron al escuchar de nuevo el idioma de Chéjov, su murmullo espumoso de riachuelo, proveniente de un grupo de reporteros rusos, y, hechizada por la flauta como un ratón de Hamelín, me detuve en un descansillo a charlar con ellos. Por aquel entonces, acababa de regresar de Moscú después de una estancia de años como corresponsal que me había convertido en un alma en pena, algo mutilada, sin encontrar acomodo en el mundo, metida hacia dentro, ensimismada como una *matrioshka*, una gallina descabezada con el reconcomio de haberme equivocado quizá en la decisión de abandonar Rusia y mi vida allí. En cualquier caso, la distracción fue breve, apenas el suspiro de encender un pitillo e intercambiar cuatro frases con los muchachos rusos, hola, qué tal, de dónde venís, adónde vais, que os

vaya bien, suerte, *dasvidánia*. ¿Por qué me paré? ¿Pretendía pavonearme ante mis colegas españoles de que chapurreaba ruso? O puede que fuera un grito al viento para proclamar que *nosotros*, la *gente del Este*, los que habíamos vivido la guerra desde el otro lado, sí comprendíamos en profundidad lo sucedido en aquel país roto. Vete a saber qué me detuvo. Pero cuando salí del caserón, no había nadie. Ni rastro de la *troupe* hispana, ni de los dos buses, ni de las tanquetas. Se habían largado sin mí.

La ocasión me brindó un aprendizaje exprés y magnífico del tiempo narrado, de su extrema maleabilidad y, a la vez, de su naturaleza diabólica. En un solo instante cabría una novela.

Sola. El bolso cruzado en bandolera, con el pasaporte y un billete de dos mil pesetas de color rosa asalmonado. La maleta con el resto de mis pertenencias se había quedado en el maldito microbús. Creo recordar que también llevaba en el monedero la American Express de los viajes raros, pero en aquel poblachón no había un cajero de donde sacar dinero en metálico; quizá ni un triste hotel. Hace veintitrés años, los teléfonos móviles todavía andaban dorándose en el horno de Nokia.

En el primer instante, me cuajé en una estatua de sal; un conejo deslumbrado frente a los faros de un todoterreno habría tenido más cintura. Pero el cerebro, esa máquina casi perfecta, al detectar la señal de peligro, dispuso al cuerpo para el rendimiento máximo, tensando hasta la última fibra. Las neuronas empezaron a compartir sinapsis con un frenesí de palos de autochoque enmarañados en la red del techo. Planes, posibilidades, trabas, croquis mentales, contingencias, argucias, titulares imaginados a cinco columnas: «Periodista española *tontadelhaba*, secuestrada *where the fuck* por señores de la guerra serbobosnios». El general Ratko Mladić, el carnicero de Srebrenica, acusado de genocidio y declarado prófugo por el Tribunal Penal de La Haya para la antigua Yugoslavia, todavía campaba a sus anchas por aquellos lares, lo mismo que el líder de los serbobosnios, Radovan Karadžić. Había más bestias sueltas de funesto recuerdo. Demasiada adrenalina en el torrente de la sangre.

Por lo menos no hace frío ni estoy pisando nieve, pensé. Debía de ser primavera o, más probablemente, el inicio de un otoño benigno. Tampoco me preocupaba el hambre; clavada en la cuneta de la

carretera como un poste de la luz, alcanzaba a ver casas, y, como conocía bien el espíritu de las *babushki* esclavas, abuelas de ojos vivaces y pañuelo anudado bajo la barbilla, confiaba en que no me negarían un plato de sopa, una rebanada de pan negro y una cuña de queso, aunque me cayera encima una regañina cirílica entre cucharada y mordisco. Podría dormir en una butaca o con la cabra en el cobertizo. Lo básico parecía resoluble, pero ¿cómo salir de la ratonera? Sarajevo, el aeropuerto más próximo, la ciudad donde podría llamar a la puerta de algún consulado, distaba unos trescientos cincuenta kilómetros... ¿Qué infeliz iba a conducirme hasta allí si yo no llevaba ni un duro encima? Saqué del bolso el papelito con la agenda de las visitas protocolarias que la comitiva estaba siguiendo sin mí. Había perdido mucho tiempo y no podía jugármela con intentonas en vano, conque fijé el objetivo en la escala final del recorrido: el aeródromo militar de Equis Equis –insisto: la toponimia ha desaparecido bajo la cal viva del olvido–, de donde partía el jet molón con rumbo a Madrid. Despedida y cierre del viaje. ¿Nadie se había dado cuenta de que faltaba una oveja en el rebaño? ¡Mamíferos!, ¡cenutrios!

Me armé de valor para extender el brazo sobre el asfalto, desde luego sin el gracejo y soltura que habría desplegado de haber estado haciendo autoestop entre Salou y Cambrils. La tierra todavía humeaba. Aquellos parajes rebosaban hostilidad a causa de los bombardeos de la OTAN y unos acuerdos de paz que, si bien finalizaban una guerra que había costado más de cien mil vidas, no convencían a nadie. Gente triste y encabronada que, aun así, arrimó sus coches al arcén de la carretera. A través de la ventanilla, abordaba a los conductores en inglés, y como no surtió efecto ni en una sola ocasión, lo intentaba luego en ruso, idioma que, por vecindad lingüística o por las heridas de la historia, supuse que al menos debía de sonarles. Pero nada. Se tocaban la oreja con el dedo indicando que no me entendían; denegaban con la cabeza desgastados y volvían a poner primera; o se hacían los locos. ¿Cuántos coches se detuvieron hasta que llegó el salvífico? ¿Fueron dieciséis o veinte?

Paró una carraca de color granate, una cafetera de fabricación soviética, surgida de entre las brumas del Telón de Acero, con el dibujo

de los neumáticos desgastado y un hombre fortachón al volante, un poco mayor que yo. Logramos entendernos en *po-russki* apache.

— ¿Adónde vas?

— Al aeródromo militar.

— ¿Cuánto?

— *Pidisiat dólarov* — cincuenta, le prometí; nada menos que un billete de cincuenta dólares.

Asintió y me acomodé rauda en el asiento del copiloto, tiesa, con el bolso en el regazo, como hacía mi abuela, como la reina de Inglaterra. El hombre vestía pantalón de chándal con rayas blancas en el lateral de la pernera y un jersey estampado con una pelota de básquet y el escudo del KK Partizán de Belgrado. Carretera y manta. Extrañamente, no me preguntó qué puñetas hacía en mitad de la nada, ni qué tenía yo que ver con los militares, sino de qué país venía y mi nombre. Cuando le dije que Olga, me miró raro, como si fuera una espía doble, como si algo no acabara de encajar. En realidad, no cuadraba nada. ¿Nadie se había percatado aún de mi desaparición? ¿Habrían empezado a buscarme? ¿No se suponía que la capacidad de observación es una de las herramientas básicas del buen periodista?

Había una bolsa de ganchitos esclavos entre la guantera y el parabrisas. Una especie de bellota o peonza de madera, colgada del espejo retrovisor, bailaba como la varilla de un metrónomo.

No tenía ni idea de dónde se encontraba la maldita base militar ni de que todavía nos quedaban cincuenta kilómetros por delante, uno por cada dólar adeudado. ¿Cómo reflejar aquella angustia, la lentitud con que se desgranaban los minutos? El tiempo narrativo es puro simulacro, así que para crear un artificio del lapso transcurrido hasta nuestro destino destriparé la trama con una prolepsis: llegué a casa entera, pero durante medio año, durante los seis meses subsiguientes a mi regreso, la conmoción me cortó la regla, y tuve que acudir cada vez al ginecólogo para que me inyectara hormonas con el fin de estabilizar el ciclo menstrual. Amenorrea por choque emocional. En una situación de pánico, el cerebro obliga al cuerpo a hacer acopio de fuerzas para el combate, de manera que las funciones prescindibles se desactivan, decaen. En ese momento, la reproducción no figuraba entre mis intereses.

— ¿Y tu marido? — preguntó de repente el chófer improvisado.

— En casa — mentí.

Podría haber adornado el embuste con el cinturón negro de mi esposo karateca, tan inexistente como el billete de cincuenta dólares. Pero el miedo laminó la capacidad de fabulación.

— En Barcelona — dije por parecer amable.

— ¡Ah, Barcelona! Cocu, Figo, Rivaldo, Kluivert, Giovanni, ¡Ciric!

Mientras el conductor seguía recitando la alineación del Barça, intenté forzar un conato de sonrisa sin despegar la mirada de la carretera. ¿Cuánto quedaba? De vez en cuando, miraba de reojo la mano que se posaba sobre el pomo del cambio de marchas: su muñeca hacía dos de las mías o un poco más. ¿Qué estaba pasando por la cabeza de aquel varón? ¿A cuántas personas habría matado durante la guerra? Desde luego, se encontraba en la franja de edad de los combatientes, de haber disparado un lanzagranadas con la musculatura aguantando el retroceso. ¿Cuánto horror habrían filmado sus ojos? Aldeas quemadas, cuerpos, gentes desorientadas por las carreteras con los bártulos encima. Puede que hubiera perdido a un hermano en las escaramuzas. Al otro lado de la ventanilla desfilaban hileras de árboles y asomaba un río a tramos; ¿sería el Sava, afluente del Danubio? ¿Cuánto tardan los peces en hacer desaparecer un cadáver?

Apenas conversamos. Ni el idioma compartido ni la situación acompañaban, de manera que Dragomir –pongamos que se llamara así– subió el volumen de la radio. Entre noticia y noticia –intuía alguna palabra suelta en serbocroata–, la emisora ponía música. Saltó una canción de Cher: «*Do you believe in life after love? I can feel something inside me saying...*». Cher, la reina de la cirugía estética, pienso ahora, mientras escribo espoleada por la idea de las cicatrices, pero en aquel momento solo agradecí la sensación de aparente normalidad que brindaba escuchar la voz de una cantante recauchutada que nunca me gustó. «*I really don't think you're strong enough, no*».

De pronto, apareció la silueta de algo parecido a un aeródromo en la luna del parabrisas. Dragomir, el hombre del chándal, detuvo el vehículo sobre un crujido de gravilla. Rápida, abrí la portezuela, arrojé el billete de dos mil pesetas sobre la tapicería del asiento, y corrí, corrí, corrí, corrí, escuchando a mis espaldas sus gritos e imprecaciones. Avisté el colibrí –¡estaba esperándome!– y seguí corriendo como Marion Jones. Alcancé la valla coronada por alambre de espinos, bajo la custodia de dos militares, con casco y fusil de asalto, que me sonrieron

con benevolencia, franqueándome el camino, pues ya debían de estar en el ajo de lo sucedido.

A veces creo que todavía sigo corriendo sobre el cemento de la pista hacia la escalerilla del avión, como una bestezuela herida de nostalgia por el pasado, por la vida que acababa de dejar atrás, por una cultura y una forma de vivir, por estar perdiendo un idioma, el ruso, que sabe distinguir entre la cicatriz cerrada (рубец, *rubets*) y la cicatriz que aún supura (шрам, *shram*).



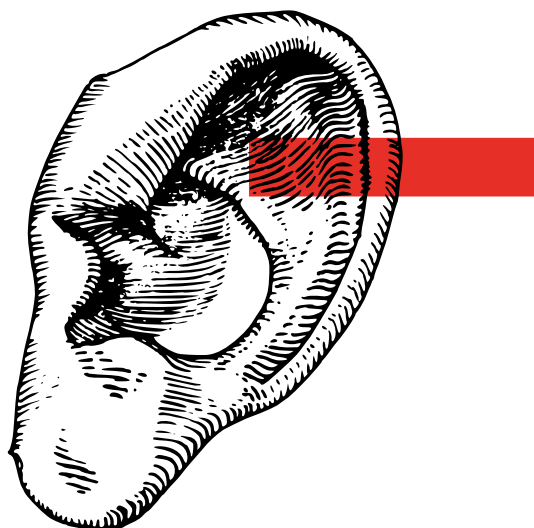
EDUARDO CHIRINOS

Eduardo Chirinos Delgado, nacido en Lima en 1976, es un músico y dibujante de Barcelona. Después de graduarse como arquitecto en Lima, Chirinos se mudó a Barcelona el año 2002, donde empezó a tocar en diversas bandas locales. En el año 2007 fundó el proyecto Las Ruinas, que pronto se convirtió en una banda de heavy pop. Entre 2010 y 2019, Las Ruinas grabaron diez discos, todos editados por el sello discográfico El Genio Equivocado, e hicieron giras por toda España. Participaron en festivales (Primavera Sound, Low, Tomavistas, entre otros) y salieron en radio, prensa y televisión (grabaron en Los Conciertos de Radio 3 de TVE). Después de Las Ruinas, Chirinos fundó un nuevo grupo, Robot Emilio, con integrantes de otras conocidas bandas de la ciudad, y ha sacado discos caseros bajo el nombre de Edu Ruinas. Desde el 2012 compagina la música con el dibujo y la ilustración, sobre todo a partir de herramientas básicas como el Paint.



**ESCOGE BIEN A TUS AMIGOS
A TUS AMIGOS DE VERDAD
Y DE LOS QUE TE HACEN DAÑO
TE DEBES ALEJAR
UN AMIGO SIEMPRE QUIERE
VERTE BRILLAR**

**UN AMIGO NO BUSCA
HACERTE SENTIR MAL
AUNQUE NO LOS VEAS MUCHO
ELLOS SIEMPRE TE DARÁN
SU CARÍÑO SINCERO
Y SU GENEROSIDAD**



AMIGOS

EDUARDO CHIRINOS

Youtube



LETRA Y MÚSICA:

Eduardo Chirinos

GRABADO:

Por Eduardo Chirinos
(Guitarras, teclados y bases)
en casa

MASTERIZADO:

Por Marco Morgione del
estudio Micromaltese
Barcelona, diciembre 2020

Spotify



Escoge bien a tus amigos
a tus amigos de verdad
y de los que te hacen daño
te debes alejar
un amigo siempre quiere
verte brillar
un amigo no busca
hacerte sentir mal

Aunque no los veas mucho
ellos siempre te darán
su cariño sincero
y su generosidad
un amigo no te envidia
ni te da lecciones de moral
porque esos son los primeros
en fallar

Escoge bien a tus amigos
a tus amigos de verdad
y de los que te hacen daño
te debes alejar



Esther García Llovet nació en Málaga en 1963 y vive en Madrid desde 1970. Es la escritora más original y breve del país (ninguno de sus libros supera las 120 páginas). Estudió dirección de cine en el TAI y Psicología Clínica en la Complutense. Ha publicado *Coda* (2003), *Submáquina* (2009), *Las crudas* (2012), *Mamut* (2014), *Cómo dejar de escribir* (2018), *Sánchez* (2019) y *Gordo de feria* (2021). Ha publicado artículos en *Jot Down*, *El País Semanal* y otros. Actualmente prepara su primer documental.

CUANDO UN RODAJE TERMINA, LA GENTE
APLAUDE. LOS ACTORES SE MARCHARON MUY
DISCRETAMENTE, CANSADOS Y HARTOS DE
HABER PERDIDO EL TIEMPO Y GRATIS ADEMÁS.
YO ME QUEDÉ A ECHAR UNA MANO AL EQUIPO
TÉCNICO, POR HACER ALGO ÚTIL, TENÍA TANTA
VERGÜENZA QUE NO PODÍA MIRAR A NADIE A LA
CARA. NO RECUERDO NI COMO VOLVÍ A CASA.

Una mala noche la tiene cualquiera
ESTHER GARCÍA LLOVET

La mierda grande no resbala. La caca con la que te das la hostia es esa que está debajo de una hoja de castaño, tan fina y tan discreta que no la ves hasta que te has caído sobre el codo con la bolsa de la compra. En esa caída precedida de dos metros deslizándote limpiamente sobre la acera, cuánta gracia y poesía y elegancia mal puesta, cabe una biografía entera ahí. Treinta años en concreto. Hace más de treinta años estudié dirección de cine en el TAI de San Mateo. Si hago un cálculo de tres películas por cincuenta y dos semanas en un año por treinta años me sale igual a cuatro mil seiscientos ochenta pelis vistas en mi vida (todo eso sin contar este último año que no he ido al cine, pero en el que hemos vivido la película del *serial killer* más eficaz de la historia). He leído todo lo que está escrito sobre dirección, libros de guiones, de competencia social, de constelaciones familiares. Así que, después de tanto aprendizaje y todo ese metraje material de película que no voy a calcular ahora y un muy largo y sospechoso aplazamiento de la consumación, decidí, hace cinco

veranos, dirigir un corto. Qué momento. Ya era hora. *Right makes might*, que dijo el presidente. El corto lo escribí muy deprisa, una página por hora en la hora y media antes de comer, como lo escribo todo, en el último minuto para que cuando se lea te entre esa prisa de perder el avión. Lo dice quien ha perdido varios. El corto lo titulé *Los Calero*, duraba unos quince minutos y era de humor. Aunque el humor en cine habría que ver quién y cómo se define, he visto plataformas en las que las pelis de Haneke están catalogadas como de humor. No era esta categoría el mío. Había mucho texto y poca acción, se hablaba mucho y no pasaba nada, como en la vida misma. Los personajes eran tres, luego he sabido que es el número ideal, lo que no sé es para qué. Desde el principio tenía en la cabeza a Ignatius Farray y a Eva Llorach; a Fabia Castro la descubrí algo más adelante, me la presentó la misma Eva. A Ignatius lo había visto por primera vez en *Piccolo Grande Amore*, una película muy rara de Jordi Costa, y salía con un niño, creo que peruano, un niño como centenario, y también salía Eva. La peli me pareció una cosa muy salvaje en la que además descubrí un semillero de genialidad que sabía que necesitaría para mi peli. Que iba a rodar con cero presupuesto pero mucha ilusión. La

película transcurría de noche y quise rodarla de una sola vez, en una sola noche de abril, todo seguido y sin descanso, hazlo todo muy deprisa para que a nadie le dé tiempo a pensar, que no se te sienten pero que tampoco se vayan por la puerta. Ese es mi equilibrio vital. La localización del rodaje, que en principio iba a ser el Parque del Oeste, pero que hubo que descartar porque las farolas se apagan a las cinco de la madrugada, fue finalmente en un piso de la calle del Pez de Madrid, en la editorial de David Villanueva. No sé si sigue ahí. Era abril, me repito. El día del rodaje, la tarde, subí esas escaleras señoriales, palaciegas, imperiales, que llevaban al piso de David. Yo venía con un kilo y medio de hojaldres salados y latas de Coca Cola y bocadillos, subía esas escaleras a la manera de los personajes de las pelis de Hitchcock, muy despacio pero con gran determinación. Llegué sobre las siete de la tarde. El equipo técnico (Pablo Sola y Néstor López de fotografía y otro más que no recuerdo si era el de iluminación o el ayudante, recuerdo pocas cosas de esa noche, ya se ocupa mi memoria de borrar con una rama las huellas que dejo sobre la tierra como hacen los indios para eliminar su rastro) llegó casi enseguida. La primera pregunta del cámara, un tipo encantador, idéntico al Profesor

de *La casa de papel*, ya me puso en guardia: «¿Dónde quieres la cámara?». La segunda fue: «¿Lo quieres todo enfocado?». «Como tú veas», dije. Yo había aprovechado ese momento previo en las escaleras, ese *esprit de l'escalier* pero a la inversa, para decidir que iba a dejar el 95 por ciento de las decisiones técnicas en manos del equipo, mil veces más pro que yo. Empezaron a colocar la cámara, los focos, todo ese material que desde esa noche me hace pensar en tecnología del FBI para interrogatorios ilegales. David, el dueño de la casa, andaba por ahí con su hija, con esa excitación primeriza de quien va a asistir al milagro de un rodaje. Llegaron Eva y Fabia casi enseguida. Eva me había estado mandando pruebas de vestuario por Whatsapp y al final nos habíamos decidido por una chupa roja muy cañera, porque además el personaje original del guion era un tío y al final lo cambié por una chica pero no pasa nada. Fabia traía un jersey rosa palo, hacía de mosca muerta, algo que es solo en apariencia porque años más tarde la he conocido mejor y la he visto bailar y es una bestia humana, ese tipo de personas que llevan siete dentro. Nos tiramos a una cama muy grande que había en una habitación muy pequeña a repasar el guion, el

chill out donde por diez minutos pareció que todo iba genial, un buen rollo increíble, mucho *flow*, cáscaras de cacahuètes, etc. Entonces llamaron a la puerta. Era Ignatius. A Ignatius lo había visto en persona solo un par de veces antes, como soy muy tímida con según quién me había limitado a darle la mano (¿a darle la mano?) cuando me lo presentaron y a mirar la pared a su espalda cada vez que me dirigía la palabra. Lo primero que dijo al entrar fue «¡Buenas noches! No he leído el guion, lo sabes ¿no?».

Ignatius tenía un monólogo de tres páginas seguidas. Por qué haba dicho que sí a rodar el corto de una desconocida es algo que nunca entendí. Igual no quería volver a su casa esa noche, no tenía nada mejor que hacer o disfrutaba con el caos y la consternación y la tensión dramática de los rodajes. Ya que estábamos todos, había llegado el momento de empezar a rodar, pensé con aprensión. Los actores empezaron a moverse arriba y abajo como cuando viene el autobús, listos para la aventura. Cada uno se puso donde tenía que ponerse. *Alea jacta est. Si vis pacem para bellum*, etc. Ya no había vuelta atrás. Yo, que tenía en la cabeza perfectamente definido el tono y la intención, la iluminación y el ritmo de la historia, por alguna razón, cuando llegó ese momento decisivo, me quedé

completamente en blanco. Se colocaron en sus puestos. Dije «acción» y desde ese instante me quedé en cortocircuito. Desconecté todas mis constantes vitales, entré en plano astral, todo empezó a ocurrir como en una película, pero no la mía, y así me quedé las siguientes seis horas. Como si no estuviera ahí. Sí recuerdo que cuando llegó el monólogo de Ignatius, se apartó a un lado, leyó sus tres páginas seguidas, que hizo solo una vez, dijo: «listo». «Acción». «Rodando». Y lo clavó. Perfecto, superprofesional, una representación al milímetro de lo que quería. Seguí sin reaccionar. Sin enterarme ni siquiera de dónde estaba. No recuerdo apenas nada de esas seis horas, solo que los actores me preguntaban cosas, qué cosas, cada vez más cabreados con toda la razón del mundo, el taconeo de alguien en la calle que parecía que caminaba sobre mármol puro y que no acababa nunca de pasar la calle, y que hubo que cortar, los tiempos muertos, los silencios y esa certeza, que conozco y reconozco tan bien, de que el desastre absoluto también puede ser la salvación que necesitas. Yo decía que sí a todo lo que me preguntaban, no por ser democrática sino porque estaba convencida de que cualquiera de las nueve personas que había embutidas en esa

habitación de 8 metros cuadrados, esa habitación patera que me conducía directamente al naufragio, cualquiera de ellas, digo, sabía más que yo, que lo único que quería era acabar. Me daba igual la película. Que todos se fueran a casa. Ya debía ser muy tarde, o temprano, esa pálida luz de niño muerto en la calle, cuando acabamos. Cuando un rodaje termina la gente aplaude. Los actores se marcharon muy discretamente, cansados y hartos de haber perdido el tiempo y gratis, además. Yo me quedé a echar una mano al equipo técnico, por hacer algo útil, tenía tanta vergüenza que no podía mirar a nadie a la cara. No recuerdo ni cómo volví a casa. Dormí cerca de diez horas, de día, como los borrachos de verdad. A la tarde mandé un Whatsapp de agradecimiento a todo el mundo, que me contestaron con una educación infinita. Tardé un par de semanas en recuperar algo de compostura. Podía ponerme de pie, al menos. A los pocos días el director de fotografía me pasó la película etalonada, con los títulos de crédito, un trabajo impecable que yo no merecía. Busqué un montador, vamos a llamarlo Sr. X, simpatiquísimo, de Sevilla creo, a quien le pasé el corto en un disco duro. Que iba a montar la peli cuando tuviera

tiempo, eso dijo, porque tenía mucho trabajo. Al cabo de un buen par de meses le llamé, ya me había recuperado algo del SPT. Quería saber qué tal iba la cosa. La cosa iba igual, es decir, no iba, no había montado nada. La siguiente vez que llamé no me contestó el teléfono. Ni a la otra ni las veinte siguientes. Ni a mí ni a Néstor ni a nadie. Ni mensajes de Whatsapp ni nada. Más adelante mandó el montaje a Néstor, pero lo había hecho con una resolución ínfima, como de tele antigua, cuando se había rodado en 4k HD (o algo así, HD quiere decir Alta Definición, ahí llego, pero lo técnico me descoloca siempre). Del disco duro con la peli no volvimos a tener noticia, como tampoco del montador. Al montador sevillano lo llamo Sr. X porque aunque sé muy bien su nombre me veo incapaz de decirlo y cargar la responsabilidad en alguien que no fue menos profesional de lo que fui yo. Y eso fue todo que fue nada. Han pasado cinco años. Sigo sin saber qué pasó con el corto. Sigo sin saber qué me pasó en el rodaje. Sigo sin saber si es que estuve realmente en el rodaje. Sigo sin saber qué es un rodaje. Fin.

No he contado de qué iba la peli por no hacer un espóiler.



MIQUEL ADAM RUBIRALTA

Miquel Adam Rubiralta, nacido en Barcelona en 1979, es editor y escritor. En 2015 publicó el libro de relatos *Torero d'hivern*. En 2021 está previsto que salga su primera novela. También está a punto de empezar una nueva editorial llamada La Segona Perifèria. Mucha gente lo conoce por su popular perfil de Twitter, SubalQuinina. Le gustan las biografías breves.

NUNCA ME HAN PARTIDO LA CARA, TODAVÍA;
NI ME HE ROTO NUNCA, UN BRAZO; NI ME HAN
PRACTICADO UNA MISERA INTERVENCION
MENOR. TAMPOCO ME HE HECHO UN TATUAJE.
LOS TATUAJES LOS LLEVO ENTRE CEJA Y CEJA
Y SIEMBRO CICATRICES EN EL FONDO DE
MIS OJOS PORQUE A MI ME HAN JODIDO DE LA
MANERA MAS SUTIL Y MIRAME, AQUÍ ESTOY...

LA HERIDA MORAL

MIQUEL ADAM RUBIRALTA

El bueno de Mitch, socialdemócrata de toda la vida, encontró trabajo en un rancho de Wyoming. El tipo que lo contrató era un anciano respetado por toda la comarca. Una eminencia, un hombre santo. Resulta que en el rancho unas temporadas vas de culo y otras te mueres del asco. Durante las temporadas en las que no había nada que hacer, el hombre santo se ponía enfermo al ver a su empleado columpiándose sobre su valla, malgastando su tiempo mordisqueando un tallo de su campo y observando su puesta de sol. Cabreado como una mona, el hombre santo pensó que al día siguiente despertaría a su empleado socialdemócrata Mitch a las cinco y media de la mañana. Y así lo hizo. Qué pasa, *boss*, dijo el bueno de Mitch, sacándose las legañas. Pasa que irás al campo que hay detrás del cobertizo abandonado y recogerás las piedras que haya, que me fastidian arreos y arados, venga, ve, ve, ve. Así que el bueno de Mitch

fue al campo de detrás del cobertizo y descubrió que estaba abandonado. Estuvo de sol a sol recogiendo y amontonando piedras de un campo que sabía positivamente que el hombre santo no araría nunca, y no obstante se entregó socialdemocráticamente a la causa como si no hubiera un mañana, deudor de una cierta cultura del trabajo. Levantó una bella y geométrica montaña de piedras que el hombre santo, en la puesta de sol, desdeñó diciendo pocas piedras has recogido, Mitch, no sé para qué te pago.

La pila de piedras se quedó allí, a la intemperie, nunca nadie las fue a recoger y dice el bueno de Mitch que puede ser que aún estén allí. Por supuesto, nunca nadie labró ese campo. ¿Y sabéis qué dice, también, el bueno de Mitch?

«Odié a ese viejo execrable hasta el día de su muerte».

Bien dicho, Mitch.

«Envíame flores muertas a mi casorio / que yo no olvidaré dejar rosas sobre tu tumba».

Bien dicho, Mick.

«Y espero que te mueras / ojalá sea pronto / que iré a verte al agujero / una tarde gris / Y me quedaré a ver como te bajan / hasta estar seguro de que de allí no te levantas».

Bien dicho, Bob.

El resentimiento es la cicatriz del alma, fruto de una herida moral. Esta clase de cicatriz pasa inadvertida a ojos de los profanos porque no es una cremallera de carne que puedas reseguir con el dedo. No es tampoco ningún tatuaje.

El resentimiento está mal visto porque está hermanado con la capacidad de perdonar. Por el contrario, yo pienso que es la energía refulgente fruto del milagro de la resurrección.

Lo que separa la cicatriz de la herida no es la distancia que hay entre la vida y la muerte, sino la distancia que hay entre la muerte y la vida. Estamos hablando de que ha habido alguien que te ha querido joder y te ha jodido. La cicatriz indica que quien te ha querido joder no se ha salido con la suya, que no te ha matado. Y aquí estás tú, tambaleándote, moralmente cojo, pero con una sonrisa colgando de oreja a oreja. Vivo,

por supuesto. Pero profundamente resentido.

Todo este rollo metafísico me está haciendo sudar la gota gorda.

De igual modo que cuando hay un cambio de tiempo la cremallera de carne vibra y duele y te acuerdas de aquellos puntos de sutura o de aquella pierna rota, cuando piensas en quien te ha querido joder moralmente también vibran y te duelen las cicatrices del alma.

Entonces, el resentido re-siente. Pero no vuelve a sentir desde la indefensión de la herida abierta. Resiente desde una zona de privilegio, desde la posición refulgente del resucitado. Desde la aureola atómica que rodea a los asalariados de la central nuclear de Springfield. Desde una cierta distancia irónica. O airada.

Nunca me han partido la cara, todavía; ni me he roto nunca un brazo; ni me han practicado una mísera intervención menor. Tampoco me he hecho un tatuaje. Los tatuajes los llevo entre ceja y ceja y siembro cicatrices en el fondo de mis ojos porque a mí me han jodido de la manera más sutil y mírame, aquí estoy, con una sonrisa de oreja a oreja, re-sintiendo, re-viviendo la vida, la segunda vez mejor que la primera.

Mis cicatrices son invisibles e insignificantes a los ojos del mundo, pero si no las canto yo ¿quién me las canta?

Las primeras cicatrices imaginarias las surcó la caída prematura del cabello. Marca el carácter como una sequía sostenida, esa ausencia de cabello. No tenéis ni la menor idea, todos los que vais exhibiendo impúdicamente vuestro matojo. Conocí a un calvo más calvo que yo en la facultad. Era una completa derrota moral, una herida sangrienta. Los calvos universitarios nos dejábamos los cuatro pelos largos esperando el milagro de la multiplicación del pan y los peces, y no el milagro de aguar el vino.

La herida de la caída de cabello cauterizó a base de autoayuda de puerta de lavabo. Un día leí que «si el cabello fuera tan importante crecería hacia dentro». Entonces miles, millones de ausencias de cabello en forma de cicatrices simbólicas me perforaron el cuero cabelludo hacia dentro, y allí se han quedado, como raíces muertas de un árbol caído. Las veo cada mañana, todas estas cicatrices, me quedan la mar de bien, las greñas, las trenzas, las rastas de cicatrices que tengo adentro.

Dejé de ser una persona acomplejada cuando entendí que tenía que ir por la vida con la cabeza bien pelada, exhibiendo la cicatriz moral, la herida por ausencia, no pretendiendo esconder la calva con cuatro pelos como un pequeño Anasagasti de la vana esperanza. Tengo un cráneo esbelto, sin bultos en el cogote.

No, lo del cabello no es resentimiento. ¿Resentimiento contra quién? ¿Contra la vida? ¿Contra la genética? ¿Contra la fuerza de la gravedad? Qué tontería. El resentido vuelca su vida contra *alguien* que lo ha jodido, no contra *algo*, y llegado a este punto hay que estar bien alerta para resolver rápidamente una cuestión. El abajo firmante está en contra de afrontar el desamor desde el resentimiento. En materia de amor, quien te ha jodido es alguien que te ha querido. En materia de amor has sido tú quien has jodido a quien has querido. *Mos destrossàvem mútuament ses vides* [nos destrozábamos mutuamente nuestras vidas]. Es tan triste, el desamor, tan profunda puede ser su herida... El resentimiento por amor es agotador. Y pesado.

Y triste. No hace ninguna gracia, no admite la distancia irónica. No hace volar. He recorrido los campos estériles de este averno. No consigues salir de ahí del todo en vida. Una parte de ti muere. ¿Una novela de desamor? *Sylvia*, de Leonard Michaels. Allí está todo.

Resentimiento, pues, ¿contra quién?

Faulkner dijo: una de las cosas más tristes es que lo único que el hombre puede hacer durante ocho horas al día, día tras día, es trabajar. No puedes estar ocho horas comiendo, ni bebiendo, ni haciendo el amor: lo único que puedes hacer durante ocho horas al día es trabajar, que es el motivo por el cual el ser humano se hunde en la miseria y la infelicidad, arrastrando a todo el mundo consigo.

Las miserias del trabajo asalariado, una de las pocas actividades que puedes practicar durante ocho horas seguidas cada día hasta que te mueres o jubilas, creo que están infrarepresentadas en el mundo de las letras.

Quise escribir contra los aprendices de *führers* laborales que habitan en tantas oficinas. Uno de ellos quiso joderme y estuvo a punto de conseguirlo. Me destruyó moralmente. Me hizo sentir indigno y sucio.

Perdí incluso el gusto por el habla. Aunque a veces podía realizarme laboralmente a escondidas, también me veía forzado a fingir que trabajaba cuando no me daba trabajo. Si no fingía que trabajaba, el viejo se irritaba. A veces me miraba fijamente y después decidía darme un trabajo absurdo para mantenerme entretenido mientras me iba destruyendo. La piel se me secó como la corteza de un árbol, un ojo empezó a parpadear descontroladamente. Un día estuve observando el teclado para recordar cómo funcionaba. Me convertí en un inútil. Entendí por qué tanta gente se vuelve loca o neurasténica o se quema o se agria en el puto trabajo: porque hay alguien por encima que quiso joderlos, y lo consiguió.

Sin embargo, en mi inutilidad, estando a punto de cruzar el río que separa la cordura de la locura, tuve un momento de lucidez, allí en mi mesa de oficina. Me dije que de aquel agujero donde me había metido tenía que surgir algo perdurable. Empecé a tomar notas de la devastación.

Llegó a joderme tanto el hombre santo y tanto miedo me daba volverme loco, que acabé suicidándome laboralmente. Fracase, porque

estoy vivo y mirad la sonrisa que me cuelga de oreja a oreja. Entonces, sin embargo, era como si la hubiera diñado.

En resumen, me puse a escribir desde el inframundo. Con papel y lápiz de mina dura como la roca de grafito, para rayar poco, para sabotear cualquier posibilidad de publicar, porque mi mal no quería ruido, porque era una vergüenza, porque era como narrar una ruptura amorosa, vísceras, mierda, sangre y lágrimas, porque aquello lo escribía un vencido desde la rendición y la derrota.

Curiosamente, también intentaba escribir desde la comicidad, como si fuera un enano de la parada de los monstruos.

En definitiva todo me desagradaba. En primer lugar, si escribía desde la comicidad era como si me pitorreara, como si profanara mi propia tumba, como si las humillaciones en el trabajo fueran una gran broma. En segundo lugar, si escribía a pecho descubierto y desde la herida abierta, sentía que exageraba mi dolor, que era irrespetuoso con los que sufren, porque si bien es cierto que las miserias y las humillaciones laborales no son un infortunio menor, tampoco representan la peor de las maldiciones. Peor que convertirte en un infeliz o en un miserable es pasar hambre o que te maten.

Leí qué habían hecho los grandes. El rollito condescendiente e irónico de *El ayudante* de Walser no me ayudaba. La Nothomb de *Estupor y temblores* apuntaba a una dirección aceptable, aunque la tortura laboral nipona, tan hijoputense como ceremoniosa, imponía una contención que no iba conmigo. *El cartero* de Bukowski me daba pereza. De Kafka, no pienso hablar de él en vano.

Sentí el fulgor energético del milagro de la resurrección un día leyendo a Kertész imitando a Bernhard (*Kaddish por el hijo no nacido*) y entendí que la violencia puede latir en el lenguaje y no tanto en los hechos, que se puede escribir al borde de la locura, que se puede escribir al borde del dolor, que se puede escribir al borde del humor, que se puede escribir al borde de la venganza, que se puede escribir desde la cicatriz del alma, es decir, desde el resentimiento, que es el revivir, el re-sentir, el subir los peldaños de *l'escalier* que un día bajaste sin habla, profundamente humillado, que se puede tomar la tribuna como los *citoyens* tomaron la Bastilla y decir lo que tenías que decir pase lo que pase: «Odié a aquel viejo execrable hasta el día de su muerte».

Solo dejarás de ser un resentido si escribes desde el resentimiento. El resentido será entonces un personaje de papel.

En este país, si escribes desde el resentimiento te dirán «¡elévate!». Si escribes desde el resentimiento te dirán «¡esconde esto en un cajón!». Por algún motivo, en este país, tu viejo execrable, tu hombre explotador, tiene que estar muerto para poder escribirlo cabalgando la cicatriz de tu alma. Y reza para que el hombre no se levante de la tumba y te dé una paliza con su rótula.

Te hará sentir miedo gente que te quiere. Te darán a entender que si publicas tu resentimiento –es decir, si lo haces público– estarás cavando tu propia tumba... cuando es precisamente lo que has escrito lo que te ha permitido levantarte y surgir como un Lázaro refulgente. No lo sé. ¿Qué tienes que hacer con el miedo a las consecuencias de una venganza? ¿Nos creemos a Joan Fuster cuando decía que «escribir –hacer literatura– es todo esto que ustedes dicen y, además, una forma de venganza»? ¿Debemos retirar las postales de la Institució de les Lletres Catalanes con la frase de Pedroló que defiende que «una cultura está viva en la medida que es conflictiva»? ¿Qué pasa cuando entras en conflicto con el sistema

editorial, qué pasa si quien te ha querido joder es editor? ¿Qué pasa con las connivencias que todo lo sostienen? ¿Se puede escribir desde el resentimiento o solo podemos escribir desde la prudencia?

Probablemente tendría que esconder la cicatriz desde donde escribo. Pero pedirle esto a un calvo, que aprendió de muy joven a no esconder su cicatriz moral, su herida por ausencia; pedirle esto a un resucitado que ya ha vencido la muerte laboral una vez...

Un día, Mitch, nuestro amigo socialdemócrata vejado por un hombre santo en un rancho de Wyoming, leyó un artículo de un antropólogo llamado David Graeber. El artículo, que se había hecho viral en todo el mundo y traducido a todas las lenguas, hablaba de aquellos trabajos que te hacen sentir miserable, de aquellas pequeñas humillaciones persistentes que no son un infortunio menor, pero que tampoco representan la peor de las maldiciones. Mitch no pudo reprimirse y escribió a Graeber para explicarle la experiencia del rancho del hombre respetable de Wyoming que lo había convertido en un

resentido. También lo hizo Wendy, que le explicó que un superior se acercó a su mesa, le echó miles de clips y le pidió que los clasificara por colores. Y como Mitch y Wendy, también Tim, Judy, Steve y muchos otros.

Quiero pensar que con el acto de poner negro sobre blanco las cicatrices de sus almas humilladas se libraron del resentimiento, o mejor aún, lo cabalgaron, sintieron su potencia y, de alguna manera, lo pudieron girar contra aquel que se lo había inoculado.

Este texto está dedicado a la memoria de David Graeber (1961-2020), autor, entre otros, de *Bullshit Jobs*.

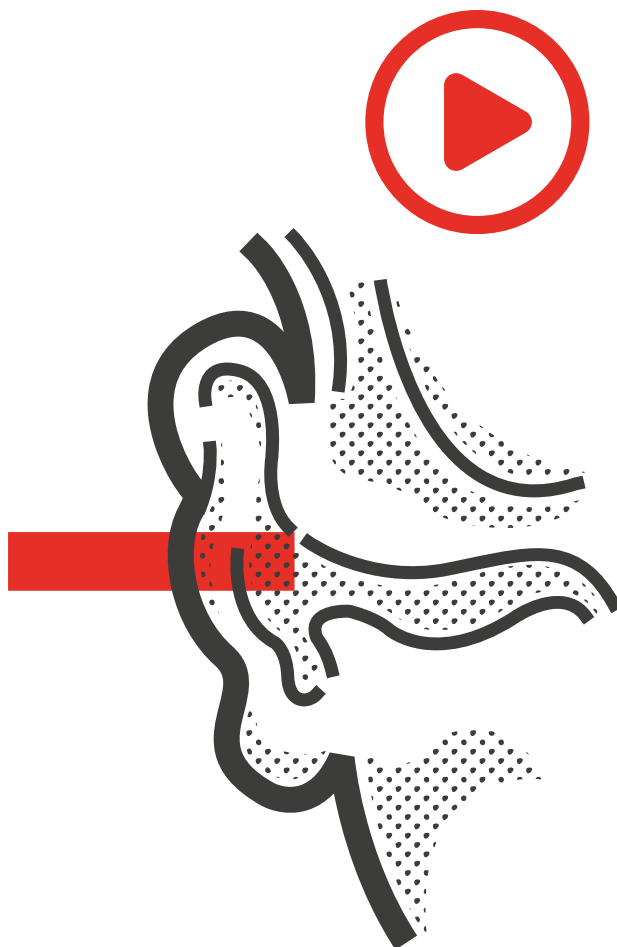


© Patricia Fernández Bru

STIVIJOS

Stivijoes es producto del extrarradio barcelonés. Y lo es no solo en el espacio-tiempo, sino también en cuerpo, alma, prosa y ademanes. Raíces mandan y como buen hijo del Baix Llobregat acata sin pestañear los ritmos y modismos de una extraña época con la que, para bien o para mal, le ha tocado ir de la mano. Valiéndose de mil influencias (aunque en Spotify le etiquetan, de un modo impreciso y aventurado, como artista de hip hop/rap) y basándose en otras tantas vivencias, desgrana de una forma sencilla (que no simple) estados anímicos y anhelos concretos que van a tocar el corazón del oyente. Entre sus álbumes se cuentan *Superfuturo* (2019) o *Welcome to cursiland* (2018). Su última canción se llama «Cómo sienta ser de hielo».

Y HE VUELTO A CAER EN EL VACÍO
Y HACE FRÍO PERO SE ESTÁ BIEN CONTIGO
Y EL MIEDO AHORA LO VEO COMO UN DESAFÍO
Y NO ME FÍO DE MÍ PERO SE ESTÁ
BIEN CONMIGO.



OJALÁ

STIVIJOES

Youtube



Spotify



AUDIO Y VÍDEO GRABADOS:
Por Raúl Rodríguez Orgaz
MEZCLA Y MÁSTER:
De Francisco Barreira Vázquez
PRODUCCIÓN:
De Enrique Soriano Porta
INTERPRETADO:
Por stivijoes (Raúl Rodríguez Orgaz)

Ojalá que hubiera escuchado todos mis temas
ojalá que me hubiera visto crecer ahí fuera
ojalá ya no sentir nada cuando duela
ojalá, ojalá, ojalá que me vea

Ojalá que me vea [x3]
ojalá, ojalá, ojalá que me vea

Estoy mal y no lo sé sacar
duermo menos de lo que quisiera
algo no va como podría esperar
entonces me quiero morir si no te vuelvo a mirar

De verdad que no me veo con fuerzas
pero tengo algo dentro que hace que funcionen
mis piernas

Y he vuelto a caer en el vacío
y hace frío pero se está bien contigo
y el miedo ahora lo veo como un desafío
y no me fío de mí pero se está bien conmigo

Ojalá que hubiera escuchado todos mis temas
ojalá que me hubiera visto crecer ahí fuera
ojalá ya no sentir nada cuando duela
ojalá, ojalá, ojalá que me vea

Ojalá que me vea [x3]
ojalá, ojalá, ojalá que me vea



DAVID CAÑO

David Caño ha publicado ocho libros de poesía y ha realizado centenares de recitales en los Países Catalanes, ya sea en solitario o a partir de espectáculos musicales como el que realizó con Meritxell Gené, «Branques del capvespre, udols a l'horabaixa» o con Borja Penalba y David Fernàndez «Un temps, una estima, una idea», con los que forma el grupo musical Ovidi3; últimamente este se ha transformado en Ovidi4 al integrar a la cantante valenciana Mireia Vives a partir del espectáculo «Cuidem-nos». Junto con Borja Penalba y Mireia Vives también han ideado el espectáculo

«Nictàlgia en el cel elèctric», con el que han actuado en diferentes ciudades europeas como Zadar, Zagreb, Brno, Berlín, Bruselas, París, Lyon o Mannheim. También ha colaborado o colabora en varias publicaciones como periodista, entre las cuales destacan *Benzina, Directa, L'Accent, El Punt Avui, Núvol, Crític* e *Illacrua*. Con el poemario *Un cos preciós per destruir* ganó los Juegos Florales de Barcelona en 2019.

EL COÁGULO

**COMO UN SORBO DE SUFRIMIENTO
ADENTRO.**

**RAYA ALZHEIMICA
DELIMITA REALIDADES**

LOS LÍMITES DE LA LOCURA.

**MEDIACIÓN
MEDICACIÓN
OBSESIÓN-PODER**

CICATRIZ

DESGARRO

La boca todavía viva.

ANDREU VIDAL

Un agujero. Un hueco.
Donde poner el dedo y hurgar.
Profundo, profundo...

El negro.

Una frontera a modo de hogar.
Peregrinar hacia allí. Sin Fe.

Ser nadie.

Una ciudad extinguida,
deshabitada.

La lengua materna.
El duelo.
La necrosis.

Desprenderse del polvo,
como quien desempolva la memoria.

Son las vías muertas de la infancia.

Pero

¿Cómo desgarrar la carne
sin dejar ningún rastro?

Frío
Metal.
Penetra.

Si mana sangre no digas el nombre.

Mira adentro, el mercurio.

¿Ves cómo se religan
los nervios?
¿Cómo se oprime el miedo?
Agoniza la noche.

La niebla crece
en esta sala tan extraña.

Juego de rojos,
todos los microorganismos
todas las pesadillas
Un niño perdido.

Puedes
abrir boquetes de luz.
reconocer la canción.
esquivar los cuerpos

que bailan.
que no se mueven.
que te miran fijamente.

A resucitar el cadáver por la boca,
lo llamarán horror.

¿Qué sabes tú de la belleza?

En la fosa común
de las palabras

En la tierna
rotura
de la piel

En la
hendidura
de las últimas
confesiones

... allí donde las calles tienen nombre de santos

Una geografía delimitada,

Rodea el fuego
cuando no hace costra.

Nunca dejes que cauterice,
el mal social.

por donde supura la insurgencia.

La cicatriz fracasa
en el abandono.

En el olvido.
Estanca.

Tanta noche tanta noche
Tanta oscuridad
... dirás

Nacer cubierto de sangre.
Nada más.

Ni que te abandonen.

El niño ha tenido algo que ver.
Las manos le delatan.

¿Por qué pensabas que llegaríamos hasta el mar?

Más que odiar al padre,
odiaba a la mujer que lo había
engendrado.

No era una tierra de justos.

Me pediste lo más puro.
Después te asustaste.

Presionabas la ofrenda.
Repitiendo y repitiendo
plegarias antiguas.

Rasgaste una sábana
para anudar un plural.

Con el vestido manchado.

Después nos dormimos.

150

Cicatrices
PRIMERA PERSONA

Cicatriz/Desgarro
DAVID CAÑO

¿Existe algo más violento que el amor?

Cuando todo hace sutura.

Es el dolor de la imposibilidad.
Angustia. Fracaso.
Ansia.

Sin cicatriz.

¿Qué dolencia
te adormece
sin que lo adviertas?

Veneno-Fetiche.
Consumo.

El coágulo.

Como un sorbo de sufrimiento
adentro.

Raya Alzheimica
delimita realidades.

Los límites de la locura.

Mediación.
Medicación.

Obsesión-Poder.

... Y la herida siempre abierta

La herida.

Circula. Viva.
La rebelión.

Transita.

Mana.

Surgir remordimientos.

Surgir abismos
en un corte rasgado.

La renuncia del consenso.
El recosido de una vida al
límite
del no vivir.

Nunca.

.... ¿Qué harás después?

Después de la saliva de la sangre.
Cuando todo esté demasiado mojado.

¿Será el deseo?

El deseo de la herida.
La herida del deseo.

Un agujero. Un hueco.
Donde poner el dedo y hurgar.
Profundo, profundo...

El negro.

Trilogía de una cicatriz

El amor es de carne y de sangre

Marina Tsvietáieva

Bajo la piel, cristales y arena.

Saciados por las cicatrices malcerradas
saboreamos sangre, de noche, a mordiscos,
y no hay dolor, que desgarre un cuerpo,
que ciegue unos ojos, si lamo el mal
que lloras.

Puedes vaciar todo el alcohol
y provocar el incendio, que nazca de ti,
tentando el deseo,
seremos ceniza.

(Este poema forma parte del poemario *Nictàlgia*, Ediciones Terrícola, 2017,
y ha sido musicado por Ferran Palau)

Black Circle

Creer solo en aquello rehuido.
Ofrecerte la ceniza
con las manos,
no el fuego,
y saber que esto
es la verdadera revolución,
por indómita, por incurable.

Al círculo negro
lo llamarás, luna.

Vladivostok, Mandelstam.
El disparo en el corazón de Mayakovski.
Los poemas de Santa Teresa.

Se ha fragmentado el cielo
y ahora el sol se desangra en La Jonquera.

No hay suficientes neones para tus ojos.

Una cámara de videovigilancia
ha grabado al suicida,
y nadie lloraba.

En el museo del exilio
habitan los recuerdos,
no los remordimientos.

Si sellamos

SE SEMANAS

un pacto de prófugos,
—en un bar cualquiera de los de madrugada,
nunca más podremos volver a dormir.

En Detroit
fueron a morir tantas almas
que miles de cuerpos seguían bailando,
y no era ningún sueño.

Quiero decir que sí,
que podemos desfigurarle la cara

a la extrañeza,

y convertirnos en nuestro propio error.

Y más tarde negarnos.

Si todo toma demasiado sentido,
si alguna vez lo necesitamos.

Barcelona Calamidad

Desconoces lo que quiso decirnos Hu Bo,
pero en cada cementerio, de cada ciudad,
hay una periferia, donde unos niños juegan
ausentes.

Podríamos volver allí:
con la tormenta en las rodillas,
con los gritos de la abuela en el balcón,
abandonar la palidez.

Mucho antes
de que el mar se hubiera convertido en este papel
de plata
sin faro ni posibilidades de huida,
mucho antes de la ansiedad de los neones.
de las paredes rojas y agujereadas,
de este humo marrón que inspiramos, con
desesperación,
como quien relame una lágrima.

Mucho antes
de que tuviéramos que taparnos los brazos.
Del deseo rezumando en el blanco
y dibujando formas extrañas
como un grito ahogado por el dolor,
como casi una palabra.

Mucho antes
de reconocer que simplemente somos esto:
este estado que avanza, lentamente,
hacia su descomposición,
hacia su podredumbre.

Late el desgarro y fluye,
como una bocanada de sangre,
como quien expulsa una vida.

No llores.

No es cierto que en cada cicatriz
dejemos encarcelado un amor.
Que seamos solamente una herida,
—o que la felicidad sea la ausencia del llanto,

la imposibilidad de amarse en el vacío,
la tentación del suicida.

No existe nada más que esta destrucción.
La transformación lenta de los lugares que nos han
visto crecer,
entre descampados y controles policiales.
Un cuerpo que nos delata.

No existe nada más
que este poema que se muere en mis labios.

Tómalo, si quieres.
Escribirlo es no dejar que desaparezcas del todo.

Lo encontrarás donde todas las líneas del metro
terminan,
en la desembocadura de los sueños de nuestra
gente,
donde aquel día lloraste por el cielo del puerto de
Pasaia y
todos los aspersores se abrieron de golpe.

Lo prometimos.

Nos prometimos que nosotros nunca ningún
nombre:
Barcelona Calamidad.

(Este poema forma parte del poemario *Un cos preciós per destruir*, Proa, 2019)

CARLO PAVIA



Carlo Pavia nació en Barcelona en 1981. Poco después empezó a dibujar. En 1995 se puso a hacer música, y en 2004 entró como aprendiz en un estudio de tatuajes. Estas, además de cuidar de sus dos hijos, han sido y son las principales actividades de su vida. A día de hoy podéis encontrarle trabajando en Eclipse Tattoo Barcelona y tocando en Fe Baido, Futuro Primitivo y Buen Destino.



**MIS CICATRICES PREFERIDAS, LAS QUE
PRESENTO CON MAYOR AGRADECIMIENTO,
SON YA TOTALMENTE INVISIBLES AL OJO
HUMANO, PERO YO PUEDO SENTIRLAS.
ESTAN TODAVÍA FRESCAS Y, A VECES,
CUANDO LLUEVE, AÚN DUELEN.**



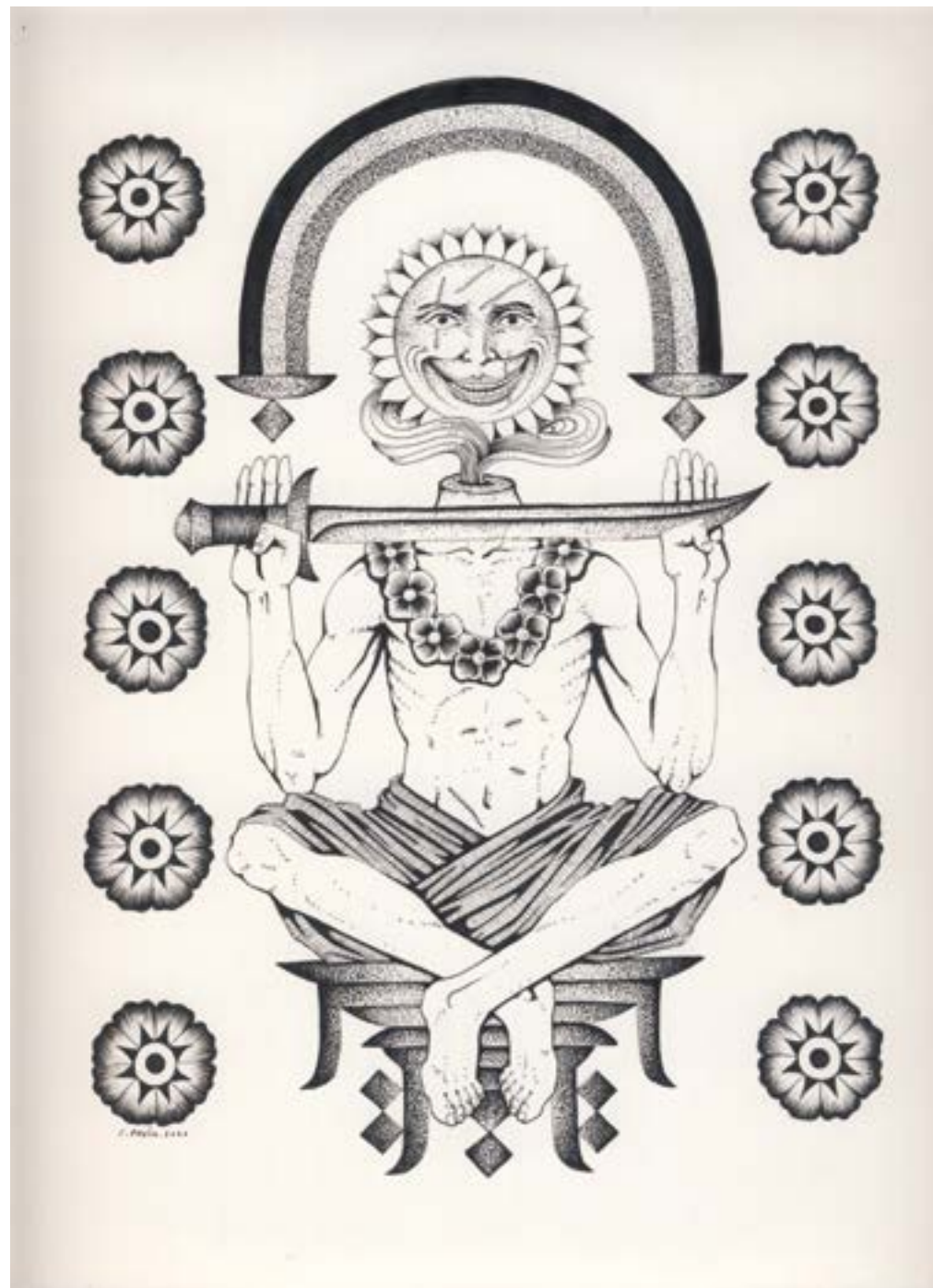
I.

En mi barriga tengo cuatro cicatrices gastadas y discretas, cuatro pequeñas bocas sin expresión, repartidas a lo largo y ancho. Cuando las miro, hablan para recordarme cosas. A veces parece que hablen de otro, pero se trata de mí.

Los vómitos y el dolor empezaron a interrumpir mi vida hace ya mucho tiempo. Al principio era una anécdota esporádica: una cebolla cruda mal digerida o unas lentejas demasiado fuertes eran los sospechosos habituales de una indigestión común; aunque pronto la frecuencia de los episodios aumentaría hasta alcanzar un ritmo vertiginoso. Por descontado, saber que un par de veces por semana vas a sufrir durante horas hasta vomitar todo lo que llevas dentro genera una cierta incomodidad. El miedo y la desesperación se abrían camino a machetazos y no resultaba nada fácil darles esquinazo.

Cuando eres joven y te falla la salud, te cabreas, miras a otro lado, y lo único que esperas es que se te pase. Mientras, te ahogas poco a poco en el clásico «¿por qué a mí?».

Con diecinueve años no quería perderme el bolo de Slaughter and the Dogs porque estaba en casa vomitando sin haber bebido ni gota, lo que quería era perdérmele porque estaba completamente ciego, vomitando en las botas de algún punki en la sala Garatge. No entendía nada ni me interesaba. Así que, tras algunos ingresos en el Hospital Clínic de Barcelona, me agarré a la medicación, y me di con un canto en los dientes pensando que la vida me sonreía si el precio a pagar por volver a estar bien era mear de color naranja durante el resto de mis días.



II.

Hay más cicatrices. No las veo, están por dentro y no me alcanza la vista, pero están ahí, en mis entrañas. Remiendos en mis tripas, cortes y empalmes que me recuerdan que todo puede torcerse mucho. Hablan del terror, del auténtico dolor, de medicaciones que no hacen efecto, de intestinos ulcerados y vejigas perforadas, de orinar pedazos de comida poco masticados, de no ingerir alimentos durante dos meses (y medio) y de operaciones complicadas.

Es entonces cuando Crohn deja de ser nombre de villano temible de *Conan el Bárbaro* para convertirse en una enfermedad seria que pronto empezaría a ganar popularidad y adeptos.

Esas cicatrices cuentan también otras historias: hablan de adaptabilidad, de disciplina y de las ganas de vivir. En ese momento, sentí

que yo tenía mucho más que decir en todo esto, que todo sucede por algo, y que, tal vez, el universo quería enseñarme algo. ¡JA!

Con veinticuatro años estaba cansado, no quería seguir siendo víctima. Así que me erigí como el único responsable de mi propia enfermedad. Un adalid trastornado de la búsqueda interior. «Si esto me pasa», pensé, «es porque estoy haciendo algo mal, hay algo que sanar». Sin mirar atrás, me subí a lomos de mi blanco corcel blandiendo mi hacha, y, mientras en mi cabeza sonaba *The Ecstasy of Gold* de Morricone, cabalgué a galope por las cuatro esquinas de mi alma para librar la última batalla. Por increíble que parezca, ¡mejoré!

III.

Mis cicatrices preferidas, las que presento con mayor agradecimiento, son ya totalmente invisibles al ojo humano, pero yo puedo sentirlas. Están todavía frescas y, a veces, cuando llueve, aún duelen. Hablan del orgullo, del ego, de la falta de humildad y de sentirse más perdido y desorientado que nunca. ¿Qué te queda cuando has andado todos los caminos y te vuelven a ingresar? ¡Justo cuando creías que lo tenías bajo control! Bueno, pues algo te queda, la herramienta más valiosa: la aceptación. El famoso *shit happens*. Porque la mierda, los vómitos, las úlceras, las heridas físicas y/o emocionales y la misma muerte (*Über alles*) forman parte de la vida y no hay manera de esquivarlas ni controlarlas. Solo te queda encajar los

golpes con deportividad. Desde luego, si el universo quería enseñarme esto, podría haber sido más sutil. Aunque parece mucho más sencillo de lo que es en realidad.

Hace algún tiempo que no me siento enfermo, que no siento que he estado viviendo una vida interrumpida, que descubrí que esas interrupciones eran mi vida también. Gracias a ellas aprendí a cuidarme y a respirar tranquilo sin ponerle tanta cabeza al asunto. La vida es incierta, no hay mucho que entender. Esto es lo más valioso que he aprendido en mis veinte años de Crohn. Siempre quedan cicatrices, mejor si valen.



MIGUEL OTERO

Miqui Otero, nacido en Barcelona en 1980, creció leyendo libros de segunda mano en el mercado de Sant Antoni. Después de aquellos primeros años, hizo sus primeros pasos culturales en la ciudad gestionando la caótica discográfica de pequeños grandes vinilos Doble Vida Discos junto con unos cuantos amigos, espoleando fanzines y organizando clubs cinefilomusicales (de Our Favourite Club a Cine Low Cost). Actualmente colabora en *El País* y es columnista semanal en *El Periódico*, colabora en programas de radio en RAC 1 y Onda Cero e imparte clases sobre literatura y

periodismo creativo en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado las novelas *Hilo musical* (Alpha Decay, 2010), *La cápsula del tiempo* (Blackie Books, 2012) y *Rayos* (Blackie Books, 2016). También ha participado en antologías de nuevos narradores como *Última temporada* (Lengua de Trapo, 2013) y en libros colectivos de ensayo como *Una risa nueva* (Nausicaa, 2010) y *CT o La Cultura de la Transición* (Debolsillo, 2012), entre otros. *Simón* (Blackie Books, 2020), ganadora del Premio El Ojo Crítico y que se traducirá a varios idiomas, es su última novela.

¿CÓMO SE LIMPIARÁ EN EL VÁTER AYANNA WILLIAMS,
LA SEÑORA CON LAS UÑAS MÁS LARGAS DEL MUNDO?
¿SEGUIRÁ VIVO WILLIAM LAWLIS, LA PERSONA QUE
MÁS TIEMPO HA SOBREVIVIDO CON UNA BALA EN LA
CABEZA? ¿Y JOHANNES RELLEKE, DE ZIMBABUE, QUE
SUFRIÓ 2.443 PICADURAS DE ABEJA? ¿LE SONREIRÁ EL
AMOR A VINCE BRASCO, 127 CENTÍMETROS, CONOCIDO
COMO MINIHULK, EL CULTURISTA PROFESIONAL MÁS
BAJO DEL PLANETA?

Miguel Otero
MIQUI OTERO**UNO**

- Quien pierde gana.
- Va, en serio, ya está bien.
- No sé cómo alguien puede decir «en serio» sin reírse.
- Pues mira, es fácil: en serio.
- En serio: quien pierde gana. Y decide si nos vamos a casa o no.

No será fácil saberlo. Los jugadores de hierro están tan descascarillados que no es fácil saber de qué equipo es cada uno. Parece que les dé igual ganar o perder. Estamos en el fútbolín de la estación de autobuses. Hay serrín esparcido por el suelo de terrazo. Ha llovido esta noche, parece, y ni nos hemos dado cuenta. Siempre que salimos y no queremos volver, acabamos en este sitio de madrugada. El bar está abierto desde demasiado pronto, o quizás es que no cierra hasta

demasiado tarde, y tampoco es fácil saber si viene o se va la gente que nos encontramos cargando bolsas de supermercado o maletas de cuero.

— Gol, jódete.

Acaba de meterse un gol en propia puerta que celebra poniéndose los índices en las sienes para embestir una máquina de venta de cacahuetes. La siguiente bola negra vuelve a rodar loca por la cancha y el tintineo de los jugadores intentando sabotear su victoria y rematar de tacón se une a la sinfonía de las cucharillas de los primeros cafés con leches y cortados de los clientes que nos miran desde la barra. ¿Y qué ven? A un tipo de unos diecinueve años con patillas y el pelo rapado al tres que pone el corazón e inclina su cuerpo sobre la madera del fútbolín para poder perder contra su amigo, unos diez años mayor, raya al lado y vestido de negro, su paquete de Camel posado de canto al lado de las cuentas de plástico del marcador, para poder llevárselo a casa. ¿Y por qué no quiere volver a casa? Porque nunca quiere, no porque le guste la noche tal y como va, sino porque le

parece peor todavía que acabe. Pero el caso es que es ya de día y huele a café y a tostada. Han bebido toda la noche. Van en camiseta. En realidad, jamás se verán con abrigo.

— Listo. He perdido. Decido yo: cogemos un bus y vamos a un bar del centro. O jugamos a otra, que no sabes ganar.

¿Y cómo se llama este que acaba de hablar? Miguel Otero. ¿Y el otro? También Miguel Otero.

DOS

Mes y medio antes, me arrellano en una de las butacas del Estrella Galicia. El hecho de que el tren que conecta Barcelona con la ciudad a la que me dirijo tome el nombre prestado de una cerveza no sé si hace presagiar nada bueno. El trayecto dura unas catorce horas y muy a menudo decide detenerse a medio camino para descansar y regalarnos alguna más.

Es el primer verano que voy a hacer prácticas al periódico regional de la provincia donde crecieron mis padres. Me prometían un pequeño sueldo para cubrir el alquiler de un piso compartido, un plato combinado a mediodía (el número 8) y suficiente calderilla para ir de vinos por la noche y cenar las tapas de regalo. «La cerveza no es comida, pero sí es cena», diremos más de una vez.

He viajado de noche y acabo de despertar, así que la ventana enmarca un cielo hematoma que no combina del todo mal con el amarillo de esos trigales que el viento ha peinado con la raya al lado. Leo un Libro Guinness de los Récords que he traído conmigo. ¿Cómo se limpiará en el váter Ayanna Williams, la señora con las uñas más largas del mundo? ¿Seguirá vivo William Lawlis, la persona que más tiempo ha sobrevivido con una bala en la cabeza? ¿Y Johannes Relleke, de Zimbabue, que sufrió 2.443 picaduras de abeja? ¿Le sonreirá el amor a Vince Brasco, 127 centímetros, conocido como MiniHulk, el culturista profesional más bajo del planeta? Son preguntas que uno se hace mientras se zampa un bikini que en esta zona ya no se llama bikini.

Pero aún hay otra, ¿quién será ese tipo del que me hablaron? Porque el periodista que me dio el permiso para ir a hacer la beca al diario me comentó una cosa:

— Te llamas Miguel Otero... Es curioso, porque hay otro Miguel Otero en la redacción. Pero, bueno, tú dices que te gusta la música y los libros y él está en Deportes. No creo que os parezcáis mucho. Eso sí, tendrás que firmar con los dos apellidos.

Llego a la estación de tren aún muy pronto, pero la cafetería ya está abierta. Los que vuelven a Barcelona cargan bolsas por donde asoman chorizos, empanadas, lacones, pollos descabezados, berzas, nabizas y hasta botellas de agua. O presienten que tendrán mucha morriña o no confían en que el tren llegue a su destino en el horario previsto. El trayecto podría durar cinco años y no pasarían hambre. Me dan un poco de envidia porque se van. Un sitio siempre es más bonito cuando te vas.

TRES

Llevo ya dos semanas en este periódico y ya me han bautizado como Miguel Otero II, como si fuera el segundo rey de un país minúsculo. Miguel Otero Segundo, el Lumbreras.

Lo del Lumbreras pasa por mi primera gran exclusiva. Me mandan a una aldea a cubrir el parto de una cabra. Farfullo en un gallego manicomial ante el paisano que acababa de ayudar en el nacimiento. Quiero desentrañar el alcance de mi scoop pero no acabo de entenderlo, porque habla muy cerrado y cada dos frases me pregunta

— E logo, ¿ti de quen ves sendo?

De la dinastía de los Miguel Otero, quiero decirle. La cabra ha tenido muchos cabritos. Digamos que más jugadores de los que tiene un equipo de balonmano y menos que uno de fútbol. Si son muchos o pocos no lo sabría decir: hasta entonces solo he visto a este animal en anuncios de detergentes, donde solo sale uno, pero también es cierto que en los rodajes suelen tener a muchos animales idénticos para cuando el otro falla. Esto último lo he aprendido de un reportaje

sobre Flipper. La cara del paisano, inescrutable, paspada por la faena al aire libre y cincelada por los inviernos de pastar con las vacas, no va a tenderme ninguna pista de si son muchos o pocos cabritos.

Llego a la redacción decidido a escribir el mejor breve de la historia de esa cabecera fundada casi un siglo antes. A combinar las palabras para el mejor relato corto posible. «Se venden peúcos de bebé. Por estrenar» será una broma al lado de mi breve. «Cuando despertó, el dinosaurio ya tal», lo mismo.

— Espabila, neno, que la noticia va en portada— me dice mi jefe.

Son muchos cabritos, supongo, incluso para ellos que han visto algunos más durante su vida. Escribo la pieza y quiero bendecir tan noble espacio en portada con *le mot just*. «Parió» me parece vulgar. «Dio a luz», casi funcional. «Nacieron» no dignifica la portentosa (descubro ahora) gesta de la madre. «Alumbró».

— Una cabra alumbra a XXX cabritos.

Al día siguiente toda la redacción se ríe conmigo de la pedantez. Desde

ese momento, el Lumbreras. A veces incluso encienden un mechero cerca de mi cara: ¿te alumbro? Solo no se ha reído ese tipo, de piel cerveza tostada y raya al lado, siempre de negro, que anda escribiendo sobre fichajes de Segunda B. Igual lo conozco esta misma noche, que hay fiesta en un piso.

CUATRO

— Y entonces era cuando ellas tenían ese interés, por ir a la cama...

Toda la redacción está recitando de memoria el vídeo de Tojeiro que llevan siempre en VHS a cada fiesta en un piso. A veces, incluso se trenzan pasando brazos por encima de hombros, como si fueran un equipo nacional que canta un himno o como si recitaran a Espronceda en un aula. Luego ponen música y brindan con tazas de turbio y con botellines de Estrella Galicia.

— Le echaron *droja*, en el Cola Cao. Que yo noté que durmiera muchas horas, imposible que yo durmiera tanto... –y aquí, todos a una y a más volumen, como una declaración de intenciones para esta noche– Nunca dormí más.

Miguel Otero sigue la coreografía desde una esquina y mueve los labios, aunque no se le escucha demasiado, como ese tipo poco devoto que va a la iglesia y en los salmos y plegarias hace que recita, aunque siga en silencio o no se los sepa demasiado: y líbranos de cualquier mal.

Suenan Os Resentidos y Galicia caníbal y luego Siniestro Total y yo suelo pagar lo que como y lo que bebo. Yo ando algo despistado intentando resultar mínimamente interesante en una selva de personas que, para mí, lo son. No he querido preguntar por mi doble, porque con él aún no he hablado, pero con el resto aún no tengo la confianza suficiente. Estoy peleándome con un botellín, intentando abrirlo con un mechero de Galiza Arde (*merchandising* para recaudar fondos contra los incendios), cuando me alcanza una chica rubia y alta y me dice:

— Ten, Miguel: esto es de Miguel. El muy idiota dice que le da corte dártelo así que me ha enviado a mí.

Miro el casete que me han tendido. En el lomo, escrito con letra picuda y apaisada: Cara A, El niño Gusano-*El escarabajo más grande de Europa* / Cara B, Los Enemigos-*La vida mata*. Levanto la vista y Miguel me saluda con un brindis que se queda unos momentos congelado, como posando para una de esas fotos que importan.

CINCO

Solo se llaman por el nombre y apellido los niños en el colegio, los pijos el resto de sus vidas y nosotros:

— ¿Cómo vas, Miguel Otero?

— Razonablemente bien. ¿Y tú, Miguel Otero?

Una vez cuajada la amistad, nos hace verdadera gracia llamarnos igual sin que exista parentesco familiar alguno. Como si algún guionista caprichoso hubiera tramado nuestro encuentro y, no contento con el hallazgo, hubiera subrayado el asunto bautizando a los dos personajes igual. Descubrimos que nos parecemos, además de llamarnos igual, aunque es probable que no nos parezcamos, sino que yo quiera parecerme a él. Hay gente especial que logra que los tics de su carácter se te contagien como un acento regional cuando vas de viaje a un lugar con otro idioma (hablas así mientras estás allí, pero también durante un tiempo cuando regresas a casa).

Todo esto pasa en el año 1999: la gente aún busca calderilla en los cajetines de las cabinas, los coches todavía dan luces al que viene por el carril contrario si detrás viene el coche de Tráfico, la gente es tan inocente como para hablar del Efecto 2000: todos los aparatos electrónicos enloquecerán porque no están preparados para el cambio de dígito que vendrá con la muda de año y milenio.

Mientras esperamos ese cataclismo, dos migueles oteros se tantean en la redacción de un periódico de provincias. Miguel Otero I lo está dejando con la chica que me entregó la cinta y yo tonto con otra becaria de la

redacción, pero sobra el tiempo para someternos a terceros grados y brindar demasiado. Demasiadas veces, demasiado fuerte, demasiado corazón.

Miguel Otero I es el escritor más especial que he conocido, aunque apenas tenga tiempo de escribir más allá de su rutina de fichajes del Lugo Breogán y las gestas de atletas con ascendencia lucense. Escribe como uno respira. Mejor: escribe como alguien estornuda. Sin poder evitarlo, sin darse cuenta, cerrando una vez los ojos o cuando miras el sol que pica.

Cuando acabamos nuestras tareas en el diario, salimos juntos por ahí. Solemos llevar siempre un cedé con los dos discos que me ha regalado en la cinta: de vinos por los bares de la zona vieja, atravesando el eco de soportales y pisando baldosines húmedos, paramos en cada bar y pedimos al camarero que lo ponga. Ese año suenan *Livin' la vida loca*, de Ricky Martin, y *Mambo Number 5*, de Lou Vega, pero estamos en esa época que es una época, y no un año, una en la que no te gusta que te impongan la banda sonora. «También fabriqué un dado, con la palabra hoy en cada lado», es todo lo que queremos escuchar.

Miguel bebe mucho y solo habla mucho conmigo y con Juan y Xema, que vienen con nosotros a menudo. Miguel Otero nunca quiere volver a casa, así que Miguel Otero, yo, tampoco. Un matemático del siglo XVII dijo que «todo lo malo sucede al salir de casa». Nosotros, en los últimos coletazos del XX, pensamos exactamente lo contrario.

Miguel Otero, más que por sus gestas se define por sus gestos. Sacude la cabeza de ceniza del piti con el anular, deja siempre el paquete de Camel de canto, se peina el flequillo hacia la izquierda con la mano (pese a que no le hace falta). Y también:

- A veces le da por dejar más propina de lo que cuesta lo que ha tomado.
- Una noche estamos hora y media buscando un cajero porque quiere dejarle 100 euros a un mendigo cerca de la Plaza Santo Domingo.
- O intenta coger un taxi a 20 metros de casa. O, al revés, lo para y nos subimos y le dice al taxista: «A Madrid, si es tan amable» (lo detiene cuando empezamos a salir de Lugo).
- Jamás hará un comentario que no lleve escondido un chiste.

De bar en bar, jugamos a un juego: los anaglifos. Él está obsesionado por Buñuel, así que yo también, y por lo visto él, con sus amigos, con Lorca y Dalí y otros jóvenes vividores de setenta años antes, siempre jugaban a este juego. Es un juego que no puede no acabar en risa. Se trata de inventar pequeños poemas cómicos de cuatro versos: repetir dos veces la misma palabra breve, colocar siempre «la gallina» en el tercer lugar, para rematar en el cuarto con una palabra de mínimo cuatro sílabas.

- Venga, Miguel Otero, arranca.
- La miel, la miel.
- La gallina.
- Y el pantocrátor.
- Un poco flojo. Fraga, Fraga...
- La gallina.
- Y el referéndum.
- Miguel, Miguel.
- La gallina.
- Y el cinemascope.

Somos, en definitiva, un poco gilipollas. Genuinos candidatos a entrar en mi Libro Guinness de gilipollas, que a veces llevo en mi mochila y del que leemos entradas entre trago y trago. Pero hay muchas maneras de ser gilipollas y la única digna es serlo sin hacer daño a nadie y lo mejor de dos amigos es que se rían, entrados en copas, de lo que a nadie más le haría gracia. De lo que lograría que cualquier otro dijera que son gilipollas.

SEIS

Nunca vi a Miguel Otero en abrigo, sí llevaba trenca o anorak o parka. Solo nos veíamos en verano, durante esos cuatro años cuando yo iba a hacer la beca al diario.

Durante el otoño, el invierno y la primavera nos mandamos correos electrónicos o muy largos o muy cortos. Explicando la vida o con algo muy concreto que acabamos de ver o una escena común que acabamos de recordar. Supongo que ahí es donde más escribió el escritor más especial que he conocido. Récord Guinness a Escritor Más Especial. Incluso a Persona Más Especial.

Los correos siguen la misma dinámica que las conversaciones: hablar de cosas que no parecen importantes, nunca de forma literal, hasta que, de repente, lo son.

— ¿Cómo te tratan, Miguel Otero? Hace tanto tiempo que no te veo que quizás seas de color granate. O azul celeste.

— Estoy bien. Aunque hace estos fríos y no paro de conocer a gente aburrida. Creo que tienen piel de Olivetti.

Gilipollas, a mucha honra. Récord Guinness de gilipollas y de querer a un amigo.

En otros recordamos momentos del verano. Cuando me tocó cubrir la caza del corzo de Manuel Fraga. O aquel otro día que acabamos la noche, que ya no era noche, en la Costa da Morte, lejísimos, bañándonos con Juan, Xema, Elvira y el fotógrafo en un mar muy frío al fin del mundo conocido.

Cosas como esa pasaban en mis veranos, pero, al volver, ese acento regional contagiado me duraba solo un tiempo y lo conservaba solo para hablar con Miguel Otero. Yo empezaba a firmar en sitios aquí

como Miguel Otero y siempre que lo hacía me acordaba del otro. De ese otro que jamás había visto en abrigo, del que no sabía si con abrigo seguía estirando tantísimas horas cada noche antes de volver a casa. Al que nunca le había escuchado decir cosas como: «Joder, hace frío». Como mucho cantar, a dúo, o con el resto, una de las canciones del casete: «No, ninguno de nosotros / estamos hechos con frío».

SIETE

Uno de esos inviernos intercambiables, yo ya estoy encadenando la enésima beca en un periódico de Barcelona. Pulso el *power* del ordenador, aunque antes la pantalla me pregunta si quiero reanudar el sistema y guardar los cambios. Vuelvo a pulsar hasta que se apaga. «¡No hay más preguntas!», me digo, satisfecho y gilipollas. Me pongo la parka verde, varias chapas en la pechera, con capucha festoneada con pelo sintético, y bajo en el ascensor comprobando si alguien me ha escrito al Nokia. Muy a menudo me llegan breves SMS cómicos o anaglifos que me hacen doblarme de risa en el metro, como si un revisor me hubiera hecho una entrada muy ruda de partido de fútbol en campo del norte.

Camino unos pasos con el Nokia rojo en la mano y justo cuando miro la pantalla entra un mensaje de Juan: «Tenemos que hablar». «Malo», pienso. Dos segundos después me llama y hablamos. Teníamos que hablar.

Me voy directo a la parada de Ferrocarriles de Plaza Catalunya, quizás para escoger el sitio de la ciudad donde más desconocidos me vean hacer lo que voy a hacer. Y porque tengo que abrazar a mi novia. Falta más de media hora para que llegue, pero no puedo ni caminar. Espero sentado en las escaleras de la boca. Llorando, claro. Cuando aparece, con sus pantalones de campana y su bolso de cartero en bandolera, sonriendo, le digo, como si informara de uno de los titulares del día, intentando desconfiar de la veracidad y la línea editorial del periódico donde lo he leído:

— Miguel Otero ha muerto.

Nunca vi a Miguel Otero en abrigo. Ni siquiera cuando falleció, en una calle de Lugo, por un ataque al corazón. Tampoco fui a su funeral. Supongo que por eso no se ha cerrado la herida. Supongo que por

eso no hay cicatriz. Miguel, Miguel, la gallina y la cicatriz. Tiene solo tres sílabas. No sirve. Ya. No sirve porque ya no hace gracia.

OCHO

De vuelta al fútbolín, quien pierde gana y decide qué hacer, si volver a casa o no. Un verso del cantante del grupo del cedé que ponemos en cada bar: «El hombre es un corazón que se ha parado y el corazón es un hombre que se va a parar». Aunque también cantemos las del grupo de la otra cara del casete: «Septiembre y yo no voy a estar».

— Venga, pues una más, Miguel Otero. Quien pierde gana.
Esta vez sí.

Digo que sí para ver si, de una vez por todas, pierdo. Miguel Otero ha ganado tantas veces al fútbolín, ha invertido tantas horas en ello, cuando estudiaba cine en Bilbao, que pierde cuando y como quiere. Pero lo voy

a intentar. Él maneja el equipo del Madrid y yo del Barça. Pero nos da igual, porque nunca hablamos de fútbol, solo de futbolín. Y porque los colores están tan gastados que ni los jugadores saben con quién van. Solo se quieren ir. Son muchas horas ya.

— Ok, dale.

Hace esa tontería que tantos hacemos antes de tirar la bola: cascarla contra el canto y fingir que es un huevo que vas a tirar a la sartén. Le llega la bola a uno de mis centrocampistas, me tomo tres segundos, armo el taconazo y lo descargo con toda la fuerza. Él intenta pararlo con su delantero, pero la bola se le cuela y entra en mi puerta. Aun así, eso no es lo importante. Porque además del sonido sordo de la bola al entrar he escuchado un segundo golpe. Por culpa del gesto exagerado, Miguel Otero se ha resbalado con el serrín que cubre el terrazo de la estación y ha impactado con la frente en la caja donde esperan el resto

de bolas. Pasan unos segundos, pregunto si está bien y, de repente, vuelve a aparecer su cara, ahora con una herida y una gota de sangre bajando por el entrecejo. Miguel Otero enarbola la bola, me sonrío y dice:

— ¿La siguiente?

Y yo pienso ahora en ese momento, en esa herida y en Miguel Otero, en el que existió y en el que fui, cada vez que, como sucederá en solo cinco segundos, firmo alguno de mis textos con un nombre que, más que un nombre, es una cicatriz: Miqui Otero.



**KIKO
AMAT**

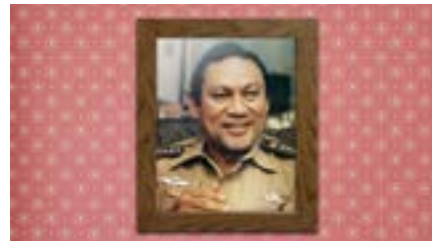
Kiko Amat nació en 1971 en Sant Boi de Llobregat, en la periferia de Barcelona. Su padre era rugbista y su madre, auxiliar del manicomio local. Abandonó los estudios a los diecisiete años para ser mod, cleptómano, vendedor de discos, quiosquero, cajero en McDonald's, operario de cadena de montaje en Seat, vigilante de camping, cartero comercial y camarero de un gran hotel de Londres, ciudad donde residió durante cinco años. Ha publicado las novelas *El día que me vaya no se lo diré a nadie* (2003), *Cosas que hacen BUM* (2007), *Rompepistas* (2009), *Eres el mejor*, *Cienfuegos* (2012), *Antes del huracán* (2018) y *Revancha* (2021), todas en Anagrama. También es autor de dos libros de no-ficción, *Mil violines* (2011) y *Chap chap* (2015). Ha codirigido las nueve ediciones del festival Primera Persona en el CCCB, coguioniza y coconduce el podcast Psycholand y forma parte del equipo impulsor de la librería Finestres.

FLANNERY O'CONNOR, DECÍA QUE LOS ESCRITORES DEBERÍAMOS TRABAJAR CON LO CONCRETO, NO CON TESIS SOCIOLOGICAS, ALTA SENSIBILIDAD O PERCEPCION PSICOLOGICA. LO QUE QUIERO DECIR ES QUE A MENUDO LAS COSAS NO SON METÁFORAS DE OTRAS COSAS, SON ESAS COSAS. UNO TIENE QUE SER HUMILDE Y DESCRIBIRLAS.

188

Cicatrices PRIMERA PERSONA

7 cicatrices
KIKO AMAT



7 cicatrices/ **Guion:** Kiko Amat/ **Grafismo:** Benja Villegas/ @100patadas

ARIES



Aunque Isa Fernández Reviriego defiende a ultranza en una de las canciones de su último disco el no hacer absolutamente nada como placer sublime (la canción se titula «Dolce Far Niente» y es un homenaje a la desobediencia civil de Henry David Thoreau), lo cierto es que a la propia Isabel le cuesta muchísimo estarse quieta.

Isa lleva toda la vida desobedeciendo musicalmente, pero fue a partir de 2011, al emprender su camino en solitario, cuando descubrimos que dentro de su cabeza había un universo melódico,

caleidoscópico e imprevisible. Un mundo en el que Brian Wilson –en las melodías– y León Tolstoi –en lo transgresor del mensaje final– podían caminar de la mano bailando sonidos electrónicos, contentos y sin mirarse raro. A este proyecto personal lo llamó Aries (su signo zodiacal) y bajo esa identidad ha producido ya cuatro discos. Además, Isa compone y diseña sonido para videojuegos y películas; cuida su jardín y es feliz viviendo junto al Atlántico.

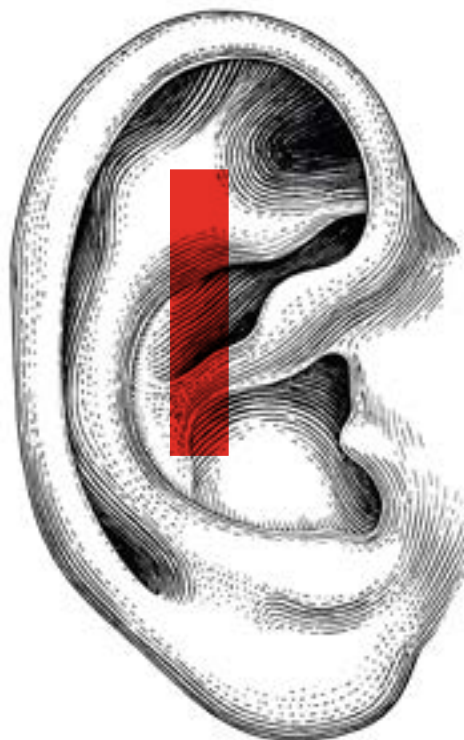
SI NO HAY LUZ, BUSCO A TIENTAS
EN MIS RECUERDOS ME MIENTO
SE VAN QUEDANDO MUY DENTRO
Y ME DESORIENTAN
TODO AQUELLO A LO QUE ME UNÍ,
¿SE HA MARCHADO O ESTÁ JUNTO A MÍ?
TODO PASA
TODO CAMBIA



CICATRICES

ARIES

Spotify



YouTube



**COMPUESTA, PRODUCIDA E
INTERPRETADA:**

Por Isabel Fernández

MEZCLADA:

Por Pablo Martín

GRABADA:

En los estudios Pastora de
Vigo, noviembre de 2020
por Jose Vázquez

Cicatrices
Todo pasa
Todo cambia
Todo aquello que un día sentí, ¿se ha borrado o
sigue en mí?

Todo, todo va
Lloro al preguntar: todo aquello en lo que creí,
¿me ha dejado o sigue aquí?

Si no hay luz, busco a tientas
En mis recuerdos me miento
Se van quedando muy dentro y me desorientan

Todo aquello a lo que me uní, ¿se ha marchado o
está junto a mí?

Todo pasa
Todo cambia

Si no hay luz, busco a tientas
En mis vivencias me pierdo
Se van quedando muy dentro y temo perderlas



Participantes en el festival Primera Persona

2012

Darío Adanti / Jonathan Ames / Clara-Tanit Arqué / Ben Brooks / Javier Calvo / Joe Crepúsculo / Ferran Esteve / Joni D. / Stewart Home / Jota / Jordi Llansamà / Daniel López Valle / Antonio Luque / Jan Martí / Manolo Martínez / Joaquín de la Puente / Sergi Puyol / Quique Ramos / Juanjo Sáez / Els Surfing Sirles / Tobi Vail / Jordi Valls / Manolo Vázquez

2013

Adrián de Alfonso / Joan Arqué / Shalom Auslander / Lidia Damunt / Junot Díaz / DJ Neas / Dani El Rojo / Laura Fernández / Robert Forster / Fred i Son / Marc García / Ramon Giménez El Brujo / Luis Hidalgo / Patxi Irurzun / Manuel Jabois / Robert Juan-Cantavella / Oriol Llopis / Daniel López Valle / Federico Montalbán / Iván de la Nuez / Marcos Ordóñez / Carlo Padial / The Raincoats (Gina Birch & Ana Da Silva) / Donald Ray Pollock / Ainhoa Rebolledo / Evripidis Sabatis / Joan Solé / Isabel Sucunza / Núria Valls

2014

Antonio Baños / Beach Beach / Jorge Carrión / Raúl Cimas / Jonathan Coe / Carolina del Olmo / Alex Díez / El Último Vecino / Esther Margarit / Extraperlo / David Fernández / Edu Galán / Manolo García / Xavi García / Green Gartside / Roberto Herreros / Sheila Heti / Jordi Irizar / Calvin Johnson / Jonathan Lethem / Mara Faye Lethem / Lucía Lijtmaer / Javier López Menacho / Daniel López Valle / Gerard Love / Manolo Martínez / Miqui Puig i l'Agrupació Cicloturista Puig / David Nobbs / Nueva Vulcano / Cristian Pallejà / Fernando Pardo / Sergi Pons Codina / César Rendueles / Martí Sales / Gilbert Shelton / Felipe Spada / Bob Stanley / Ian Svenonius / Irvine Welsh

2015

Akimoski / Daniel Ausente / Xavi Ayén / Josep Maria Castells / Noel Ceballos / Mar Coll / Max Cortés / Jordi Costa / José Luis Cuerda / Evita de Luna / El Hematocrítico / Ignatius Farray / Jon Langford / Todd McEwen / Eduardo Mendoza / Amarna Miller / Caitlin Moran / Miguel Ángel Ortiz / Carlos Pardo / Toni Peret / Mike Platinas / Richard Price / Lluçia Ramis / Ratpenat / Laetitia Sadier / Marta Salicrú / Sleaford Mods / The Monochrome Set / Kiko Veneno

2016

Zeina Abirached / Renata Adler / Alberto Arce / Aries / Javier Blánquez / Nacho Carretero / Dr John Cooper Clarke / El Guincho / Begoña Gómez / Aitor Lagunas / Juan Marsé / Stephin Merritt / Sergi Pàmies / Quique Ramos / James Rhodes / Pau Riba / Jaume Sisa / The June Brides / Juan Pablo Villalobos / Carlos Zanón

2017

Jorge Albi / Colin Barrett / Kate Bolick / Isa Calderón / Luis Costa / Ana Curra / Nando Dixkontrol / Anna Gabriel / Miguel Gallardo / Julián Hernández / Esteban Hernández / Las Ruinas / Lucía Lijtmaer / Juan Mediavilla / Stuart Moxham / Joe Pernice / Nigel Planer / Joan Pons / Jon Savage / Alexei Sayle / Alison Statton / Rafa Tapounet / Toni Vidal El Gitano / Spike Williams

2018

Ramón Campos / Virginie Despentes / Roberto Enríquez (Bob Pop) / Marina Garcés / Tom Gauld / Vivian Gornick / Anna Guitart / Elena Martín / Jordi Nopca / Joan M. Oleaque / Carles Porta / Ishmael Reed / Simon Reynolds / Christina Rosenvinge / Sheela / Carla Simón / Brigitte Vasallo / Gee Vaucher

2019

Brett Anderson / Montse Batalla / Jordi Borràs / Mark Bray / Helena Castellà / Nik Cohn / Silvia Cruz / Laura Fernández / Emil Ferris / Ana Galvañ / Peter Hook / DJ Kosmos / Use Lahoz / Maria Manonelles / Agnès Marquès / Thomas Page McBee / Mala Rodríguez / María Sánchez / Xavi Sancho / Julieta Venegas / Carles Viñas

2020

Primera Persona Indoors
Rachel Cusk / Anna Guitart / Noelia Ramírez / Jia Tolentino



2021

Miquel Adam / Lluís Cabot / David Caño / Joe
Crepúsculo / Esther García Llovet / Hijos del
Trueno / L'Hereu Escampa / Anna Pacheco / Rocío
Quillahuaman / Stivijoes / Clara Viñals

CICATRICES

Anna Pacheco / Antonio Luque / Aries / Aroha Travé
/ Carlo Pavia / Carlos Pardo / Clara Viñals / David
Caño / Eduardo Chirinos / Esther García Llovet /
L'Hereu Escampa / Hijos del Trueno / Juarma / Kiko
Amat / Maria Climent / Miquel Adam / Miqui Otero /
Olga Merino / Silvia Cruz Lapeña / Valentín Roma /
Lluís Cabot / Rocío Quillahuaman / Stivijoes

CRÉDITOS

Agradecimientos

Nuestro sincero agradecimiento a todas y todos los profesionales que han colaborado en las diferentes ediciones del festival. Profesionales que consiguieron que unas ideas sobre un papel cobrasen forma en el escenario y llegasen al público. Destacamos la incansable complicidad de los diferentes equipos del CCCB, especialmente el servicio de audiovisuales y la unidad de producción, sin olvidar a las compañeras de comunicación y de administración, sin las que la iniciativa no hubiera trascendido. Y por supuesto no podemos dejar de mencionar la valiosa aportación de las becarias y prácticos que han participado en la producción de Primera Persona durante estos años.

A todas las instituciones, editoriales y discográficas que, de una forma u otra, han ayudado a que el festival saliera adelante en cada nueva edición (especialmente La Casa Encendida, el Saló del Còmic de Barcelona, Málaga 451, Blackie Books, l'Altra Editorial, La Cúpula, Sexto Piso, Libros del Silencio, Contra Editorial, Laie CCCB, La Central, Anagrama, Alpha Decay, Literatura Random House o Gent Normal, entre otras).

A Jordi Garrigós, por acompañarnos y comunicarnos desde el principio. A Manolo Vázquez y Joe Crepúsculo, por cedernos el fantástico himno de Primera Persona que ha sonado durante cada edición del festival.

Y, por último, pero no por ello menos importante, a la Bodega Rafel y el Bar Ramón en su papel cohesionador del staff. Puro *coaching* con cachelos.

Equipo

Han trabajado en Primera Persona:

Lucia Calvo / Josep Casellas / Clara Duch / Irene Faciabén / Susana Fernández / Damián Flocco / Laura Galofré / Francisco García / Jordi Garrigós / Patxu Gibert / Mònica Giménez / David Gómez / Manel López / Òscar Monfort / Mònica Muñoz / Tere Pérez / Gabriel Porras / Maria Ribas / Irene Ruiz / Cristina Sánchez / Cristian Sobrepera / José Antonio Soria / Rosó Tarragona / Miquel Taverna / Sara Tibau

Y también:

Eva Alonso / Susana Arias / Laura Bayo / Luca Blhacine / Olga Capdevila / Raúl Capdevila / Aïda Camprubí / Dani Cantó / Neus Carreras / Ariadna Cebrián / Roc Codó / Jordi Cuesta / Toni Curcó / Cristina Daura / Marc Desmonts / Marián Díaz / Antonio Dorado / Jordi Duró / Helena Exquis / Rosa Ferré / Cristóbal Fortúnez / Marina Grifell / Raquel Ibort / Noemí Laviana / Alba López / Daniel López Valle / Roc de Luca / Marta Márquez / Angela Martínez / Elisabet Meoz / Marta Millet / Imma Mora / Iván de la Nuez / Laura Olea / Marina Palà / Víctor Parkas / César Piquer / Eva Rexach / Daniel Rigall / Juan Carlos Rodríguez / Maria Romero / Maria Sánchez / Francesc Sant Genís / Irene Soler / Anna Tetas / Eugeni Urreta / Ana Uslenghi / Diego Villanueva

Colaboradores

Alpha Decay / Anagrama / Automática / Blackie Books / Caja Negra / Capitán Swing / Contra / Empúries / Festival Málaga 451: La noche de los Libros / Gent Normal / Hotel Alma Barcelona / L'Altra Editorial / La Casa Encendida / La Cúpula / Laie CCCB / La Fuga / Libros del K.O. / Libros del silencio / Literatura Random House / Malpaso / Random House Mondadori / Reservoir Books / Sajalín / Salamandra / Sexto Piso / Temas de Hoy

CICATRICES

Dirección:

Miqui Otero, Kiko Amat

Coordinación del proyecto:

Manel López, Marta Millet

Coordinación editorial:

Marina Palà

Producción digital:

Lucia Calvo, Edgar Riu, Jordi Garrigós, Marçal Lladó

Diseño:

R2MediaFactory

Edición de textos y coordinación:

Anna Tetas

Traducciones:

Marta Roigé

© de la edición, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 2021
Montalegre, 5 – 08001 Barcelona
www.cccb.org

© de los autores de los textos y cómics,
y de los propietarios de las imágenes, 2021
© de los autores e intérpretes de las
canciones, 2021

Todos los derechos reservados

CCCB Centre de Cultura
Contemporània
de Barcelona

El CCCB es un consorcio de:



**Ajuntament
de Barcelona**



**Diputació
de Barcelona**

CICATRICES

Twitter @cececebe

Instagram @cccb_barcelona

Youtube /cccbarcelona

Spotify /cccbarcelona

#Cicatrius

#PrimeraPersonaCicatrius